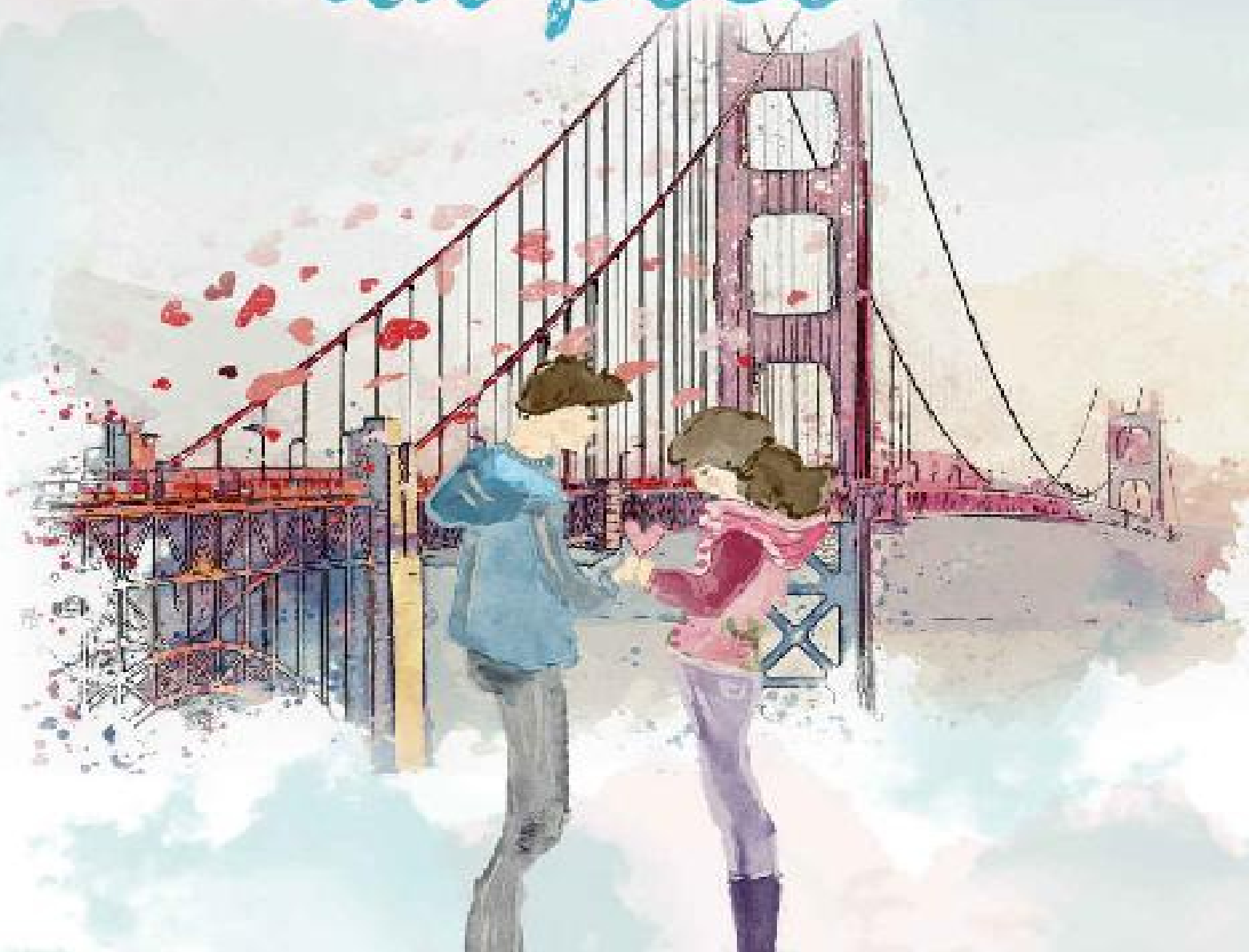


OLGA SALAR

Te quiero,
pero solo
un poco



Te quiero, pero solo un poco.

Olga Salar

Te quiero, pero solo un poco.

©1ª Edición. Julio 2020.

©Olga Salar.

www.olgasalar.com

©Corrección: Anabel Botella.

©Diseño de portada y maquetación: Munyx Design.

hola@munyxdesign.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Sobre la autora

Otras obras de la autora

“Para un buen matrimonio hay que enamorarse muchas veces, siempre de la misma persona.”

Mignon McLaughlin.

Prólogo

I'm done hating myself for feeling
I'm done crying myself awake
I've got to leave and start the healing
But when you move like that
I just want to stay^[1]
How do you sleep? Sam Smith

Estaba de vuelta en su hogar, pensó Blair. Lo había sentido así en el instante en el que el taxi pasó por Lombard Street mientras los llevaba hasta Grove Street, en Alamo Square, el barrio en el que vivían sus padres.

Mientras había estado lejos de casa, había echado de menos el aire perfumado de San Francisco, mezcla de especias de los diversos restaurantes que poblaban la ciudad, el aire salado del océano y el dulce de la bahía; el constante ruido del cable car, su clima impredecible, y la familia que había dejado allí dos años atrás, cuando decidió retomar en Boston la vida que, hasta ese momento, había dejado en suspenso.

Marcharse a la otra punta del país había sido necesario por su salud mental, pero no por eso había sido más fácil hacerlo. Regresar, contra todo lo esperado, estaba siendo igual de complicado.

No obstante, a pesar de llevar ya dos horas en la ciudad desde que se bajó del avión en el International Airport of San Francisco, no había sido hasta ese instante, en el que las viviendas de colores le dieron la bienvenida, que se sintió verdaderamente en casa.

—¿Necesitas ayuda con las maletas? —preguntó Mike saliendo del taxi junto con el propio conductor, quien silenciosamente se dedicó a sacar las pertenencias de Blair del maletero—. Te las dejaré en la puerta antes de marcharme. —Ofreció al tiempo que trataba de adivinar su estado mental mirándola con intensidad.

—No es necesario. Pero, espera, ¿no vas a entrar conmigo?

Su mejor amigo negó con la cabeza.

—Tus padres tienen ganas de verte y yo solo sería un estorbo.

—Mis padres te quieren como a un hijo. Estarán encantados de verte y alimentarte.

Él sonrió sabiendo que era cierto.

—Salúdales de mi parte —y añadió con un suspiro resignado—, yo también he de ir a ver a mi madre.

El gesto no pasó desapercibido para Blair.

La madre de Mike, quien, a la muerte de su esposo, había tratado de sacar a su hijo adelante regentando un pequeño restaurante italiano en Little Italy, había terminado siendo la dueña de una franquicia de éxito. Y su dedicación la había llevado a estar menos tiempo en casa, a pesar de que había contado con la ayuda de su mejor amiga, la madre de Blair, quien desde el primer momento se ocupó de Mike como si de su propio hijo se tratara. Summer y Gina habían sido amigas inseparables desde el instante en que esta última se mudó a la casa de al lado de la que vivía Summer cuando ambas contaban con seis años.

—¡Es cierto! Dile que en cuanto pueda pasará a verla.

Mike asintió sonriendo.

—¡Se lo diré! Estoy seguro de que mi madre estará más feliz de verte a ti que a mí.

—No digas tonterías, Michele —lo regañó usando su nombre en italiano tal y como hacía Gina.

Mike la miró molesto, pero no protestó.

—Recuerda que mañana a las nueve pasará a recogerte. Si no desayunas antes podemos pasar por el Spiro y ponernos ciegos de *waffles*.

Blair frunció el ceño confundida. ¿Por qué debía de pasar a recogerla tan temprano?

Adivinando sus pensamientos, Mike explicó:

—El agente inmobiliario, ¿lo has olvidado? Tenemos una cita con él para encontrar el local que buscamos.

Asintió muy seria tratando de disimular su despiste.

—Aprovecharé para buscar un apartamento. Deberías hacer lo mismo —recomendó sabiendo que por mucho que Mike y su madre se quisieran, era imposible que vivieran juntos sin que aquello terminara en tragedia.

De hecho, ella misma había compartido hogar con él en Boston, mientras los dos terminaban sus estudios, tras dejar Stanford, y, de no ser porque era su mejor amigo, prácticamente desde que nació, habría acabado asesinandolo. Mike era una persona descuidada y desordenada, mientras que ella era meticulosa hasta la obsesión.

—¡Lo haré! —Mike se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. ¡Hasta mañana!

Se dio la vuelta y entró en el taxi que lo esperaba.

Blair se quedó allí parada con las dos enormes maletas a su lado. No se movió hasta que el vehículo se perdió por la pendiente.

Después de dejar de verlo, tomó su equipaje y se acercó hasta la casa con la fachada y la puerta pintadas de azul celeste. Una vez allí, se tomó unos segundos para asimilar que estaba de vuelta, con todo lo que ello comportaba. Sacó las llaves de su bolso y, sin más excusas, abrió la puerta y entró, poniendo una voz jovial:

—Papá, mamá, estoy en casa.

Capítulo 1

Cuatro años después...

—Ezra, necesito que te hagas cargo del caso Walton —pidió George al tiempo que abría la puerta del despacho de su socio sin siquiera anunciarse.

Ezra vio a Alice, su secretaria, detrás del intruso con la cara descompuesta. Sabía lo mucho que su jefe odiaba que se invadiera su espacio privado de improviso. No obstante, no había tenido tiempo para detener a George, ya que este había pasado como una exhalación por delante de su mesa.

Sabiendo lo que le preocupaba, Ezra la miró con una sonrisa serena y agitó levemente la cabeza para tranquilizarla. Después centró su atención en el culpable de aquel pequeño caos.

—Creía que el caso Walton era un divorcio —musitó con el ceño fruncido por la confusión. Vio como Alice salía del despacho visiblemente más relajada, lo que le permitió volver a centrarse en la conversación—. ¿De qué se trata? ¿Asesinato? ¿Malversación? ¿Acoso sexual?

Peter Walton era un conocido productor musical que manejaba mucho dinero y se codeaba con grandes estrellas tanto del cine como de la música. En esos ambientes cualquier cosa era posible.

—No, es un divorcio.

Ezra arqueó una ceja.

—Búscate a otro. Los divorcios no son lo mío —zanjó volviendo a centrar su interés en los documentos que había estado revisando antes de ser tan descortésmente interrumpido por su socio.

—Tienes que hacerlo tú. La esposa de Walton ha conseguido a la mejor abogada de divorcios de todo San Francisco.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

George lo miró con enfado mal disimulado.

—¿Aparte de que eres socio principal del bufete, quieres decir?

Ezra ni siquiera levantó la mirada de los documentos.

—Eres el único que tiene alguna posibilidad de ganarle. Las infidelidades de Walton son *vox populi*. Además, no hay contrato prematrimonial. Estoy seguro de que su esposa planea usar sus aventuras para sacarle toda la sangre.

—Habla con James, es el mejor abogado matrimonialista del bufete. Lo contratamos para eso, ¿no?

—No, debes de hacerlo tú.

Ezra estaba comenzando a molestarse. George podía ser su mejor amigo y la única persona que se había atrevido a arriesgarse con él para fundar el bufete, pero eso no restaba que su insistencia comenzara a ser molesta.

Desde el instante en que fundaron el bufete, había dejado claro que aceptaría cualquier caso o cliente, que no haría distinciones por su estatus o necesidades. Lo único que no estaba dispuesto a representar era a sus clientes en divorcios. Y de algún modo, en el bufete no entró ningún tipo de trabajo de ese tipo hasta que conscientemente, tanto George como él decidieron ampliar horizontes y contrataron a James para que se hiciera cargo de esa parte del trabajo.

Por lo que la petición de George no solo era inesperada, sino que también era desconsiderada,

sabiendo como sabía que Ezra se negaba a intervenir en nada que oliera remotamente a disolución matrimonial.

—¡No!

—Este caso es muy importante y...

—¡No! —repitió cortándole para evitar que siguiera insistiendo.

—¡Déjame terminar!

Consciente de que no se marcharía hasta que hubiera dicho todo lo que tenía previsto decir, se armó de valor y lo miró, mostrándole lo poco interesado que estaba en sus argumentos.

—La abogada de la señora Walton se llama Blair Miller.

Ezra no dijo nada durante unos segundos eternos.

—Es un nombre bastante común —opinó finalmente.

—Es ella.

—¿Estás seguro?

George asintió.

—¿Finalmente terminó la carrera?

—¿De qué te sorprendes? Era una estudiante impresionante, su beca en Stanford era buena prueba de ello.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Que se dedica a la abogacía?

Ezra asintió.

—Hace un tiempo.

—¿Cuánto?

—Un tiempo.

No insistió. No era necesario. El que no quisiera ser más específico ya era un dato importante.

—¿Cuándo regresó a San Francisco?

—¡No lo sé!

—¿Entonces qué sabes?

—Como te he dicho, estoy al tanto de que es la mejor abogada de divorcios de la ciudad — insistió su amigo.

—¿Se ha especializado en divorcios?

George suspiró.

—Eso parece.

—¿Está casada?

—No lo sé. No la he investigado.

—¿Por qué?

—¿Que por qué no la he investigado? Pues no sé, seguramente porque no sabía que tuviera que hacerlo. Es una abogada matrimonialista, no era competencia para el bufete. Nosotros raramente nos ocupamos de este tipo de casos. Solo hace un par de meses que contratamos a James.

—Tal vez ha llegado el momento de que eso cambie.

—¿Te refieres a que vas a hacerte cargo del divorcio de los Walton o a que esperas que le pida a Daniel que la investigue?

—Las dos cosas.

—¿Estás seguro?

—¡Por supuesto! ¿Quién mejor para enfrentarse a ella en un divorcio? Después de todo, ambos tenemos experiencia en el tema.

—Me refiero a si estás seguro de que deseas que hable con Daniel.

—Nunca he estado más seguro de nada.

—¡Está bien!

—Una cosa más, ¿quién se casa hoy en día sin un contrato prematrimonial?

George se encogió de hombros.

—Cuando se casaron, Walton no tenía nada. Ahora los dos disponen de bienes que hay que disolver.

Ezra pareció sorprendido.

—¿Cuántos años han estado casados?

—Más de veinte —aclaró George, que era quien había visto la licencia matrimonial.

—No pensaba que Walton fuera tan mayor.

—No lo es. Tendrá unos cuarenta y pocos. Supongo que se casó muy joven.

Los ojos de Ezra brillaron a pesar de que su rostro no mostraba más que fría indiferencia.

—Ese tipo de matrimonios nunca duran.

—Perdona que te lleve la contraria, pero para mí veinte años es durar.

—Durar es para siempre.

La expresión de su amigo mostró sorpresa y desconcierto antes de animarse a hablar.

—Nunca te vi como un romántico. Supongo que estaba equivocado —zanjó antes de darse la vuelta y salir del despacho.

Cuando George lo dejó solo, Ezra ni siquiera trató de fingir que podía concentrarse.

Habían pasado seis años desde que había escuchado ese nombre por última vez y, al parecer, desde ese entonces habían cambiado demasiadas cosas.

Capítulo 2

Desde que había regresado a la ciudad, Blair había anticipado de mil maneras distintas el momento en el que finalmente se encontraría con él.

Sus opciones habían ido desde enfrentarse en un juicio hasta coincidir con él en una cita a ciegas. Sin embargo, tras el paso de los seis primeros meses tras su regreso, dejó de pensar en la posibilidad de que el destino se lo pusiera delante sin intervención humana de por medio.

En cualquier caso, el motivo por el que esperaba verlo no era porque siguiera interesada en su persona. Se trataba más bien de amor propio. Quería que él viera que desde que se habían separado, la vida había comenzado a sonreírle, que viera que dejarlo era lo mejor que le había pasado. Para muchos, Ezra Sackler era un modelo a seguir, aunque ella sabía la verdad. No había nadie que conociera mejor que ella al hombre que en realidad era.

Se había convertido en una leyenda en los círculos jurídicos. En lugar de trabajar para el prestigioso bufete de su padre, había abierto el suyo propio, con el único apoyo de su mejor amigo. Inicialmente habían tenido que pelear con las trabas que el señor Sackler les había puesto para asegurarse de que su heredero regresaba al lugar que le correspondía; el error fue que el prestigioso letrado había subestimado la capacidad de su hijo y, sobre todo, su tenacidad.

Tenacidad que lo había llevado, tan solo dos años más tarde, a equiparar su bufete al de su progenitor, al menos en materia de ingresos. Gracias a que, a diferencia del elitismo que imponía su padre, él no hacía distinciones con sus clientes. Si podían pagar la tarifa solicitada entonces tenían derecho a que los defendiera.

Ahora, cuatro años después, su bufete era el más importante de la ciudad. Su plantilla se había quintuplicado y los clientes acudían en tropel en busca de asesoramiento legal, a excepción de los conflictos relacionados con el matrimonio. En ese campo, el bufete Miller & Goldman era el líder absoluto.

Tras su experiencia personal durante el divorcio, Blair había volcado el dolor, el resquemor y el desamor en terminar la carrera en Boston y ayudar a otras personas a que sus separaciones fueran lo menos dramáticas posible. Aun cuando eso supusiera que, si finalizar el contrato matrimonial no podía hacerse en buenos términos, no escatimaran esfuerzos para que su cliente se divorciara todo lo cómodamente que le fuera posible.

—Blair, ¿me has escuchado? —preguntó Mike mirándola con preocupación.

—Sí, lo siento. Me he distraído —dijo apartando de sus ojos un mechón de pelo rubio de su flequillo, demasiado largo.

—No te disculpes. Si vas a sentirte incómoda puedo hacerlo yo mismo.

Ella negó con la cabeza.

—No te preocupes. Estaré bien. Ha pasado demasiado tiempo para que eso sea un problema.

—¿Quieres que te acompañe?

Ella obvió la pregunta y respondió con otra.

—¿Están dispuestos a solucionarlo sin mediación de jueces?

—Saben que ir a juicio será peor que ceder a nuestras peticiones —explicó Mike, quien hasta el momento se había hecho cargo del caso. Había decidido pasárselo a su socia cuando supo qué bufete se iba a hacer cargo de la parte contraria.

—¿Qué nos han propuesto? —preguntó tratando de centrarse en el trabajo.

—Edward te ha dejado la carpeta con su oferta encima de tu mesa. ¿No la has visto?

Blair negó con la cabeza y en cuanto apartó la mirada de su amigo, sus ojos dieron con la carpeta. Su secretario era demasiado eficiente como para no haber hecho su trabajo correctamente.

Dispuesta a saber qué era lo que la parte contraria tenía en mente, abrió la carpeta y leyó la propuesta que les habían enviado.

—¿Han tratado de organizar una reunión?

Mike asintió.

—Han sugerido que nos reunamos allí.

Blair sonrió con malicia.

—Así que quieren jugar en su propio campo. Deben de tenernos miedo.

—Que yo recuerde, Ezra no es de los que se asusta con facilidad.

—Ni siquiera estamos seguros de que sea él quien se encargue del caso. Que yo sepa, los divorcios no son lo suyo.

—Puede que sea así normalmente, pero estando tú en la ecuación, no hay factores atenuantes que valgan.

Ella no respondió a su comentario, sino que retomó la pregunta que Mike le había hecho anteriormente.

—Creo que sí que es buena idea que me acompañes a la reunión. A Ezra nunca le caíste bien —y añadió con una sonrisa—. Solo por si, como dices, decide hacerse cargo él mismo del caso.

—No entiendo por qué le caigo mal. Le encanto a todo el mundo.

Blair se encogió de hombros con una sonrisa taimada.

—Usemos su malhumor en su contra.

Capítulo 3

Blair entró en su casa y se deshizo de dos patadas de los tacones sin ponerle demasiada atención a dónde caían. Lo único que tuvo en cuenta es que no le dieran a Donatello, pero el gato era demasiado listo como para evitarlos sin su intervención. Dejó el bolso sobre el sillón, y se desplomó en el sofá.

Estaba agotada, pero no se trataba de cansancio físico. Lo que sentía en esos instantes era más bien cansancio emocional. Saber que estaba muy cerca de volver a ver a Ezra la ponía nerviosa y ansiosa a partes iguales. Aunque tampoco se debía a que no le hubiese visto en los seis años que llevaban separados, por supuesto que lo había hecho. Estaba al tanto de dónde vivía, dónde estaba su bufete e, incluso, lo había visto varias veces por los pasillos de los juzgados. La diferencia entre esos momentos y lo que, quizás, estaba a punto de suceder era que en esta ocasión no solo lo iba a ver, sino que también se dejaría ver por él.

Su estómago rugió, a pesar de que no parecía dispuesta a moverse para aplacar el hambre. Desde el desayuno, no había tomado nada más que café. Al mediodía se había reunido con Olivia Walton, y después de eso no había tenido tiempo para nada más que preparar la reunión con los abogados de la parte contraria.

—¡Tengo hambre! —le manifestó al gato gris que la miraba desde la parte alta de arriba del sofá.

El timbre de la puerta la hizo gruñir, pero no se levantó a abrir.

—¿Quién es? —preguntó sin moverse.

—Soy yo —contestó Mike desde el otro lado de la puerta.

—¿No tienes llaves? —se quejó Blair.

Su amigo no dijo nada. Sin embargo, unos segundos más tarde una llave se introdujo en la cerradura y la puerta se abrió.

Mike vestía de un modo informal, lo que indicaba que había tenido tiempo de pasar por su casa. En las manos llevaba dos bolsas que desprendían un aroma delicioso que hizo que su estómago volviera a rugir de impaciencia.

—No sé para qué te di una llave de mi casa si siempre llamas —lo regañó Blair, incorporándose para quedar sentada.

—No sabía si estabas sola. No quería interrumpir.

Ante la respuesta, ella le lanzó una mirada fulminante.

—¿Estás siendo desagradable a propósito? Restregándome mi falta de citas por las narices.

—Tienes razón, eso ha sido demasiado borde incluso para mí. —Aceptó, sentándose a su lado.

—Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Te traigo comida china y mi maravillosa compañía. ¿De veras pensabas que te iba a dejar sola en un momento como este?

—Estoy bien.

—Ya lo veo. —Se burló Mike al ver que ni siquiera se había quitado la chaqueta y tenía el pelo revuelto de tumbarse en el sofá.

—Estoy bien —insistió ella—. Estaba claro que tarde o temprano íbamos a coincidir. ¡Estoy preparada para verlo! Puedo tratar con él como si nada hubiera pasado.

—¿Te hará sentir mejor si te doy la razón y te alimento?

Blair asintió con una sonrisa agradecida, pero de repente frunció el ceño antes de preguntar:

—¿Por qué traes comida china en lugar de deliciosa y casera comida italiana?

—Muy graciosa.

—No trataba de serlo, lo digo completamente en serio.

—¿Tú qué crees? Me daba miedo encontrarme con mi madre en el restaurante —admitió con sinceridad.

—Tu madre es maravillosa. Tendrías que dejar de huir de ella.

—¡Muy bien! Lo haré un día de estos. Ahora ve a ducharte mientras yo preparo la cena —contestó evitando el tema.

—La cena que has comprado, quieres decir. Cena que espero que sea del chino de la calle Clay en Chinatown.

—Por supuesto que la cena que hay que poner en la mesa junto con los cubiertos, los vasos... es de la calle Clay. ¿Por quién me tomas?

Mike le lanzó una mirada que decía: «si sigues quejándote me voy y me llevo la comida».

—Por supuesto. Voy a ducharme.

—No tardes, que la cena que he comprado se enfría.

Diez minutos más tarde estaban sentados en el sofá de Blair con la televisión encendida de fondo, aunque ninguno de los dos le prestaba atención. Al final Mike había optado por el salón, por lo que no se había molestado en preparar nada, sino que estaban comiendo directamente de los recipientes en los que había traído la cena.

Donatello había abandonado su pose de indiferencia y estaba sentado junto a ellos, mientras observaba cada uno de sus movimientos.

—¿Todavía no te has deshecho del gato? —se quejó Mike bromeando. Había adoptado el rol de que no le gustaba el animal, pero Blair sabía que lo acariciaba cuando creía que ella no lo veía.

—¡Claro que no! Lo adoro. Además, me lo regaló tu madre. ¿Cómo puedes decir eso?

—Precisamente.

Mike miró al gato e involuntariamente dejó salir una sonrisa. Su madre se lo había regalado a Blair por su cumpleaños anterior y, aun cuando el animal era un British Shorthair Blue, Gina se había empeñado en que era italiano y que, por tanto, debía llevar un nombre apropiado. Por esa razón, Blair, quien conocía pocos nombres italianos, había bautizado al pobre animal con el nombre de una tortuga ninja.

—¿Esta noche no tenías una cita con Taylor? —preguntó ella al recordar que su amigo había quedado esa noche.

—Tú eres más importante —zanjó sin dar pie a nada más.

No obstante, Blair no era de las que se rendían sin luchar, así que preguntó directamente. Después de todo, eran amigos desde que ambos podían recordar. Su amistad era algo predestinado. Las madres de ambos habían sido amigas desde niñas y al tener hijos habían soñado con que estos se llevaran bien. Lo que no esperaban era que se hicieran tan inseparables.

—¿Habéis discutido otra vez?

Mike negó con la cabeza.

—Lo hemos dejado definitivamente.

No era la primera vez que Blair escuchaba algo como eso, por lo que no dijo nada.

—¿No vas a interrogarme sobre los detalles? —inquirió Mike sorprendido.

—¿Para qué? Está claro que en un par de días os arreglareis de nuevo.

—Esta vez no.

Su tono fue tan tajante que Blair no pudo evitar pensar que algo grave había sucedido entre ellos.

—No me digas que te ha engañado. Si lo ha hecho yo...

—No, peor.

—¿Peor?

—Quería más.

—Entiendo —aseguró ella e inmediatamente optó por cambiar de tema—. Pásame el cerdo agri dulce antes de que te lo acabes. ¡Ni siquiera lo he probado!

Capítulo 4

Eran pasadas las nueve de la noche cuando Ezra por fin levantó la cabeza de las pruebas forenses del caso McGarry que estaba revisando. Sentía su cuerpo entumecido por permanecer tanto tiempo sentado en la misma postura.

Tenía que revisar también las pruebas policiales y solo entonces se permitiría marcharse a su casa. Aunque, si pretendía ser capaz de concentrarse, necesitaba una nueva dosis de cafeína, ya que los documentos anteriores habían quemado la consumida hasta el momento.

Con el cuerpo agarrotado, se puso de pie y alzó los brazos para estirar los músculos de la espalda y el cuello. Tras varias series, se encaminó fuera de su despacho hasta la zona de recreo del bufete, en la que se encontraba la cafetera.

Nada más abrir la puerta se quedó petrificado con la mano todavía en el pomo.

—Alice, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no te has ido a casa? Hace horas que se ha marchado todo el mundo.

—Tú sigues aquí —respondió ella—, soy tu secretaria. No puedo marcharme si tú no lo haces.

—Puedes si yo te lo digo.

—¿Y si necesitas algo?

—Soy perfectamente capaz de imprimir un documento o de prepararme un café. ¡Vete a casa!

Alice frunció el ceño como si no estuviera muy segura de que eso fuera cierto.

Ezra sonrió divertido por la expresión.

—Soy demasiado bueno contigo. Hasta te permites el lujo de burlarte de mí.

—No me burlo de ti, jefe. Te tomo un poco el pelo porque tengo hambre.

Él suspiró con resignación.

—Vete a casa antes de que te desmayes por inanición y tu prometido venga a quejarse por explotación laboral.

—Tranquilo. Si fuera el caso te contrataría a ti para que me defendieras.

Él rio.

—Siendo la parte denunciada, dudo que eso pudiera ser así. ¡Vete a casa en taxi! No trates de coger el autobús.

—De acuerdo, jefe —aceptó Alice al tiempo que recogía sus cosas.

—Un momento. —Ezra regresó al despacho y salió unos segundos después con la tarjeta de crédito de la compañía en la mano—. Compra la cena donde quieras, hoy invito yo. Y paga el taxi también con ella.

La morena sonrió de oreja a oreja, encantada con la oferta.

—Eres el mejor jefe del mundo por mucho que George se queje de que eres un gruñón.

—George tiene razón. Tú eres una de las pocas afortunadas que disfruta de mi lado amable.

Ante el comentario, Alice se echó a reír con auténtica diversión.

—¿Eres consciente de que soy yo quien filtra todas tus llamadas? Conozco el número exacto de afortunadas que disfrutan de tu lado amable y pocas no es el indefinido correcto. Aun así, desde que estás con Susan...

—¡Vete! Márchate antes de que decida recuperar mi tarjeta —amenazó bromeando.

Su secretaria no necesitó que se lo repitieran. Se colgó el bolso al hombro y salió del bufete todavía sonriendo.

Ezra, por su parte, trató de prepararse un café para acabar reconociendo ante sí mismo que Alice tenía razón y que era incapaz de encontrar las cápsulas para la cafetera. Molesto y cansado, regresó a su despacho, donde trató de leer los informes que tenía pendientes. A pesar de que, sin la ayuda del café, su concentración era limitada, por lo que decidió que lo mejor era marcharse a casa, darse una ducha y cenar mientras veía el canal de deportes. De ese modo descargaría la tensión acumulada durante la jornada.

Estaba a punto de hacer lo que había pensado, cuando recordó el encargo que le había hecho a George, y decidió que lo mejor, dado el carácter de su amigo, era asegurarse de que había cumplido con su petición. Con esa idea en mente, tomó su móvil y, tras buscar en su lista de contactos, marcó el número deseado.

Daniel le lanzó una pregunta en cuanto descolgó, sin siquiera saludar:

—Ezra, ¿qué sucede? ¿Va todo bien?

—¿Por qué iba a ir mal?

La risa de Daniel sonó divertida a través de la línea telefónica.

—Bueno, normalmente solo me llamas cuando el asunto es grave. El resto del tiempo hablo con George.

Consciente de que no podía protestar porque era completamente cierto, se limitó a tranquilizarlo.

—Nada grave —habló por fin—, solo quería asegurarme de que George te había hecho llegar mi encargo.

—¿Que investigue a Blair Miller? —No le dio tiempo a responder—. Sí, lo ha hecho.

Su amistad con él era lo suficientemente estrecha como para que Daniel supiera quién era en realidad Blair, por lo que el abogado esperó el claro reclamo del detective. Pero este nunca llegó; su viejo amigo tan solo se limitó a asegurarse de que la petición seguía en pie.

—¿Estás seguro de que quieres que lo haga?

Ezra se mantuvo en silencio y Daniel asumió que no iba a retractarse.

—Supongo que la información básica ya la conoces, así que, ¿qué quieres saber exactamente?

—Todo lo que ha hecho durante los últimos seis años. —Todo era demasiado amplio, pero no estaba dispuesto a entrar en detalles. Daniel era demasiado inteligente como para que fuera necesario añadir algo más.

—¡De acuerdo! El lunes te enviaré un informe con la información que necesitas.

—¡Gracias! —dijo y colgó.

No era necesario resaltar que la petición debía ser alto secreto, ya que la ética laboral de Daniel estaba a la altura de su prestigio.

Capítulo 5

Ezra no supo si el calor que le subió por el estómago hasta detenerse en su garganta fue por ver a Blair, tras seis años sin saber nada de ella, o por verla junto a Mike.

Sabía que lo cortés sería que se levantara y les diera la bienvenida. Después de todo eran sus invitados. El problema era que no se sentía con la suficiente seguridad para hacerlo sin ponerse en evidencia, por lo que se quedó sentado donde estaba y dejó que George y Alice se hicieran cargo de la situación. Aprovechó esos momentos para observar a su invitada.

Los seis años que hacía que no se habían visto la habían transformado de una joven atractiva en una mujer impresionante. Llevaba su precioso pelo rubio más corto de lo que él recordaba, aunque, por lo que podía adivinar, parecía igual de sedoso. El tiempo también había estilizado su cuerpo. Incluso su modo de vestir era distinto.

Antes, siempre escogía ropa de colores pastel, discreta, aunque elegante. Contrariamente, en esa ocasión llevaba un traje de chaqueta negro, un color que le sentaba de maravilla, Ezra nunca le había visto usar. No solo le daba un aspecto profesional, sino que también la hacía sensual y sexy.

No obstante, tenía que asumir que tanto las personas como los gustos cambiaban, y Blair había contado con seis años para hacerlo...

La última vez que la había visto, ella tenía veintidós años mientras que él tenía veinticuatro; demasiado jóvenes para casarse. Sin embargo, eso no los había detenido y unos meses antes se habían fugado a Las Vegas, acompañados únicamente por las dos personas que estaban ahora mismo en esa sala de reuniones: George y Mike Goldman, el tipo que, a pesar de los años, seguía yendo tras Blair allá donde fuera.

El recuerdo lo llevó a centrar la atención en sus manos. No había anillos en ninguno de sus dedos, lo que señalaba que no estaba casada ni prometida, a pesar de que no descartaba la posibilidad de que estuviera saliendo con alguien. Las manos de Mike tampoco mostraban ningún anillo, así que él tampoco se había casado.

Como si Blair hubiera escuchado sus pensamientos, se dio la vuelta y lo miró directamente a los ojos. Incluso esbozó una sonrisa que ni en un millón de años hubiese esperado ver dirigida a él. No, después de todo lo que había sucedido.

—Señor Sackler. —Lo saludó con una voz cargada de dulzura, aunque no hizo ningún amago de tocarle—. Señor Walton. —Se dirigió también a su cliente sentado junto a él. En esta ocasión sí que estiró su mano derecha para estrechársela.

A Ezra no se le escapó que el modo en que había saludado a George había sido completamente distinto, dirigiéndose a él por su nombre e, incluso dándole un rápido abrazo.

Había escuchado claramente a su amigo invitarla a tomar café y ella había aceptado con una sonrisa sincera.

Tratando de calmarse, Ezra fijó su atención en su propio cliente, lo que fue una mala idea porque este parecía impresionado con la abogada de su esposa.

—Señorita Miller, espero que podamos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes —comentó Peter Walton tratando de impresionarla.

Blair sonrió y se giró para mirar a su clienta, quien también había adivinado el interés de su todavía esposo.

—Parece que estamos de acuerdo en eso, ¿verdad, señora Walton?

—Llámame Olivia, por favor —pidió ella con una sonrisa—, ya os he dicho que entre nosotras

no hacen falta tantas formalidades. —Miró a Mike para extender a él también su oferta.

Ezra se dio cuenta entonces de la presencia de la otra mujer y se levantó para estirar su mano derecha y saludarla como correspondía.

Sin embargo, la atención de la mujer no estaba ni en él ni en su esposo, sino que parecía pendiente de Mike, quien se acercó por detrás para apartar una silla y ayudarla a tomar asiento. Después, hizo lo propio con Blair, y Ezra no pudo más que mirar a George con abierta furia. Mike Goldman era una de esas personas que caían bien a todo el mundo menos a él. Su socio se encogió de hombros y con disimulo le hizo un gesto para que se calmara.

Una vez que todos estuvieron acomodados, la abogada de la señora Walton no se anduvo por las ramas. Expuso claramente sus peticiones, alimentando con ello la admiración inicial de Peter Walton.

—Lo siento, pero no tenemos acceso a las propiedades que ya no están a nombre de mi cliente —anunció Ezra muy serio.

—¿Es usted consciente de que podemos denunciar al señor Walton por lo que ha hecho? Traspasar activos a nombre de otra persona para evitar la repartición de bienes es ilegal.

—Está malinterpretando a mi cliente. El señor Walton no ha hecho tal cosa. Los bienes de los que habla son el pago que ha hecho mi cliente a la señorita Sanders por un préstamo previo.

—¡Ja! —tronó su todavía esposa.

—Imagino que, si eso es así, existirá constancia tanto documental como bancaria de ese préstamo —insistió Blair.

—Se trata de un préstamo privado —intervino George.

—Es decir, que no hay constancia de ello —sentenció Mike.

George miró a Mike con una expresión que desconcertó a Blair. Tratando de volver al asunto que importaba comentó:

—¿Están diciendo que la señorita Sanders tenía el dinero que le prestó al señor Walton escondido debajo del colchón de su casa? Porque si ese no es el caso, debe de haberlo retirado de alguna cuenta corriente, lo que serviría como prueba.

—Por supuesto que no lo ha sacado del colchón, simplemente es que no disponemos ahora mismo de esa documentación. Establezcamos una nueva reunión cuando dispongamos de toda la información —pidió Ezra.

Mike se inclinó sobre Blair para susurrarle algo al oído, y tras aquel breve intercambio, la actitud mediadora de la abogada cambió radicalmente.

—Lo siento, pero no tenemos previsto volver a reunirnos con ustedes hasta que estén dispuestos a aceptar nuestras peticiones sin excusas. En cualquier caso, siempre tenemos la posibilidad de que sea un juez quien medie en el divorcio y el correspondiente reparto de bienes. —sostuvo sin previo aviso.

—¡Está bien! —exclamó Tom Walton—. Añadiremos las propiedades que no están a mi nombre.

—Señor Walton, creo que es mejor que nos deje esto a nosotros —pidió Ezra tratando de calmar su malhumor.

—Gracias, señor Walton —dijo Blair levantándose y extendiendo su mano para despedirse de él—. Por favor, llámenos cuando convenza a su abogado de que esta es la mejor opción para todos. —Se dio la vuelta y, con una sonrisa que paseó por Mike y su cliente, anunció que se retiraban.

George se levantó para acompañarlos, mientras que Ezra se quedó donde estaba, bullendo de

rabia mal contenida.

—Será mejor que cedamos —estaba diciendo Peter Walton—. Si vamos a juicio, las cosas pueden ponerse peor. Además, no deseo un divorcio mediático. No será bueno para mi imagen pública.

—No vamos a llegar a un juicio, pero tampoco vamos a ceder tan fácilmente.

—¿Se puede saber por qué estás tan molesto? La reunión no ha ido tan mal —comentó George siguiéndole al despacho—. Estaba claro que iban a pedir que se repartieran los bienes que Walton había cedido a su amante. ¿De qué te sorprendes?

Alice le lanzó una mirada fulminante al pasar frente a su mesa, pero él se limitó a sonreírle al tiempo que le guiñaba un ojo.

—¿Por qué ha venido? —musitó Ezra al parecer más para sí mismo que para que George lo escuchara.

—¿Para qué iba a venir? Nosotros la citamos.

Ezra se dio la vuelta y le lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué haces aquí?

—Tratando de continuar con nuestra conversación.

—Ahora mismo no puedo concentrarme en nada.

—De eso ya me he dado cuenta. ¿Qué sucede? Como he dicho, ha ido bien.

—¿Bien?

—Blair y tú no os habéis matado. Os habéis hablado con educación y la señora Walton es más razonable de lo que habíamos previsto. ¿Cuál es el problema?

—¿El problema? El maldito problema se llama Mike y parece que nunca voy a poder deshacerme de él. No pude en el pasado y no puedo en el presente.

—¿De qué hablas?

—¿Por qué ha venido?

—Seguramente porque Blair y él son socios, y este caso es importante para su bufete. ¿Por qué más?

Ezra hizo un gesto de desacuerdo.

—No seas ridículo. Ha venido a marcar territorio, para darme a entender que Blair le pertenece y que yo no debo acercarme a ella.

George parecía desconcertado.

—¿Por qué iba a hacer eso? Es obvio que no tienes previsto acercarte a ella, ¿verdad?

—¡Claro que no! Lo nuestro es historia.

—Entonces no veo por qué estás tan molesto.

—Me cabrea que vengan a restregarme su relación por las narices.

Cada vez más confundido por la actitud de su amigo, George le espetó:

—Han sido amigos toda su vida. Lo que me sorprende es que creyeras que ya no lo eran.

—¿Amigos? —Bufó—. Es evidente que son más que amigos. A saber desde cuándo están juntos.

—Eso es imposible.

Ezra, que seguía paseando arriba y abajo de su despacho, se detuvo abruptamente para mirar a George a los ojos.

—¿Por qué es imposible?

—Mike es gay.

Ezra se rio sin ganas.

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio. Mike es gay. —Separó las palabras para resaltar la frase—. Si incluso vive en Castro Street.

—No todo el mundo que vive allí es gay. No seas ridículo.

—¡Lo sé! No soy estúpido. De igual manera, lo es.

—En aquel entonces nunca lo vimos salir con hombres.

—Que no lo supiéramos no significa que no pasara. Además, te llevabas tan mal con él que apenas tenáis relación.

—No me gusta especular sobre las personas. Ni siquiera de Mike. Dejemos el tema.

George asintió.

—¡Como quieras! Solo te diré que, aunque no tengo pruebas, al menos no de las que se podrían presentar en un juicio, tampoco tengo dudas.

Ezra le lanzó una mirada fulminante, convencido de que su amigo estaba mintiendo, y se dirigió a su escritorio.

Una vez que se sentó, y vio que George seguía allí, le espetó:

—Sal de mi despacho que tengo que trabajar.

George resopló molesto.

—¿Puede alguien decirme por qué sigo siendo tu amigo?

—Porque soy encantador.

—Encantadoramente insoportable —dijo dando media vuelta.

Al salir se detuvo frente a la mesa de Alice:

—Querida, será mejor que le lleves un café bien cargado a tu jefe. Está tan insoportable que temo que mate a alguien con el abrecartas.

Alice rio por lo bajo, pero se levantó para hacer caso a la sugerencia de George.

Por su parte, George se encaminó a su despacho dándole vueltas a las palabras de su amigo. ¿De veras pensaba que había algo entre Mike y Blair? Él nunca había notado nada que le hiciera pensar en ello, de hecho...

Si fuera un buen amigo le contaría a Ezra por qué pensaba que Mike era gay, pero hacerlo implicaría darle cierta información que no estaba dispuesto a compartir con nadie...

Capítulo 6

Blair odiaba mentirle a Mike. No obstante, se había visto obligada a hacerlo por petición expresa de una persona a la que no le podía negar nada. Por ello, tras salir del bufete Sackler & Turner y despedirse de Olivia Walton, cuando su mejor amigo se ofreció a invitarla a comer antes de regresar a la oficina, tuvo que declinar la oferta alegando una cita previa con un posible cliente inexistente en lugar de confesarle que su reunión era con la propia madre de Mike, quien la había llamado la noche anterior para pedirle asesoramiento sobre un tema del que se había negado a decir nada hasta que estuvieran frente a frente.

Por todo ello, se despidió de su amigo y se subió a un taxi que la llevaría al lugar de su cita.

Cuando Blair llegó al restaurante que Gina Brambilla tenía en Little Italy, el primero de su ahora amplia cadena, se encontró con que la mujer estaba sentada en una de las típicas mesas, con los manteles a cuadros rojos y blancos, características del establecimiento. Hacía tiempo que no visitaba el local, y aun así seguía teniendo ese aspecto acogedor que prometía deliciosa comida casera italiana.

Las paredes estaban revestidas de madera o con preciosos papeles pintados en tonos coloridos y motivos florales; los suelos destacaban con aquellas llamativas baldosas; y, sobre todo, destacaba el delicioso aroma a pasta y a pan de ajo.

Conforme fue acercándose a Gina, se dio cuenta de que los documentos que con tanta concentración miraba eran currículos.

Sus pasos alertaron a la mujer, que alzó la cabeza y la vio al tiempo que esbozaba una gran sonrisa de bienvenida.

Gina era la versión femenina de Mike, aunque su belleza era más delicada que la de su hijo. Sus ojos verdes y el cabello oscuro ondulado eran los mismos.

—Blair, *cara*. —La saludó afectuosa mientras se ponía en pie con los brazos abiertos.

—Hola, Gina.

—*Cara*, gracias por venir. —La estrechó entre sus brazos—. Eres la primera en llegar. Sentémonos para que Eva nos sirva una copa de vino.

El comentario la confundió.

—¿Viene alguien más?

—Por supuesto. También necesito la opinión de tu madre —anunció sonriendo—. Nuestro cometido es sumamente importante —aseguró en un tono tan serio que Blair no se sintió capaz de aventurar qué era lo que Gina necesitaba de ellas.

La madre de Mike se negó a darle información sobre el cometido que las había llevado hasta allí hasta que terminaron la comida. Una vez que los platos fueron retirados y la mesa fue limpiada, aclaró por fin cuál era el motivo de su invitación. Necesitaba un nuevo gerente para el restaurante, porque Steve había decidido abrir su propia empresa de catering, con las bendiciones de su antigua jefa, y necesitaba cubrir su plaza cuanto antes para no saturar de trabajo a su plantilla.

—Me alegro mucho por Steve —apuntó Summer, la madre de Blair—. Ojalá le vaya de maravilla.

—Lo hará. Steve es muy bueno en su trabajo.

—¿Por qué no le has pedido ayuda a Mike? —inquirió Blair al no comprender por qué había tenido que ocultarle el hecho a su amigo—. Yo no tengo mucha experiencia en hostelería, a excepción de los veranos en que venía a echar una mano en el restaurante con Mike.

Gina sonrió al recordarlo. Los dos se metían en la cocina con la *nonna* Pia, y en lugar de ayudar, terminaban comiéndose lo que ella cocinaba.

—Ya sabes cómo son los hombres. Ellos no tienen nuestra sensibilidad. Estoy segura de que nosotras lo haremos mejor sin que él intervenga.

La respuesta no era mala. Aun así, no aclaraba el porqué había tenido que mentirle a su amigo.

—De acuerdo, empecemos —pidió Summer tomando un puñado del montón de papeles que tenían delante.

—¿Por qué todo son mujeres? —preguntó Blair tras revisar los suyos y los de su madre, a su lado.

—Era un requisito indispensable para acceder al puesto —respondió Gina.

Summer no dijo nada, aunque le lanzó una mirada significativa a su amiga, por lo que Gina se vio obligada a ampliar su respuesta.

—Como mujer emprendedora he querido favorecer a las mujeres. Creo que un poco de discriminación positiva no viene nada mal.

—¡Por supuesto! —aceptó Blair sin estar del todo convencida de que esa fuera la única razón por la que la empresaria había excluido a los caballeros de la oferta.

Siguieron revisando los currículos hasta que Gina les mostró uno que había captado su atención.

—Esta es muy guapa, ¿verdad?

Summer asintió y le pasó el papel a su hija.

—Lo es, pero su trayectoria laboral no es muy buena —comentó Blair tras revisarlo—, no tiene experiencia en hostelería y por lo que veo no le duran mucho los trabajos.

—Pero es guapa —insistió Gina—. Y tiene la edad perfecta.

—Ser guapa no la capacita para ser una buena gerente. Entiendo que quieras a alguien con una buena imagen para el restaurante, pero deberías buscar a alguien que disponga de algo más sólido que la belleza. Respecto a la edad, creo que para lo que buscas, la experiencia es lo más importante.

—Creo que en eso tiene razón —secundó Summer mirando a su hija con orgullo.

—Menos mal que estás aquí, *cara*. —Se alegró Gina—. Tienes razón en que debe haber mucho más que la belleza. ¿A quién me recomiendas? —pidió señalando todos los currículos que había sobre la mesa.

Blair no dudó un segundo y tomó el que ella creía que era la candidata perfecta.

Se trataba de una persona con experiencia en el ramo y con estudios de administración de empresas. Respecto a su aspecto, por la foto del currículo se podía adivinar que era elegante y seria, además de atractiva, que al parecer era un rasgo importante para la dueña.

Gina la estudió en silencio unos minutos antes de preguntar directamente:

—¿Crees que le gustará a mi Michele? —inquirió con los ojos brillantes de alguna emoción que Blair no supo adivinar.

Capítulo 7

El día había sido cuanto menos extraño, pensó Blair. La reunión con Ezra, en la que se había mostrado reacio a llegar a un acuerdo e, incluso, desagradable; la comida con Gina y sus extrañas preguntas; las mentiras piadosas que se había obligado a darle a Mike... Menos mal que esa noche, como cada viernes, había quedado para cenar con Sasha y las chicas después de su clase de yoga.

Desde que regresó a San Francisco, la casualidad hizo que retomara su amistad con ella. Se apuntó a las clases de yoga que Sasha impartía en su pequeño gimnasio de Divisadero Street, forjando así una hermandad con las cuatro integrantes del grupo de los viernes por la tarde, y estableciendo así la costumbre de cenar juntas tras sus clases.

Blair se sentía afortunada de contar con la complicidad de cinco mujeres estupendas que habían terminado siendo algo más que compañeras.

—¿De verdad creéis que es buena idea venir a un bar deportivo? —preguntó Blair por décima vez desde que Jessica propuso cenar allí.

—Aquí hay más hombres por metro cuadrado que en cualquier otro lugar de la ciudad —apuntó la ejecutiva, muy seria.

—Jess, creía que habías renunciado a las citas —dijo Sasha y el resto asintió.

De hecho, cada semana, Jessica anunciaba que se daba por vencida y que no iba a volver a salir más con hombres. Sus amigas ratificaban sus palabras y hacían como que la creían.

—No lo hago por mí, sino por Chloe y Connie, que están solteras. —Se excusó mientras tomaban asiento en una de las mesas más cercanas a la barra.

Chloe sonrió encantada con la idea.

—Yo también estoy soltera —protestó Blair— y Sasha. La única que está felizmente casada es Avery.

—Tú tienes a Mike, y Sasha no cuenta porque ella es perfectamente capaz de buscarse a un hombre por su cuenta.

La aludida sonrió orgullosa y alzó la mano para chocarla con la de Jessica.

—No hay nada entre Mike y yo, solo somos amigos. —Su tono estaba cargado de cansancio. Estaba harta de que todo el mundo creyera que estaba en una relación con su mejor amigo.

—A mí no me gustan los deportistas —protestó Connie retomando el tema de conversación anterior.

—¡Cierto! —aceptó Jessica molesta—. A ti los que te atraen son los sosos que van a leer a tu biblioteca.

—No son sosos, son...

—Esta mañana he visto a Ezra. —anunció Blair con la intención de parar la disputa antes de que empezara a ponerse seria. Jessica y Connie eran polos opuestos y aun así se querían. Sus pequeñas polémicas estaban a la orden del día.

—¿Estás hablando de nuestro Ezra? —preguntó Sasha.

Blair asintió.

La pelirroja se encogió de hombros.

—No es la primera vez que lo ves —zanjó quitándole importancia.

—Quiero decir que lo he visto y que él me ha visto a mí.

Durante unos largos segundos se hizo el silencio.

—¿Cómo fue? ¿Estás bien? —preguntó Avery, quien hasta el momento no había abierto la boca. Bastante tenía con no quedarse dormida en la silla. Era madre de gemelos y los niños la tenían tan agotada que se pasaba parte de las clases de yoga dormitando.

Conscientes de su cansancio, sus amigos la dejaban dormir en la esterilla sin molestarla.

Sin embargo, la confesión de Blair había sido tan inesperada que la sacó de golpe de su eterno letargo.

—Estoy bien. No ha sido tan dramático como hubiera esperado.

—Cuéntanos los detalles —pidió Sasha al tiempo que levantaba la mano para llamar al camarero—. Pero espera que lleguen las cervezas, que la historia requiere de la bebida adecuada.

—Por mí perfecto —aceptó Chloe—. Mañana es sábado y no trabajo.

—Creía que los publicistas trabajan a todas horas —apuntó Avery—, por si les llegaba la inspiración.

Chloe rio de buena gana.

—Eso son los artistas. Nosotros somos como el resto de los mortales. —Se calló cuando un tipo impresionante pasó por el lado de su mesa con unos pectorales perfectos que se marcaban a través de su camiseta blanca.

—Creo que mi elección de bar ha sido perfecta. —Se vanaglorió Jessica que también había reparado en él—. Ahora mismo lo que Blair necesita son unas cuantas cervezas y unos músculos tonificados que le alegren la vista —señaló con la cabeza al tipo que había pasado por su lado—, como esos.

Blair sonrió.

—Jamás le hago ascos ni a una cerveza ni a unos buenos músculos. —Confesó riendo.

—Yo acepto los músculos, pero paso de la cerveza —anunció Avery—. Si bebo algo más intenso que un refresco, acabaré durmiendo encima de la mesa.

—Marchando una de músculos. —Rio Sasha al ver aparecer al camarero que tampoco carecía de ellos.

Tres horas después, las únicas que seguían en el local eran Sasha y Blair, que eran las menos perjudicadas. El resto habían recogido sus cosas y fueron desfilando a sus casas.

—Tengo que ir al baño —anunció Blair.

—Te acompaño. La cerveza hace que tenga pis cada cinco minutos.

Blair rio como una niña pequeña. Se tapó la boca y a través de sus manos dijo:

—Has dicho pis...

La pelirroja arrugó el ceño.

—Creo que ha llegado el momento de que dejes de beber. —Se levantó y asió a su amiga del brazo para guiarla hasta el lavabo de señoras.

—¿Sasha? ¿Sasha Sackler? —preguntó una voz masculina cuando estaban en el pasillo que llevaba a los baños, ya de regreso hacia su mesa.

Tanto la aludida como Blair se dieron la vuelta para ver quién llamaba. El hombre que había voceado a Sasha estaba en el lugar perfecto para él, pensó la rubia. Si no era un deportista profesional podría pasar por serlo, porque tenía un cuerpo perfecto. Además, su cara era de esas que necesitabas mirar dos veces si tenías la suerte de que pasara junto a ti: labios sensuales, mandíbula marcada y ojos profundamente azules. A Blair nunca le habían atraído los rubios de ojos azules, pero tras ver al hombre que tenía delante, estaba más que dispuesta a cambiar sus

estándares.

La camiseta fina que llevaba marcaba a la perfección los músculos de sus brazos y de su pecho. Lástima que no le mostrara el *six pack*, pensó mirando su abdomen.

—Daniel —saludó Sasha—, qué sorpresa encontrarte aquí.

Él cubrió los pasos que los separaban y paseó la mirada entre ambas.

—En realidad la sorpresa es verte a ti aquí. —Sonrió con travesura.

—He venido con unas amigas. —Fue la respuesta de Sasha.

—Ya veo —dijo y miró a Blair como si estuviera esperando a que se la presentara.

Al darse cuenta del gesto, Sasha los presentó inmediatamente.

Con una sonrisa encantadora, estrechó la mano de Blair y tras varios minutos más de charla intrascendente, se retiró.

—¡Wow! ¿Quién es ese? —Su tono estaba exagerado por el alcohol.

—Daniel.

—Eso ya lo sé, pero ¿quién es? Sé más específica. ¿Es tu ex?

Sasha la miró molesta.

—Un amigo de mi primo. ¿Tanto te ha impresionado?

No respondió.

—¿Es amigo de Ezra?

La pelirroja asintió.

—Lo siento, te he metido en un lío. —De repente el alcohol se esfumó de su sangre como si la preocupación lo hubiera quemado por completo.

—No tengo que darle explicaciones a mi familia sobre mis amistades. No te preocupes por eso.

—De acuerdo, pero lo siento.

Sasha levantó un dedo y la apuntó con él.

—¡Suficiente! No hay nada que sentir.

La rubia asintió sin estar del todo convencida.

—¿Y a qué se dedica Daniel? ¿Es jugador profesional de fútbol?

La risa de su amiga las acompañó hasta la mesa de la que se habían levantado para ir al baño.

—No. Antes era policía, ahora trabaja como detective privado. Y antes de que me preguntes por qué dejó el cuerpo, te diré que esa es la eterna pregunta de todo aquel que lo conoce.

—Tendría que haber sido de infarto verle vestir de uniforme.

Capítulo 8

Blair tenía resaca. Sentía unos constantes martillazos en la cabeza, como si alguien estuviera haciendo un ruido constante y molesto dentro de ella.

De hecho, si trataba de hacer memoria, ni siquiera estaba muy segura de cómo había llegado a casa. Lo último que recordaba era haberse subido en un taxi con Sasha, después de eso, sus recuerdos estaban borrosos.

Abrió los ojos por completo y el molesto ruido no se detuvo. Lo mejor iba a ser que se levantara y se sirviera un café bien cargado con un par de analgésicos.

Suspiró exageradamente, pero no se movió, el calorcito que sentía pegado a su costado la hacía sentir bien. Llevó la mano hasta allí y sintió el pelo suave de Donatello.

—Buenos días —le dijo al gato—. Vamos a tener que levantarnos ya.

Estaba contando hasta tres para levantarse cuando se dio cuenta de que el sonido no estaba dentro de su cabeza, sino que alguien estaba llamando a la puerta de su apartamento.

Se puso en pie a toda prisa movida por el cabreo que el descubrimiento le había provocado. La única persona que podía estar haciendo tanto ruido era su maldito mejor amigo.

—Mike, te voy a asesinar —aseguró de camino a abrir—. ¿Por qué no usas la maldita llave que te di?

Ezra no había esperado que Daniel fuera tan rápido y eficiente con sus pesquisas sobre Blair. Le había dicho que le enviaría un informe el lunes. Contrariamente a lo esperado, lo había recibido esa misma mañana.

Debía de ser consciente de lo mucho que necesitaba disponer de él.

Mientras estaba allí plantado, su mente bullía llena de dudas y de preguntas que estaba planeando hacerle a Blair, pero sus intenciones se fueron al traste cuando ella le abrió la puerta.

Al verle, Blair se quedó completamente quieta. La última persona a la que hubiese esperado encontrarse era precisamente la que tenía delante de ella.

Por instinto, se llevó las manos al cabello para tratar de peinarlo. Que Mike la viera con esas pintas no era un problema para ella, pero que fuera Ezra quien lo hacía era impensable. Consciente de que su aspecto no era el más indicado para recibirlo, asió el dobladillo de la vieja camiseta que usaba de camión, tratando de ocultar sus muslos.

No podía hacer nada con su maquillaje, ese que no había sido capaz de quitarse la noche anterior, por lo que estaba segura de que tendría borrones negros en lugar de ojos...

—Ezra.

—Hola, Blair.

—¡Qué sorpresa! ¿Quieres pasar? —ofreció confusa por su presencia.

—No será necesario. He venido para disculparme por mi actitud de ayer en la reunión. Si seguís dispuestos a solucionar el divorcio lo más fácilmente posible para ambas partes podemos establecer una nueva cita la semana que viene. Te prometo que en esta ocasión trataré de ser más razonable.

Blair asintió todavía confundida.

¿Había ido hasta su casa para decirle eso? ¿No podía haberse limitado a llamarla por teléfono? Y la pregunta más importante, ¿cómo había descubierto dónde vivía?

Las preguntas se instalaban una tras otra en su mente, pero en esos instantes no sabía muy bien cómo plantearlas. La situación era tan incómoda como extraña.

—De acuerdo, entonces —siguió él—. Le pediré a Alice que te llame el lunes para concertar un día que nos venga bien a todos. Lamento haberte despertado.

—No te preocupes. ¿Estás seguro de que no quieres pasar a tomar un café?

—¡Lo estoy!

Blair se sintió ridícula tras su rechazo. No tendría que haber insistido en que entrara. Su insistencia podía ser malinterpretada y él podía creer que sus intenciones eran otras más... íntimas.

—Como prefieras —dijo tratando de parecer casual.

Él asintió.

—Que tengas un buen día. —Se despidió, y se dio la vuelta para marcharse tan abruptamente como había aparecido.

Blair regresó a su dormitorio y se dejó caer sobre su cama. El dolor de cabeza había quedado en un segundo plano. Ahora solo podía pensar en la visita de Ezra, y en cómo habría dado con su dirección.

Dándole vueltas a las posibilidades, se estiró en la cama buscando su teléfono. Lo encontró encima de su mesilla de noche, así que alargó la mano y se hizo con él. El reloj marcaba que eran casi las once, por lo que Sasha seguramente ya estaría despierta.

El teléfono no reconoció su cara, por lo que tuvo que desbloquearlo con el código.

—Maravilloso —musitó—, he tenido que abrir la puerta con estas pintas que ni siquiera mi teléfono reconoce.

Buscó el número en favoritos y marcó.

—¿Cómo llevas la resaca? —Saludó Sasha con la voz somnolienta.

Blair no se molestó en contestar.

—¿Le has dado mi dirección a Ezra?

—¿Cómo? —preguntó su amiga y Blair notó que se estaba moviendo, seguramente incorporándose en la cama.

—Ezra acaba de presentarse en mi casa para disculparse por su actitud durante la reunión.

—No he hablado con él desde Navidad —respondió la pelirroja—. Espera un momento... — se quedó en silencio unos segundos antes de retomar la conversación—. Parece que Daniel se ha dado prisa en irle con el chisme.

—¿Daniel?

—¿No te acuerdas? Nos encontramos con él ayer en el bar deportivo. Estuvimos hablando con él. Te conté que era amigo de mi primo.

—¡Vagamente!

Sasha bufó sonoramente.

—Eso significa que no. Daniel no es alguien que se pueda recordar vagamente.

—¿Y cómo sabía él mi dirección? —insistió ella.

—Ya te dije que trabaja como detective. Sabe todo de cualquier persona que desee.

—¿Y por qué iba a desear conocer mis datos personales?

—Tal vez no fuera él quien lo deseara... Quizá nuestro encuentro no fuera fruto de la casualidad.

—Eso es ridículo. ¿Por qué iba Ezra a querer saber nada de mí?

Capítulo 9

Después de dejar a Blair parada en su puerta con el aspecto descuidado que indicaba que había tenido una buena noche, Ezra estuvo dando vueltas sin rumbo por las calles. Sin darse cuenta, se alejó del lugar en el que había aparcado su vehículo.

Cuando se decidió a buscarla, en ningún momento se paró a pensar en las posibilidades que había de que ella estuviera acompañada o que, tal y como había sucedido, inconscientemente ella le confirmara su relación con Mike.

Pero así había sido. Su intento de aclarar puntos pendientes con Blair había terminado con la certeza de que todas y cada una de sus dudas anteriores eran certeras.

Siguió andando hasta que se encontró a sí mismo llamando a la puerta de casa de su mejor amigo.

George no sabía muy bien qué podía darle a su socio para animarlo. El alcohol estaba fuera de consideración dada la hora que era, y las palabras no estaban dando resultados.

—¿Qué te parece si nos cambiamos y vamos al gimnasio? Soltar un poco de adrenalina te puede venir bien.

Por respuesta recibió una mirada poco amistosa, lo que le hizo callar y tratar de pensar en otras opciones.

—He dejado mi coche cerca de casa de Blair, en Haight Ashbury. Vas a tener que llevarme a recogerlo. No me apetece andar hasta allí.

—¡De acuerdo! Una vez que me has despertado... —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué os pasa a todos hoy? —musitó molesto.

La gente normal no dejaba de tener asuntos que atender solo porque fuera sábado, pensó.

Viendo su ensimismamiento, George ofreció:

—¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Sorprendido de que aceptara, se acercó al armario y lo abrió para sacar las cápsulas. Ni siquiera se molestó en preguntar qué tipo de café le apetecía. Sacó la artillería pesada: el Kazaar era el adecuado para un momento como ese. Fuerte, intenso... de esos que despertaban a un muerto, o ya puestos, a alguien demasiado centrado en sus problemas.

Metió la cápsula en la máquina, puso una taza grande debajo y dejó que esta se llenara del negro líquido. El aroma ya avisaba de antemano de la intensidad del producto.

Una vez que estuvo listo, sacó otra cápsula para él mismo, de otro café menos intenso, y se preparó otro para él.

Ezra se llevó la taza a los labios y George notó el momento exacto en que sus papilas gustativas notaron el sabor. Arrugó la nariz y frunció el ceño, pero siguió bebiendo.

—¿Te gusta? —preguntó su amigo.

—Es... interesante.

George se encogió de hombros.

—Por el horario, es mucho más adecuado que un whisky e igual de efectivo.

—¡Cierto! Te calienta la sangre igual —corroboró el abogado.

—¿Todo bien?

—No exactamente.

George suspiró exageradamente.

—Tienes a darle importancia a cosas que no la tienen.

—¿No la tienen? ¿Te parece normal que tenga la llave de su apartamento?

George asintió.

—Me lo parece. Son amigos. Y ya te dije que Mike es gay —añadió con suspicacia—. Lo que no es lógico es que te importe tanto. Creía que hacía mucho tiempo que habías superado a Blair. ¿Por qué estás tan celoso?

Ezra ni aceptó ni refutó que lo estuviera.

—Daniel me ha enviado un informe esta mañana. Supongo que las cosas... han cambiado un poco.

—¿Ese hombre no duerme nunca? No hace ni dos días que le hice el encargo —comentó George a nadie en particular.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿No quieres saber lo que había en él?

—¿Qué quieres que diga? Si quieres contármelo, lo harás sin necesidad de que te pregunte. En cualquier caso, no entiendo por qué de repente te has vuelto a enamorar de ella.

—No es amor. Yo... me siento culpable.

George lo miró extrañado.

—¿Por qué? Tú no hiciste nada malo. Fue Blair la que quiso divorciarse y te dejó destrozado.

—Ese es el problema —aceptó—, no le hice nada malo, pero permití que se lo hicieran...

—¿Qué es lo que decía el maldito informe que te ha afectado tanto? —preguntó en esa ocasión. De repente, la conversación se estaba volviendo confusa y para seguirla necesitaba aclaraciones.

—Si te lo digo terminarás por darme la razón.

—¡De acuerdo! Te la daré por adelantado si es necesario. Solo cuéntamelo para que pueda entender qué está pasando.

Capítulo 10

Puede que fuera sábado por la noche, pero para Blair era como cualquier otro día. Sin nada que hacer, se dejó caer en el sofá mientras digería, uno tras otro, los capítulos de las cinco temporadas de Ally McBeal; seguramente la serie que más veces había visto en toda su vida. Y posiblemente aquella que la tentó a convertirse en abogada.

«*Tengo una gran imaginación, pero a veces necesito que las cosas ocurran de verdad*», estaba diciendo la protagonista de la serie, cuando un par de toques en la puerta hicieron que Blair apartara la mirada de la televisión.

Se levantó, consciente de quién estaba al otro lado. Aun así, no lo regañó por no usar la llave.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al verle tan arreglado.

Normalmente solo vestía trajes para el trabajo. Una vez que este terminaba, se colgaba unos vaqueros y estaba tan atractivo como siempre. Aunque esa noche llevaba unos pantalones de vestir oscuros, camisa blanca debajo de un jersey de pico también oscuro, y americana tipo levita en tonos grises y azules.

—He venido a sacarte de casa —anunció Mike, mirándola de arriba abajo—. Tú —le dijo al gato—, no te acerques a mí que me llenarás de pelos.

Blair bufó ofendida por el trato a Donatello. Todavía tenía ojeras por la fiestecita de la noche anterior y ni siquiera se había molestado en arreglarse. ¿Para qué, si no tenía previsto salir?

Por ello se había hecho un moño en lo alto de la cabeza, para que no la molestara cuando se tumbara en el sofá, y se había puesto unas mallas viejas y una camiseta enorme y desgastada.

—Gracias por la oferta, pero no me apetece.

—Aun cuando no te apetezca, vamos a salir a cenar —insistió Mike—. No voy a dejar que te quedes en casa dándole vueltas a la cabeza.

—¡Espera un momento! —interrumpió Blair—. Tú has hablado con Sasha.

Mike ni siquiera trató de negarlo.

—No necesitaba hablar con Sasha para saber que algo andaba mal —apuntó señalando a la televisión—. Siempre que te pones a ver Ally McBeal es señal de que algo te preocupa.

—Eso no es cierto, la veo porque me gusta. Y no trates de cambiar de tema. ¿Por qué tenéis que hablar a mis espaldas?

—No hablamos a tus espaldas, nos preocupamos por ti. Además, Sasha tenía planes esta noche, sino también estaría aquí para llevarte a cenar.

Ella bufó como respuesta, pero Mike no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Tienes que cenar conmigo esta noche. Si no lo haces por ti, hazlo por mí, que acabo de sufrir una desilusión amorosa.

Blair no pudo protestar ante eso. Era evidente que Mike había sentido algo profundo por Taylor. Tanto, que pasó por alto la opinión de Gina y estaba dispuesto a dar el siguiente paso. La pena fue que la otra parte no estuviera igualmente dispuesta.

—¡De acuerdo! —concedió por fin.

—Ponte el vestido que te regalé por tu cumpleaños.

—¿Y eso? —preguntó sorprendida. Mike le había regalado un Chanel de cóctel—. ¿Por qué he de arreglarme tanto?

—Tenemos muchas cosas que celebrar esta noche.

—¿Como por ejemplo?

—Que somos guapos, inteligentes y estamos solteros. ¿Quién sabe? Es posible que esta noche acabemos encontrando a la pareja perfecta para cada uno de nosotros.

Blair rio con un poco de mejor ánimo. Sí, decidió. Salir con Mike era una de esas cosas que lograba arreglar cualquier día por muy malo que este fuera.

—¿A dónde me vas a llevar a cenar?

Él sonrió con confianza.

—Al Arabian Nights.

—¿Tienes reserva? —preguntó sorprendida.

Su amigo asintió con una sonrisa.

El Arabian Nights era un restaurante libanés a la altura de su éxito. Conseguir mesa para cenar era complicado, y saber que iba a disfrutar de sus exóticos platos levantó el ánimo de Blair. Llevaba mucho tiempo queriendo ir, pero entre unas cosas y otras, nunca había tenido la oportunidad de hacerlo. Fue por ello por lo que salió disparada hacia su dormitorio para ducharse y arreglarse en un tiempo record.

Mike se quedó riendo lleno de orgullo. Después de todo, no había nadie que conociera a Blair tanto como él.

Como si se tratara de una verdadera cita, Mike le abrió la puerta de su Tesla negro, Model S, a Blair y la cerró tras ella.

Su socio acababa de hacerse con el coche y no podía estar más orgulloso de él. Se trataba de un modelo eléctrico que causaba sensación donde fuera que lo llevara.

Sin decir nada más, arrancó el silencioso motor y encendió el reproductor. La música de *Say You'll Stay* de James Smith, comenzó a sonar en aquel pequeño espacio:

*You won't go
Say you'll stay
Go oh oh oh
Say you'll stay*^[2]

Cuando terminó la canción, Blair habló:

—Mike, eres el novio perfecto: romántico, guapo, inteligente, rico...

Su amigo esperó a que siguiera, pero ella se detuvo ensimismada por sus propias palabras.

—Te olvidas de algo importante —protestó este—, soy una maravilla en la cama. —anunció guiñándole un ojo.

—Voy a tener que creer en tu palabra.

—No esperaba menos de ti —aceptó Mike con una sonrisa.

Tras el intercambio, siguieron unos minutos en los que en el coche solo se escuchaba la música. La observó un par de veces, pero ella miraba por la ventana en silencio. No pudiéndose aguantar más, preguntó:

—¿Qué piensas, que estás tan silenciosa?

—Que mi vida sería mucho más fácil si me hubiera enamorado de ti —soltó ella sin rodeos.

Mike se inclinó a un lado, sin apartar la visión de la carretera, y besó a su amiga en la mejilla.

—Lo mismo digo —y añadió con una carcajada—. Mi madre me adoraría.

—No digas eso. Tu madre ya te adora.

Mike frunció el ceño.

—Supongo que a su manera, me quiere.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¡Por supuesto!

—¿Por qué viniste conmigo a Boston?

La pregunta fue tan inesperada que Mike se quedó en silencio unos segundos antes de responder.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

Blair se encogió de hombros.

—Últimamente me ha dado por pensar en el pasado más de lo recomendado y esa pregunta ha pasado por mi mente en varias ocasiones. En aquella época estaba tan mal que ni siquiera lo pensé.

Mike suspiró profundamente antes de responder.

—Me fui contigo por tres razones. ¿Quieres escucharlas?

Ella asintió.

—La primera fuiste tú, no iba a dejarte sola después de todo lo que había sucedido. La segunda fue por mi madre, necesitaba alejarme de ella una temporada. Y la tercera fue porque hice algo muy estúpido y necesitaba poner distancia de por medio.

—¿Qué fue eso tan estúpido que hiciste? Nunca me lo contaste.

—¡Lo haré algún día! Pero para eso necesito grandes incentivos.

—¿Incentivos?

Mike soltó una carcajada forzada.

—Alcohol, necesito alcohol. ¡Mucho! Soy incapaz de contártelo sobrio.

Blair no protestó, no obstante, se quedó preocupada. Antes de esa conversación había estado convencida de que ella y Mike se lo contaban todo. De hecho, hubiese puesto la mano en el fuego por ello.

—No te lo conté porque era demasiado vergonzoso hacerlo —aclaró él. La conocía tanto que podía adivinar lo que estaba pensando.

La explicación, aunque breve, logró que se sintiera mejor.

—¿Vergonzoso? Tú nunca...

—Besé a alguien que no quería ser besado, al menos no por mí. Me equivoqué con las señales —anunció de golpe—. El radar me falló. Y no preguntes detalles porque no voy a decirte nada más antes de haberme bebido dos copas de Chardonnay.

Capítulo 11

El Arabian Nights ya era exótico desde la fachada, donde los arcos árabes dominaban junto con los tonos arena de la madera y de los azulejos. Los toques de azul noche del cartel destacaban entre aquel mar color arena.

Unos tonos cromáticos y un estilo que acompañaban hasta el comedor. Las lámparas arábicas y el aroma especiado de la comida que allí se servía transportaban al comensal a los lugares que el nombre del restaurante referenciaba.

Al entrar, el *maître* los saludó con cortesía y, tras comprobar que tenían una reserva, los llevó hasta su mesa.

Blair iba a echar a andar, cuando sintió que Mike se ponía a su lado y le ofrecía su brazo.

Sonriendo, preguntó:

—¿Y esto?

—Te prometí una noche perfecta. Deja que te escolte a la mesa.

Ella asintió y enlazó su brazo al suyo.

Tras la confesión de su amigo, la incómoda sensación que la había invadido se esfumó de golpe. Mike era una de las personas más importantes de su vida, por lo que, aunque fuera durante unos segundos, pensar que su amistad no era tan fuerte como había creído, le dolió especialmente. Después de que le aclarara dicho punto, comprendió que Mike se hubiera guardado esa experiencia para él mismo.

El *maître* se esperó educadamente a que ellos lo siguieran y se dirigió a su mesa.

El comedor era todavía más impresionante que lo que habían visto hasta el momento. Los arcos árabes adornaban cada uno de los espacios por los que pasaban. Además, a los tonos arena y azules se les habían añadido el amarillo dorado, las celosías y los pilares.

Las mesas estaban dispuestas a los lados, casi pegadas a las paredes, de modo que quedaba un pasillo en el centro por el que poder transitar. Los techos de vigas descubiertas captaron el interés de Blair, rústicas y en consonancia con el resto de la decoración.

Estaba tan emocionada que no se dio cuenta de que en su camino a su mesa pasaron por delante de una pareja que parecía interesada en ellos.

Su guía se detuvo frente a una mesa y ayudó a Blair a acomodarse, apartándole la silla con cortesía. Tras hacerlo, les ofreció la carta y se retiró para que pudieran escoger tranquilamente.

—¿Has visto estas paredes? —preguntó Blair señalando los murales que tenía a su lado.

—Parece que estemos en pleno desierto. —Bromeó Mike.

—¿Verdad? —Las paredes de ese lado estaban cubiertas de arcos enlazados y a través de ellos se podía ver un fondo azul noche; y sobre él, palmeras y vegetación propia de climas áridos, lo que, con un poco de imaginación, hacía creer a los comensales que estaban en alguna clase de palacio en medio del desierto.

Mike rio encantado con haber logrado que su amiga se sintiera mejor.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó abriendo la carta.

—Bueno, de momento lo único que tengo claro es el Chardonnay. —Bromeó ella.

—Muy graciosa, pero no puedo emborracharme, tengo que conducir.

—Puedo conducir yo.

—¡Ja! Así que todo esto es porque quieres que te deje conducir a mi bebé —especuló con una

sonrisa—. Te quiero, pero no me fío tanto de tu capacidad de conducción como para dejarte mi coche.

—No me importa tu coche, lo que quiero es información.

Blair lo hizo sonar como una broma para que Mike no se sintiera presionado.

—Pidamos primero.

Tras pensarlo, decidieron probar el *Seniethet kafta tahini*, un entrante con carne picada de cordero, perejil, cebolla, especias, salsa de tomate, patatas y tahini (crema de sésamo), servido con arroz. Y de plato principal, el *Meshawi plate* para dos.

Ambos estaban tan pendientes de su conversación, y posteriormente de su comida, que tardaron mucho en darse cuenta del interés que estaban despertando en uno de los comensales del restaurante.

De hecho, fue Mike quien se dio cuenta. Y, a pesar de que no tuvo intención de decirle nada a Blair, su expresión, mezcla de sorpresa y de desagrado, lo delató ante ella.

—¿Qué sucede? —preguntó la rubia.

—¡Nada!

Al no obtener respuesta giró la cabeza para buscar lo que estaba mirando su amigo y que tanto parecía haberle molestado.

—¡Blair! —la llamó Mike, pero ella ya había dado con su objetivo.

Los ojos oscuros la miraban con abierto interés. Incómoda por el escrutinio, Blair paseó la mirada de él a su acompañante, una mujer rubia de pelo corto de la que solo podía ver su esbelta espalda, que un vestido rojo dejaba al descubierto. La mujer no se volvió en ningún momento, a pesar de que su acompañante no dejaba de mirar a alguien más allá de ella. Blair admiró su seguridad.

Consciente de lo que estaba haciendo, volvió a centrar su atención en Ezra unos segundos más, en los que devolvió el saludo con el mismo gesto de cabeza que él le había hecho, y después se dio la vuelta para volver a ocuparse de su propia mesa.

—Estoy bien —afirmó antes de que Mike pudiera decir algo más.

—¡Lo siento! Yo...

—No seas ridículo. —Lo regañó—. He disfrutado de este sitio desde que entramos y no voy a dejar que nada ni nadie me estropee la noche.

—De acuerdo. Creo que ha llegado el momento de que te cuente mi momento más lamentable. —Concedió Mike.

Blair abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Wow! Sí que me tienes lástima —comentó ella, debatiéndose entre sentirse ofendida o deprimida.

—¿Por qué dices eso?

—Hace un momento no tenías planeado decírmelo hasta que estuvieras tan borracho que te olvidaras de que me lo habías contado y ahora pretendes decírmelo sin ningún tipo de coacción por mi parte. No hay duda de que lo haces por lástima.

—Increíble. Eres capaz de darle la vuelta a una buena acción y lograr que me sienta culpable —se quejó Mike.

—¿Y ahora te haces el ofendido? —protestó, pero su tono era mucho más suave y daba a entender que estaba bromeando.

—¿Sabes qué? Que ya no voy a contártelo. Ahora si deseas saberlo vas a tener que suplicarme. Y si me siento generoso, puede que lo comparta contigo.

—Primero condescendiente, ahora cruel... No tengo ni idea de por qué llevo tantos años siendo tu amiga. —Bromeó.

—¿De verdad estás bien? ¿Quieres que nos tomemos el postre en otro lado?

—Estoy bien. Y no, no quiero irme a ninguna parte. Me encanta este sitio.

—Si estás segura...

Ella le ofreció una amplia sonrisa.

—Ya que estamos aquí, voy a probar el Café Blanc —anunció cambiando de tema—. Siempre he sentido curiosidad.

Mike frunció el ceño antes de responder.

—Sabes que no lleva café, ¿verdad?

—¿Disculpa? ¿Cómo va a llamarse Café Blanc y no llevar café?

Su amigo se rio disimuladamente antes de explicarle.

—Se llame como se llame, es una infusión de azahar y miel.

—Entonces ya no lo quiero.

—Probemos los Assorted baklava. Nos vendrá bien algo dulce.

—Ahí te doy la razón.

Media hora más tarde, Blair se felicitó a sí misma cuando Ezra y su acompañante pasaron por delante de su mesa al marcharse, y ella fue capaz de mantener la misma actitud indiferente que había adoptado tras ser consciente de su presencia.

—Su novia no es tan guapa —sentenció Mike cuando estos abandonaron el restaurante.

—No es cierto, pero gracias por decirlo.

—Para mí tú siempre serás la chica más guapa.

Capítulo 12

Tras llegar a casa, desmaquillarse y ponerse el pijama, Blair había tratado de dejar de pensar cogiendo un libro, pero no era capaz de concentrarse en él, por lo que lo dejó encima de su mesilla de noche y se quedó mirando al techo de su dormitorio.

¿Por qué estaba así? Se preguntó a sí misma. No podía ser por Ezra. Ella ya no estaba enamorada de él, se dijo, por lo que no estaba celosa. Al menos no estaba celosa de él, propiamente dicho. Quizás estaba celosa del hecho de que su ex hubiera rehecho su vida mientras que ella no había vuelto a salir con nadie después de su separación.

—Es eso —habló en voz alta—, no es nada más que eso.

Después de todo, había vivido sin él seis años. Seis años en los que había sido capaz de dejar atrás todo lo que había perdido y lo que le habían arrebatado. Años en los que fue capaz de salir adelante sin su presencia.

Y todo ese esfuerzo, esa lucha, se había tambaleado de repente solo porque Ezra Sackler había vuelto a su vida.

Con su inesperada visita y su encuentro en el restaurante, había sido capaz de desordenar su apacible vida hasta el punto de tenerla cuestionándose sus propias elecciones.

—En cuanto los Walton firmen el divorcio, ya no tendré que verle —se corrigió—. Ya no tendré que dejar que me vea. ¿Verdad, Donatello? Es imposible que vuelva a llevar un divorcio personalmente.

El animal ni siquiera abrió los ojos ante la llamada de su dueña. No obstante, Blair siguió hablándole. Después de todo, era menos neurótico hablar con un gato que con ella misma.

—Ya está superado —decidió volviendo a tomar el libro.

Sin embargo, por mucho que trató, no logró entender ni una sola línea de las que leyó.

Frustrada, estrelló el libro sobre la cama y pataleó, cada vez más enfadada consigo misma. Ante aquel arrebató de ira, Donatello salió disparado de la cama y se refugió en la puerta del dormitorio, preparado para salir huyendo si se volvía necesario.

Perdida en sus propios problemas, Blair se centró en encontrar una solución. Después de todo, ese era su trabajo. Se dedicaba a encontrar el mejor modo para que sus clientes consiguieran su libertad del modo menos traumático posible. Y para ello, investigaba, valoraba y finalmente negociaba con la parte contraria.

—De acuerdo —dijo sentándose en la cama con las piernas cruzadas—, investiguemos. ¿Cuál es el problema? —Buscó con la mirada a Donatello, pero al no encontrarlo optó por responderse a sí misma—. Necesito salir con hombres.

—¿Por qué? —Le tocó el siguiente punto a valorar—. Porque ya es hora, porque, aunque el amor no siempre funcione, a veces milagrosamente lo hace. ¿Y por qué no? Es posible que en esta ocasión el destino se confunda y haga que funcione conmigo.

Asintió un par de veces. Ya había tomado una decisión.

Como un resorte, cogió su móvil para hacer una llamada, pero al darse cuenta de la hora que era, se detuvo. Lo mejor era enviar un mensaje para que la persona con la que necesitaba hablar lo viera cuando se despertara. De ese modo ni podía echarse para atrás ni molestaría a nadie tan tarde.

No habían pasado ni dos minutos desde que lo envió, cuando su móvil comenzó a sonar.

—Gina, lo siento —se disculpó—, te he despertado.

—¿Cómo ibas a despertarme si son solo las doce y media? —Se quejó—. Yo soy un ave nocturna, *cara*.

Blair sonrió.

—¿Es verdad lo que me has escrito? ¿De verdad estás aceptando conocer al hijo de mi amiga?

Gina llevaba meses tratando de emparejarla con un tal Dante, el hijo de una de sus amigas de la iglesia. Tras tanto tiempo presionándola, Blair conocía la historia familiar de la mujer. La señora Cacciatore no había podido tener más hijos, por lo que se desvivía por su querido Dante, razón por la que esperaba que él saliera con una buena chica, a ser posible una sobre la que ella misma tuviera referencias.

Con cierta curiosidad, le había preguntado a su madre si conocía a la señora Cacciatore. Pero Summer solo sabía de ella que se trataba de una italiana de segunda generación a la que Gina había conocido en su parroquia. Como los Miller no eran católicos, nunca habían coincidido con la mujer.

—Sí, acepto. Pero, Gina, ¿de verdad que es un tipo normal? Sinceramente, que sea guapo es lo que menos me importa. Con que sea normal, me conformo.

Después de todo, Dante tan solo iba a ser una especie de entrenamiento para volver al mercado de las citas. Estaba tan desfasada con el asunto que era evidente que necesitaba un poco de entrenamiento.

La risa de la madre de Mike atronó a través de la línea.

—Por supuesto que es normal, *cara*. Pero si te quedas más tranquila, le diré a Chiara que vais a cenar en mi restaurante. Así podremos protegerte por si resulta ser un maniaco homicida. —Se burló ella.

—Por normal no me refería a eso, sino a que no es raro. No sé...

—*Cara*, es un chico guapo, inteligente y educado. ¿De verdad crees que yo trataría de emparejarte con alguien que no estuviera a tu altura?

—Lo siento, Gina. Es solo que...

—Eres maravillosa. No hay nada de lo que debas preocuparte.

—¡Gracias!

Gina sonrió encantada. Mientras que Michele solo le daba disgustos, Blair siempre era encantadora, la hija perfecta. Ojalá se hubiera convertido en su nuera. Suspiró. Eso sí que la hubiera hecho plenamente feliz.

Siguieron hablando unos minutos más en los que Gina la tranquilizó y la animó a dejarse llevar. De modo que, cuando colgó, Blair se sentía un poco mejor. Le habían subido la autoestima y encima tenía una cita.

—Donatello, tengo una cita —anunció con timidez—. ¿Qué te parece si pido hora en la peluquería?

Después de todo, era su primera vez en muchos años y, aun cuando solo fuera un entrenamiento, debía estar a la altura.

Capítulo 13

Los domingos, el gimnasio estaba semivacío. Y por eso mismo eran los días que Mike más disfrutaba. Por muy extrovertido que fuera su carácter, siempre había preferido escuchar música mientras se ejercitaba más que mantener una conversación con alguien. Sobre todo, le molestaba el tener que ser siempre educado y correcto, aún cuando no se sintiera con energía para serlo.

Por todo ello, se puso los AirPods y los conectó con la *playlist* perfecta para hacer deporte.

La inconfundible voz de Sia, y su canción *Unstoppable*, comenzó a sonar activando su cuerpo. Se subió a una cinta de correr, marcó la distancia que tenía previsto recorrer, la velocidad, y comenzó su entrenamiento.

*I'm unstoppable
I'm a Porsche with no brakes
I'm invincible
Yeah, I win every single game
I'm so powerful
I don't need batteries to play
I'm so confident, yeah, I'm unstoppable today*^[3]

La canción le hizo pensar en aquellos instantes en los que se sentía imparable. Su vida, como la de cualquiera, estaba llena de altibajos. Algunos pasaban sin dejar huella más allá del instante en que sucedieron. Otros marcaban para siempre.

Sin dejar de correr, la confesión que le había hecho la noche anterior a Blair regresó a su mente, llenando sus pensamientos de contradicciones. Mientras que una parte de él se sentía mal por habérselo ocultado, otra menos honesta creía que si su mejor amiga desconocía el suceso, entonces él podría actuar como si nunca hubiese sucedido. De hecho, eso era lo que había estado haciendo hasta el momento, autoconvencerse de que nunca había sucedido.

Mientras estaba enfrascado en sus pensamientos, notó una cálida mano posarse sobre su hombro al tiempo que le daba unas amistosas palmaditas. Dio la vuelta a su cintura sin perder el ritmo de la carrera y se topó con los sonrientes ojos verdes de George Turner.

Este le estaba diciendo algo, pero con la música no logró entenderle. Le hizo una seña para que dejase de hablar y cogió el móvil del sitio habilitado para la botella de agua donde lo había puesto y, sin quietarse los auriculares de los oídos, le bajó el volumen a la melodía.

—Lo siento, no te he escuchado. —Se excusó.

George sonrió y repitió la pregunta al tiempo que dejaba su agua y su toalla en la cinta de correr contigua a la de Mike.

—Decía que si ayer no saliste, que estás aquí tan temprano...

—Sí que salí —explicó—. Fui a cenar con una amiga.

Obvió conscientemente el nombre de su amiga. Si le hubiese dicho a George que había salido con Blair, se habría ahorrado escuchar el siguiente comentario.

—En ese caso, no es que te hayas levantado temprano, es que no te has acostado —trató de adivinar, y añadió con una de sus sonrisas—. Tienes más aguante del que aparentas.

—Algo así —dijo Mike, sintiéndose ridículo.

¿Por qué estaba mintiendo sobre algo tan banal? ¿Qué necesidad tenía de hacerlo? No era como que tuviera que darle explicaciones a George sobre su vida, pero tampoco era necesario que le mintiera. Aunque no fueran amigos propiamente dicho, eran personas cercanas, que se conocían desde hacía mucho tiempo y que coincidían habitualmente tanto en el trabajo como en el gimnasio.

—¿Qué piensas del divorcio de los Walton? ¿Llegaremos a un acuerdo sin que corra la sangre? —preguntó George dejando atrás el tema anterior.

—Eso espero —comentó Mike—. A pesar de que empiezo a no estar muy seguro de que hayamos hecho lo correcto al enfrentarlos en el mismo caso.

George lo miró con fijeza antes de hablar.

—¿Por qué dices eso ahora? Habíamos decidido que era el momento perfecto porque ambos lo habían superado —insistió George—. Que lo mejor era orquestar su reencuentro en lugar de dejarlo al azar.

—Sigo pensando lo mismo, es solo que me pregunto si Ezra lo ha superado realmente. No creo que su actitud en la reunión fuera la de alguien que lo ha superado. Estuvo bastante... intenso.

George ni siquiera lo miró para responder. Mantuvo su cabeza girada hacia delante para que Mike no notara lo molesto que se sentía.

—Y Blair, ¿lo ha superado? Por el modo como miraba a mi amigo, yo diría que no.

—¿De veras? ¿Y cómo lo miraba?

—Estoy seguro de que te lo puedes imaginar —contestó George al tiempo que paraba su máquina, cogía sus cosas y se alejaba hacia la zona de pesas.

Mike podía comprender que defendiera a su amigo. Lo que lo descolocaba era la actitud infantil de George de enfadarse y marcharse. Normalmente era un tipo centrado, con mucho sentido común. De hecho, fue su rápida actuación en Boston la que evitó el desastre.

Fuera como fuera, no volvieron a cruzarse hasta una hora más tarde, cuando los dos entraron al mismo tiempo en el vestuario.

Si George, que venía desde otra dirección, no lo hubiera visto perfectamente, Mike habría dado la vuelta y se habría marchado hasta que él terminara. El problema era que si huía en esos instantes, George quedaría por encima de él, como si Mike tuviera miedo de enfrentarle. Y si había algo a lo que Mike no estaba dispuesto: era a dejarse vencer por él.

Capítulo 14

Como cada domingo, Blair pasó el día con sus padres. Y como cada domingo, Mike se unió a ellos para comer, con la intención de que Blair le devolviera el favor y aceptara acompañarlo a él a cenar con su madre.

Desde que ambos se emanciparon, ese era el ritual que seguían cada fin de semana. Mike visitaba a los Miller y conseguía, además de disfrutar de la barbacoa de Joe Miller, que tanto Summer como Joe se pusieran de su lado y presionaran a Blair para que accediera a acompañarlo a su cena semanal con Gina.

Daba igual los años que pasarán, la conversación de la sobremesa siempre era la misma. Aun cuando todos sabían que Blair iba a aceptar, era tradición que se resistiera un poco para que el resto pudiera bromear con que debía ir.

De modo que horas más tarde, allí estaban ella y Mike, esperando a que Gina saliera de la cocina, en la que solo se metía los domingos, y les sirviera lo que fuera que había cocinado en esa ocasión.

—Sonríe un poco. —Lo regañó Blair—. Tu madre está cocinando expresamente para ti.

—¡Maravilloso! —replicó son sorna—. Voy a tener que correr diez kilómetros extra para quemar las calorías de esta noche.

La rubia lo fulminó con la mirada.

—A veces eres odioso. ¿Por qué estás de tan mal humor? Llevas todo el día gruñendo. ¿Te ha llamado Taylor?

—¡No! Y no estoy de mal humor.

—¡Por supuesto que no! Solo son imaginaciones mías.

Mike decidió que era el momento de contraatacar antes de darle tiempo a Blair de que siguiera preguntando si su supuesto malhumor se debía a su ex.

—¿Qué sucede contigo? ¿Acaso tú no estás de mal humor después de lo de ayer?

—No.

—¿Estás tratando de decir que no te afectó ver a tu Ezra con su nueva novia?

Blair asintió.

—No me afectó. Ha pasado mucho tiempo y lo he superado, es agua pasada.

—Entonces, ¿por qué el día de la reunión lo mirabas como si todavía te importase?

—No hice tal cosa —contestó indignada.

—Te aseguro que lo hiciste —siguió él. Siendo sincero, no podía asegurarlo, pese a que era consciente de que si George lo había dicho debía de ser cierto.

No pudieron seguir peleando, porque Gina apareció en ese momento con dos pizzas que olían de maravilla. A toda prisa, las dejó sobre la mesa y regresó de nuevo a la cocina, de donde salió con dos bandejas más, una de pan de ajo y otra con *bresaola*, salami y quesos.

—¡Te lo dije! —Se quejó Mike—. Diez kilómetros como mínimo, que aún no hemos visto el postre.

—*Cara*, ¿ya le has contado a Michele que vas a salir con Dante Cacciatore?

El aludido se atragantó con la porción de pizza que estaba comiendo, por lo que comenzó a toser profusamente. Su madre, sin decir nada, le dio dos buenos manotazos en la espalda y la tos fue remitiendo, aunque le dejó los ojos llorosos.

Blair aprovechó para burlarse de él. Después de todo seguía molesta por su comentario acerca de que se había comido con los ojos a Ezra.

—No es necesario que llores, Mike. Tú siempre serás mi favorito.

Gina soltó una carcajada de auténtica diversión para luego mirar a su hijo con cierto deje de reproche.

—Michele, ¿qué te parece la nueva gerente del restaurante? —preguntó Gina con expectación.

Los tres miraron a la chica, quien sonreía mientras hablaba con un cliente.

—No solo es guapa, también es muy inteligente —siguió diciendo Gina—. La encontré gracias a Blair, que me ayudó a seleccionar los currículos.

La rubia se sobresaltó al darse cuenta de que se había chivado de su participación en la selección.

—Me pidió ayuda profesional. —Se defendió ella—. No podía negarme.

—Mamá, esto es demasiado obvio incluso para ti.

—Me preocupo por ti, Michele. Soy tu madre. Entonces, ¿no te gusta?

Mike iba a protestar, pero se quedó blanco por la sorpresa al ver entrar a alguien por la puerta del restaurante. Tanto Gina como Blair se giraron para descubrir qué era lo que había dejado a Mike sin palabras.

La dueña fue la primera en reaccionar:

—¡Giorgio! —Se levantó sonriente y le asió del brazo—. Qué alegría verte. Hacía tiempo que no venías por aquí.

—¡Lo siento! He estado muy ocupado.

—¿Es tu novia? —preguntó señalando a la preciosa chica que lo acompañaba.

Ella sonrió divertida y George aclaró:

—Es mi hermana menor.

Ante la escena que se estaba desarrollando frente a ellos, tanto Blair como Mike solo podían que alucinar. Finalmente, fue la rubia la que se atrevió a preguntar.

—¿Se conocen?

Mike se encogió de hombros.

—Eso parece.

—¿No lo sabías?

—No tenía ni idea. Tampoco es que me interesen mucho las amistades de mi madre.

Mientras tanto, Gina los estaba señalando y ofreciendo que se sentaran con ellos, con la excusa de que iba a presentarles a sus hijos.

Mike se levantó cuando se acercaron a ellos y, antes de que Gina los presentara, George los saludó:

—Blair, Mike, qué sorpresa.

Gina juntó las palmas de sus manos, como si fuera a aplaudir y se las llevó a sus labios mientras abría los ojos sorprendida.

—¿Ya os conocéis? Giorgio, ¿ya conoces a mis hijos? —Se llevó la mano a la frente como si acabara de caer en la cuenta—. Claro que los conoces. Eres el amigo del ex de mi hija. —Puso un gesto de desdén al hablar de Ezra.

George sonrió forzado, no solo por la mueca al hablar de su amigo, sino porque el que Gina dijera hijos en lugar de hijo significaba que había una relación entre Mike y Blair. Por lo que conocía a Gina, esa parecía ser la explicación.

—Sí, así es. Nos conocemos desde hace bastante tiempo.

—Y supongo que como os dedicáis a lo mismo, os habéis seguido viendo. —Aventuró—. Pero, por favor, tomad asiento y comed. Lo he hecho yo misma —explicó orgullosa.

Mike observó a su madre desconcertado. Parecía demasiado interesada en George. ¿Acaso...? Imposible, se dijo, desechando rápidamente el pensamiento. Gina era una mujer atractiva que pudo haber rehecho su vida cuando su padre falleció, pero por decisión propia decidió quedarse sola. No era probable que estuviera interesada en George de ese modo.

—¿Y tú, *cara*? —preguntó a la hermana de George, que no podía negar el parentesco, ya que tenían los mismos ojos verdes—. ¿A qué te dedicas?

—Estoy estudiando magisterio infantil —habló ella con timidez.

Gina siguió preguntándole y dejó que los demás hablaran entre ellos.

—¡Lo siento! No sabía que Gina era tu madre. —Se disculpó George—. Había hablado en alguna ocasión de ti, pero no la relacioné contigo.

Blair no dijo nada. Había una posibilidad de que realmente no lo supiera, aunque dado el gran parecido entre madre e hijo, resultaba por lo menos sospechoso.

—No tenías por qué saberlo. Pero ¿cómo la conociste? Si puede saberse.

George sonrió.

—Soy un cliente habitual.

—Nunca te habíamos visto por aquí, ¿verdad, Mike?

Él asintió.

—¿Soléis venir mucho?

—Blair más que yo —respondió Mike—. Ya has escuchado a mi madre, ha terminado adoptándola como hija porque es más filial que yo.

—Michele, te he escuchado perfectamente —intervino Gina.

—¿He dicho alguna mentira?

—Lo cierto es que no. Tú vienes los domingos solo porque amenazo con desheredarte, mientras que Blair viene porque me quiere, ¿verdad, *cara*?

—Te quiero mucho, Gina.

Ella sonrió encantada con la respuesta.

—Blair es la hija de mi mejor amiga. Por eso siento que es de mi familia.

La conversación siguió y Gina se levantó a por más comida, a pesar de que había más que de sobra para todos. No obstante, no había preparado *arancini* siciliano, el entrante que George pedía con cada visita.

Mike trató de actuar con normalidad, a pesar de que esa misma mañana no se había separado de George en buenos términos. Y, sin embargo, él parecía no recordarlo, dado que actuaba como si nada hubiera pasado.

—Me gusta para ti —comentó Gina a su hijo en un susurro.

Mike la miró con asombro antes de responder.

—Mamá, es una niña. Todavía está estudiando. —Protestó en el mismo tono susurrante—. ¿Cuándo vas a rendirte con esto? —Su voz sonó cansada.

—No hablo de ella —aclaró—. Ya me he rendido.

—¿Cómo?

—Si fuera Giorgio, hasta podría aceptarlo. Soy tu madre, a mí no puedes engañarme.

Mike se quedó paralizado, mezcla de sorpresa y de pánico. La siguiente semana iba a saltarse la cena de los domingos, decidió. Alegaría alguna enfermedad ligera para evitar que su madre lo visitara con un cargamento de caldo de pollo, pero fuera como fuera, no iba a aparecer por allí en

una temporada.

Sin embargo, tenía que asumir que aún le quedaba la parte más difícil: marcharse sin que ella volviera a sacar el tema.

—¿Michele? —insistió ella.

—¡De acuerdo, mamá!

—¡*Meraviglioso!*

Capítulo 15

El lunes, cuando Blair llegó a la oficina, Edward la detuvo para informarle de que la secretaria de Sackler & Turner había llamado para concertar una nueva cita para concretar los términos del divorcio de los Walton.

—Sí que se ha dado prisa —comentó Blair parada frente a la mesa de su secretario—. ¿Qué le has dicho?

—Que consultaría contigo la agenda y que le haría saber qué día tenías libre. Que no estaba seguro de que tuvieras tiempo esta semana.

Blair rio encantada y alzó la mano para que Ed se la chocara.

—¡Bien hecho! —manifestó al tiempo que chocaron palmas.

—¡Gracias! Tengo previsto llamarla a última hora de la tarde, si te parece bien.

—Me parece perfecto. ¿Cuándo vas a citarlos?

—¿Qué te parece el jueves?

Blair asintió.

—Pero en esta ocasión que sea en nuestro terreno. Si quieren negociar, que vengan aquí.

Edward asintió.

—Esa era la idea.

Blair aprobó con un guiño y se alejó camino a su despacho.

Tenía una mañana movidita. Debía repasar algunos documentos y después de comer debía de acudir al juzgado para presentar una demanda de divorcio de uno de sus clientes. Esperaba que no la llevara más tiempo del habitual, porque se moría por regresar a casa. Los lunes solían ser duros, pero ese en particular estaba siendo agotador.

Decidida a pasarlo lo mejor posible, se quitó el abrigo y lo colgó junto con su bolso de la percha, para acto seguido sentarse tras su escritorio. Acababa de hacerlo, cuando se le antojó una taza de café. Estaba a punto de levantarse, cuando llamaron a la puerta y unos segundos más tarde, Edward apareció con una humeante taza.

—Edward, eres el mejor. —Lo recibió con una sonrisa agradecida.

—Tenía la sensación de que lo necesitabas.

—¿Tan mal me veo? —preguntó posando las manos sobre sus mejillas.

—Estás estupenda. Como siempre —y añadió—. Te lo he traído porque he visto tu agenda y conociéndote, no estoy muy seguro de que vayas a tomarte tu tiempo para comer algo.

Blair sonrió y le lanzó un beso con la mano.

Edward, que era casi de la edad del padre de Blair, estaba tan acostumbrado a su actitud afectuosa, heredada de Gina, que solo se dio la vuelta sonriendo.

Durante las siguientes horas, Blair se obligó a sí misma a centrarse en el trabajo y a no pensar en Ezra, del mismo modo en que lo había estado haciendo durante todo el fin de semana, desde que se encontraron en el restaurante y lo vio con su novia.

Por culpa de ese encuentro, se había obligado a aceptar la cita a ciegas de Gina y ahora, tras pensarlo en frío, ya no estaba tan segura de que fuera una buena idea salir con alguien solo porque consideraba que ya era tiempo de hacerlo.

Esa misma tarde, Blair vio a Ezra a lo lejos en el pasillo de los juzgados. Él todavía no la había visto, por lo que estuvo a un suspiro de marcharse, tal y como había hecho hasta entonces

cada vez que coincidía con él en el tribunal. En esas ocasiones, se daba la vuelta para marcharse o simplemente se apartaba a un lado a mirar su teléfono y tratar de pasar desapercibida.

Como su relación había cambiado, ya no tenía que evitarlo, por lo que siguió hablando con Ally Mead, una colega con la que litigaba habitualmente y, a pesar de ello, se llevaban bien.

—Ezra Sackler a las doce en punto —dijo en voz baja—. Ese hombre es...

No pudo aclarar qué era lo que iba a decir porque el aludido se plantó frente a ellas en dos zancadas.

—Blair —saludó con una sonrisa radiante.

—Hola.

—Señorita Mead. —Saludó en un tono más formal.

—¿Os conocéis? No os había visto hablar nunca —preguntó Ally paseando la mirada de uno a otro.

—Mucho y muy bien —respondió Ezra en un tono que lo hizo sonar demasiado íntimo como para despertar la curiosidad de su interlocutor.

Blair no respondió. Se había quedado tan sorprendida que no sabía qué decir ante semejante declaración.

—¿Qué significa eso exactamente? —volvió a preguntar Ally, cada vez más interesada.

—Blair es mi exesposa.

La morena abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa.

—¡Vaya! Yo... Sorprendente... —Se llevó la mano a los labios al recordar lo que había dicho sobre él apenas unos minutos antes.

Blair la miró con una expresión indescifrable. Aun así, la mujer se sintió incómoda y, tras balbucear una disculpa, se retiró, dejándolos a los dos a solas.

—¿Qué te parece si te invito a un café y hablamos del caso Walton? Lo cierto es que esperaba encontrarme contigo hoy. Alice me ha dicho que te ha llamado.

—No creo que sea buena idea.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Al café.

Ezra arqueó una ceja.

—¿Por qué? No me digas que nunca te has tomado un café con un colega.

—¿De veras crees que Ally Mead va a callarse el chisme que acabas de darle?

Ezra se encogió de hombros.

—No me importa. No tengo ningún problema con que la gente sepa que eres mi exesposa. De haber coincidido antes contigo, lo hubiese dicho abiertamente. De haber sabido que trabajabas como abogada matrimonialista, lo habría usado en mi currículum.

—Muy gracioso.

—¿Querías que fuese un secreto? —Siguió él sonriendo.

Blair se sorprendió por su cambio de actitud, pero tampoco podía quejarse de que fuera amable. Este Ezra no la incomodaba tanto como el Ezra que la visitó el sábado o el que se encontró en el restaurante. Un Ezra educadísimo y muy distante.

—No, pero tampoco tenía previsto hacer un anuncio oficial.

Él sonrió, la asió con suavidad del brazo y la hizo caminar hacia la salida de los juzgados. Había una cafetería a solo unas calles donde se podía charlar sin molestias. De hecho, había tenido varias reuniones allí, ya que estaba cerca de la corte y tanto el café como el ambiente eran excelentes.

—Solo lo he dejado caer, no veo por qué le das tanta importancia —se calló un segundo—. Ya veo —dijo sin aclarar nada.

—¿Qué ves? —inquirió ella con curiosidad.

—¿Estás saliendo con Mike? ¿Te preocupa que él pueda molestarse?

Blair parpadeó, sorprendida por el abrupto cambio de tema.

—Creía que querías hablar del divorcio de los Walton.

—También, pero primero respóndeme.

—¿Por qué preguntas algo tan absurdo?

—Quiero conocer la respuesta.

Blair lo miró con fijeza. Estaba muy serio, por lo que no era una broma. Aun así, era desconcertante que le estuviera preguntando por su relación con Mike.

—Mi relación con Mike no ha cambiado en estos años —sostuvo en el mismo tono serio que él.

—Eso no responde a mi pregunta.

Un suspiro de exasperación escapó de los labios de Blair.

—No. No salgo ni he salido nunca con Mike. Él es como un hermano para mí —y añadió tratando de defender a su mejor amigo—. Ninguno de los dos nos hemos visto de otro modo más allá del fraternal.

—Me alegro.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

A pesar de que ya habían salido, él todavía no había soltado su brazo, y aun cuando Blair no se sentía incómoda con el contacto, su corazón había acelerado sus latidos como respuesta.

—No creo que sea adecuado para ti. Tú te mereces más.

Blair no comentó nada respecto a su observación, aunque había una duda que no podía dejar en el aire, así que preguntó:

—¿Desde cuándo has dudado respecto a mi relación con Mike?

Fue el momento de Ezra de no saber qué responder.

—Nunca he comprendido vuestra relación por completo —dijo finalmente.

—Traduciendo, cuando estábamos casados pensabas que podía estar engañándote con él.

—¡No! Jamás dudé de ti. Es de él de quien no me fio.

Llegaron a la cafetería y Ezra abrió la puerta para que ella entrara. Escogieron la mesa más alejada de la puerta y tomaron asiento. Pese a que pensaba que la conversación había quedado atrás, Blair la retomó en cuanto la camarera se alejó.

—Ya te lo he dicho. Mike nunca ha pensado en mí de ese modo, y nunca lo hará.

Capítulo 16

Después de anhelar durante todo el día regresar a casa para dejarse caer en el sofá junto a Donatello, al final Blair decidió que su cabeza estaba demasiado llena de pensamientos, por lo que llamó a Sasha y prácticamente la obligó a quedar con ella para tomar una copa.

Habían pasado seis años desde que ella y Ezra se separaron y, pese a que lo hicieron todavía enamorados, lo que les separaba pesaba más que lo que sentían.

Desde el primer momento en que se conocieron, las presiones externas habían interferido en su relación. Creyendo que si se casaban estas terminarían, se escaparon a Las Vegas y se casaron en secreto. Al final tuvieron que reconocer lo inocentes que habían sido al creerlo. Ese fue el motivo por el que Blair se alejó de Ezra, dolida y enamorada. Y durante mucho tiempo, su decepción eclipsó sus sentimientos.

Ezra no había estado a la altura de sus promesas y se había rendido sin siquiera presentar batalla.

—A ver que lo entienda. ¿Por qué estás así? ¿Por tus recientes encuentros con Ezra o porque te arrepientes de haber aceptado la cita a ciegas? —preguntó Sasha mirándola fijamente.

—Por las dos.

Su amiga movió la cabeza con desaprobación.

—Tenía previsto aplaudir tu decisión de aceptar la cita, pero dado que ahora te arrepientes, voy a cambiar mi aplauso por censura. ¿Hasta cuándo tienes previsto seguir con esta actitud?

Blair suspiró.

—Voy a ir a la cita, es solo que... me asusta un poco.

Sasha se relajó al escucharla. Era lógico que estuviera preocupada y nerviosa. Después de todo, el tipo era un desconocido para ella y hacía mucho tiempo que no salía con nadie, lo que complicaba todavía más su estado de ánimo.

—No estás obligada a nada. Tú ve y cena con él. Si merece la pena, quedas para otro día y si no, le pides su número y le dices que ya lo llamarás. Luego no lo haces y listo. ¡Fácil e indoloro!

—Te parecerá una tontería, pero me preocupa más que me guste.

La respuesta de su amiga desconcertó a la pelirroja.

—¡Explícate!

—No quiero volver a enamorarme. Me gusta mi vida tal y como está. El amor casi siempre trae consigo problemas y cuando termina es doloroso a morir.

—¡Blair! —amonestó.

—Mi vida es cómoda. Te tengo a ti, a las chicas y tengo a Mike. Meter a otra persona puede acabar en desastre.

—No puedes cerrarte en banda al amor. Además, tener una vida cómoda no es sinónimo de tener una vida feliz. ¿Por qué no dejamos que las cosas pasen a su propio ritmo y las vamos tomando conforme sucedan?

—Supongo que tienes razón.

—¡La tengo! Ahora vamos a lo que importa. ¿Han vuelto a surgir chispas entre tú y Ezra?

Blair no contestó inmediatamente, principalmente porque desconocía la respuesta. Esa pregunta, o una de sus variantes, era la que había estado dando vueltas sin parar en su cerebro: ¿qué estaba sintiendo por su exmarido ahora que ambos habían retomado el contacto?

El problema de responderse a la pregunta era que, fuera la que fuera la respuesta, ella sería la

gran perdedora. Después de todo, Ezra había rehecho su vida con otra mujer mientras que ella había dedicado todos sus esfuerzos a su trabajo.

—¿Por qué no me dijiste que tu primo estaba viendo a alguien?

La expresión de Sasha se volvió seria y sus ojos brillaron con un deje de culpabilidad.

—Trataba de ser neutral —confesó—. No le dije a él que habíamos retomado nuestra amistad, ni siquiera que estabas de regreso, por lo que tampoco me pareció correcto contarte sobre su relación con Susan.

—Me parece justo.

—¿Entonces?

—Si tu pregunta es si todavía estoy enamorada de él, la respuesta es no. Si lo que me preguntas es si verlo todavía me acelera el corazón y hace que me hormiguee el estómago, la respuesta es sí.

—¿Acaso no es lo mismo? —inquirió Sasha, confusa.

—¡Para nada! Lo que siento es solo tensión sexual no resuelta. Supongo que me gusta, aunque solo un poco.

Sasha se rio a carcajadas atrayendo la atención de varios tipos en el bar. Ya las habían monitorizado al entrar, una rubia preciosa con un traje de chaqueta y una pelirroja explosiva en ropa deportiva; no había duda de que la pareja atraía las miradas.

—Lo de no resuelta es incorrecto —atacó Sasha cuando pudo dejar de reír.

—Después de seis años el marcador está a cero. Es tensión sexual no resuelta y punto.

—No puedo competir ante semejantes argumentos. Que sea tensión sexual no resuelta y punto.

—Se rio de nuevo.

Blair le guiñó un ojo y le dio un sorbo a su cerveza.

—Respóndeme a una duda, esa tensión sexual... ¿tienes previsto resolverla?

La abogada negó con la cabeza.

—Yo nunca me enredo con hombres con pareja.

Sasha le mostró el dedo pulgar en alto, aprobando su comentario. Blair, por su parte, tuvo que morderse la lengua para no preguntarle a su amiga todos los detalles sobre la tal Susan. ¿A qué se dedicaba? Y principalmente, ¿era del tipo de familia que los padres de Ezra aprobarían?

Capítulo 17

El resto de la semana transcurrió sin mayores problemas. Blair no volvió a encontrarse con Ezra y se obligó a sí misma a no pensar en nada más que en el trabajo. Y de ese modo llegó el jueves, día de la reunión para dividir el patrimonio de los Walton y de su cita con Dante Cacciatore.

Gracias a que los Walton no tenían hijos, pensó Blair, las cosas no iban a complicarse más y no iba a tener que volver a citarse con Ezra de nuevo, dado que era poco probable que él volviera a hacerse cargo de otro caso de divorcio.

Olivia Walton llegó diez minutos antes de la hora de la reunión, por lo que Edward la hizo pasar al despacho de Blair para que se sintiera más cómoda mientras esperaba a que llegara su esposo y su abogado.

Si bien siempre era una mujer muy elegante, en esa ocasión estaba vestida, peinada y maquillada de un modo en que resultaba difícil apartar la mirada de ella. No era la primera vez que Blair veía a una de sus clientas arreglarse especialmente para firmar el divorcio, aunque ninguna hasta el momento había estado a la altura de Olivia Walton.

Incluso Edward, que estaba felizmente casado, no había podido resistirse a mirarla con evidente interés.

La mujer estaba tomándose el té que el propio Edward le había llevado cuando, de repente, le lanzó a Blair una bola curva que llevaba tiempo queriendo arrojarle.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Puedes. Lo que no te aseguro es que te la vaya a responder.

Olivia rio.

—Directa y clara. ¡Me gusta! —y añadió tras una pausa—. ¿Mike y el abogado de mi marido son pareja?

Blair tosió, atragantándose con su café. Cuando por fin pudo hablar, aclaró el malentendido.

—Ezra no es gay.

—Curioso —opinó ella simplemente.

—¿El qué?

—Que a pesar de que Mike es tu socio, tu respuesta haya sido aclararme que el señor Sackler no era gay. No me puedes negar que es curioso. En cualquier caso, no hablaba de él, sino del otro abogado.

—¿De George Turner?

La mujer asintió.

Blair no respondió nada durante unos segundos, los que necesitó su cabeza para establecer conexiones y comprender las palabras de Olivia...

—Tampoco son pareja.

—Gracias por responder. Soy una persona tan curiosa como intuitiva.

La rubia sonrió.

—Creo que en esta ocasión tu intuición ha fallado.

Olivia no contestó, aunque su sonrisa seguía diciendo que ella no se equivocaba nunca.

—Por cierto, ¿dónde está Mike?

—Hoy no nos acompañará. Tiene una reunión fuera de la oficina con otro cliente.

Ambas siguieron tomando sus bebidas en silencio hasta que Edward anunció que sus invitados ya habían llegado. Por ello, se pusieron en marcha camino de la sala de juntas, donde Ezra y el señor Walton estaban siendo atendidos por la secretaria de Mike, Mary Jane.

Tras los saludos de rigor, procedieron a tratar el tema que los había llevado hasta allí. Peter Walton parecía dispuesto a llegar a un acuerdo, aunque para ello tuviera que ceder más de lo que había previsto inicialmente. No obstante, a pesar de lo decidido que estaba a divorciarse, a Blair no se le escapó que apenas podía apartar los ojos de su todavía esposa.

—¿Pensión alimenticia? —preguntó Ezra con asombro—. No tiene sentido que la exija. Los Walton no tienen hijos y ella dispone de los ingresos que le aporta su propia marca.

—En primer lugar, los activos de la marca de ropa también han sido divididos a partes iguales; por otro lado, la señora Walton es la que se hará cargo de los dos perros de la familia —protestó ella—, por lo que se deben dividir los gastos. Y la mejor manera es una pensión alimenticia.

Él la miró con una sonrisa ladeada y Blair se dio cuenta de que tenía un plan de ataque.

—En ese caso, en lugar de una pensión alimenticia, mi cliente se queda con la custodia de ambos animales para que la señora Walton no tenga que sacrificarse para cuidarlos.

El semblante de Olivia cambió de altivo a preocupado.

—No voy a cederle a los niños —clamó—. Su nueva novia los odia.

Peter no protestó ante la afirmación.

—La custodia de los animales es un requisito indispensable para que mi cliente firme el acuerdo de divorcio.

—Blair, estás siendo ridícula con tu petición de una pensión —apuntó en un tono más íntimo del requerido—. Por no hablar de la cantidad de dicha pensión. ¿Qué comen esos animales? ¿Caviar?

—No vamos a ceder en este punto, Ezra. Si quieres podemos recurrir a los tribunales para que sea un juez el que dictamine.

Él le lanzó una mirada dolida.

—Por qué tengo la sensación de que os conocéis muy bien? —preguntó Olivia Walton paseando la mirada de Ezra a Blair—. ¿Cuántas veces os habéis enfrentado en un juzgado?

—¡Nunca! —respondió Ezra con rapidez.

—Eso no es cierto. Nos enfrentamos una vez.

—¿Cuándo? De haber pasado te aseguro que lo recordaría.

Blair se irguió aún más en su silla antes de responder.

—Cuando nos divorciamos.

—¿Disculpa? —preguntó Olivia mientras su marido también parecía completamente asombrado.

—Lo siento. Admito que debí habértelo dicho. ¿Supone eso un problema para ti? Si lo supone hablaré con Mike y será él quien...

—Para nada, querida —la interrumpió—. Este detalle solo te hace más apta para ser mi abogada —zanjó con una gran sonrisa.

—Para mí tampoco es un problema —habló Peter Walton, como si alguien se hubiera molestado en pedir su opinión.

—Vaya, vaya. O el mundo es muy pequeño o esto es el maldito destino —apuntó Olivia con una mirada soñadora.

—Le daré la pensión —respondió Walton de la nada.

—En ese caso no veo por qué no podemos dejar finiquitado el asunto hoy mismo —apuntó

Blair al tiempo que le tendía a Ezra el acuerdo para que lo revisara y se lo pasara a su defendido para que lo firmara.

Durante los siguientes minutos nadie habló, ni siquiera Olivia, que era la persona más dicharachera de la sala. Aun así, como si fuera posible, el silencio se espesó más cuando Peter Walton tomó los papeles que le tendió su abogado y estampó su firma en el lugar indicado. El sonido de la pluma rasgando el papel atronó en la silenciosa estancia.

Después le tocó el turno a Olivia, quien evitó el contacto con su inminente exesposo cuando este le pasó el documento. Firmó con una media sonrisa en los labios, y, a pesar de que Blair apenas la conocía, pudo notar que ese gesto no era más que una pose de autodefensa. Seguramente porque era la misma que ella había usado en una ocasión similar.

La diferencia entre ella y Olivia era que, mientras su cliente había conseguido la mitad de todo lo que tenía su esposo, ella lo había perdido todo, hasta su beca en Stanford. Los padres de Ezra, demasiado preocupados porque su cercanía pudiera volver a alterar la vida de su hijo, se encargaron de que se la retiraran. Después de todo, la familia Sackler era una de las que más donaciones hacía a la facultad de derecho.

Movió la cabeza tratando de apartar esos pensamientos de su mente y regresó al presente, ese en el que su cliente cerraba una parte de su vida y en la que no había salido perdiendo gracias a ella. No cabía duda de que esa era la mejor parte de su trabajo.

Esa, y que incluso, a veces, el cielo se aliaba con ella y le permitía el lujo de vapulear a Elijah Sackler en un juzgado.

Capítulo 18

Blair estaba nerviosa mientras se arreglaba en casa para cenar con Dante Cacciatore. Había salido antes de la oficina para disponer de tiempo para arreglarse. Aun así, en el último momento había decidido solo cambiarse la camisa que llevaba con su traje de chaqueta y retocar su maquillaje y su cabello.

Después de todo, se suponía que habían quedado después de trabajar. Arreglarse excesivamente sería darle a la cita más importancia de la que tenía, además de confundir a su acompañante sobre sus intenciones. «No es más que un experimento», se dijo Blair para tratar de relajarse. «Si sale bien, perfecto; si no, solo tendré que hacer otros experimentos de prueba y error hasta que alguno salga bien».

Como no quería dar una mala impresión retrasándose mucho, Blair cogió un taxi para llegar a Little Italy justo a tiempo para llegar ligeramente tarde, unos cinco minutos para ser exactos.

Gina la recibió en la puerta, como si estuviera impaciente o incluso preocupada de que se echara para atrás y no apareciera.

—*Cara*, ya estás aquí. —Saludó relajando su expresión.

—Lo siento, llego un poco tarde.

—Una dama siempre ha de hacerse esperar —comentó con una sonrisa—. Eso sí, sin excederse o pasará a ser grosera.

Blair sonrió ante las clases de etiqueta que estaba recibiendo de Gina.

Como buena anfitriona y casamentera, la acompañó hasta la mesa en la que la esperaba su cita. Mientras caminaban hacia el fondo del restaurante, un hombre sentado solo llamó su atención. Era moreno, de piel bronceada, bastante guapo. En ningún momento pensó que fuera a ser su cita, pero cuando Gina y ella estaban lo suficientemente cerca, el hombre se levantó con una sonrisa tan encantadora como sus ojos de color ámbar líquido y el hoyuelo de su barbilla.

Tratando de mantener la compostura, Blair estrechó su mano cuando él se la ofreció, y tomó asiento frente a él. Como si estuviera deseando dejarlos a solas, Gina desapareció rápidamente con la excusa de que debía atender a los clientes.

En cuanto su jefa se retiró, Eva se acercó a la mesa con dos copas de vino blanco que no habían pedido.

—Gracias —dijo Dante con una sonrisa educada a la camarera.

Blair le guiñó el ojo a la chica al notar lo maravillada que estaba con su acompañante.

En cuanto Eva se marchó, Dante inició una conversación.

—En primer lugar, deja que me disculpe en nombre de mi madre por haberte visto envuelta en esto.

Blair sonrió con amabilidad.

—Por favor, no te disculpes. En mi caso ha sido cosa de Gina —confesó mirando en la dirección en que estaba la mujer. Quien con cierto disimulo los monitoreaba desde su mesa.

—Te entiendo. Sé cómo son cuando se empeñan en algo —aseguró él con una atractiva sonrisa.

Blair decidió que lo mejor era ser sincera, así que le contó la verdad. Que, pese a que había sido Gina quien había sacado el tema, había sido ella la que tomó la decisión de aceptar. Llevaba mucho tiempo alejada de las citas y, tras pensarlo, había decidido aceptar cenar con él.

—Nunca me sentí presionada.

Él sonrió complacido.

—Me alegra escuchar eso. Lo cierto es que me preocupaba que te hubieran chantajeado para aceptar conocerme. —Bromeó sonriendo.

Blair le devolvió la sonrisa y la tensión inicial se disipó.

—No pretendo ser grosera, pero no creo que seas el tipo de persona que necesita ayuda de su madre para tener una cita...

—Me lo tomaré como un cumplido.

Blair enrojeció un poco.

—Lo es.

—No deseo sonar prepotente, pero tienes razón, no lo necesito. No obstante, la familia es importante para mí, y si salir con una chica guapa e interesante hace feliz a mi madre, estoy dispuesto a sacrificarme —dijo en un tono amable y dulce.

—De acuerdo —comentó Blair—, ya nos hemos hecho los cumplidos de rigor. Ahora hágame un poco de ti. ¿A qué te dedicas?

La conversación siguió por ese cauce y Blair se enteró de que Dante era el CEO de su propia empresa, especializados en mejorar el rendimiento de redes y aplicaciones en red.

—¿Eres informático? —preguntó con sorpresa—. No te pareces a la idea que tengo de ellos. —Confesó mirándolo.

No parecía la clase de hombre que se pasaba las horas pegado a una pantalla de ordenador. En realidad, parecía de los que las pasaban ejercitándose en el gimnasio. Su ropa de diseño tampoco casaba con la imagen mental de Blair.

—Lamento decirlo, pero creo que tienes prejuicios sobre mi oficio. —Bromeó.

—¡Tienes razón! —aceptó avergonzada—. Y lo gracioso es que normalmente no soy así.

Dante rio de buena gana al verla agachar la cabeza.

—No te preocupes, no eres la primera persona que me lo dice —y añadió en un tono suave—. Te perdono. Además, normalmente no visto tan formal, pero hoy he tenido una reunión y no he tenido tiempo de pasar por casa a cambiarme.

Ella levantó la cabeza ante el modo en que había dicho sus palabras y se encontró con su dorada mirada fija en ella.

«Por una vez, el destino se ha puesto de mi lado», pensó Blair. «No solo es guapo, también es encantador y tiene sentido del humor».

La conversación siguió mientras escogían qué pedir. Durante la cena, y en definitiva durante toda la velada, hablar con él resultaba fácil y natural. A pesar de que se acababan de conocer, la conexión entre ellos fue inmediata. Tanto, que Blair incluso se olvidó de Gina, por mucho que esta se dedicara a sacarles fotos a escondidas o estuviera pendiente de cada uno de sus movimientos.

—Me gustaría volver a verte —comentó Dante en un momento de la noche—, pero... —hizo una pausa para ofrecerle una sonrisa que parecía una disculpa—, quizá podríamos vernos en una zona más neutral.

Blair le devolvió la sonrisa. Dante había resultado ser una persona a la que merecía la pena conocer: educado, divertido... mucho mejor de lo que hubiera soñado.

—Por supuesto. Escoge tú el lugar neutral esta vez.

Dante sonrió satisfecho.

—Deja que lo decida y te llamo.

Ella asintió.

—¿Puedo ofrecerme a llevarte a casa o será demasiado para una primera cita? —preguntó preocupado porque ella malinterpretara sus intenciones.

—No te preocupes. A esta hora el tráfico es horrible. Tomaré un taxi.

Él se levantó con una sonrisa.

—El tráfico no es problema para mí. ¡Vamos!

Al ver que se levantaban de la mesa, Gina se acercó para despedirlos. A pesar de que le lanzó miradas significativas a Blair, esta no se dio por aludida y evitó mirarla directamente. Adoraba a la madre de Mike, pero eso no evitaba el hecho de que fuera demasiado directa y esperara que ella le diera su veredicto sobre Dante con él delante.

Cuando salieron a la calle y Dante se acercó a una motocicleta del tipo que salían en las películas sobre moteros, Blair comprendió la actitud de él.

—¿Esperas que me suba ahí? —comentó riendo, mezcla de sorpresa y de respeto.

—Tranquila. No iré muy rápido. Y es más veloz que un taxi.

Tardó unos segundos en decidirse, hasta que finalmente aceptó el casco que él le tendía y se subió a la moto tras él.

—¿Dónde vives? —preguntó Dante.

Blair se lo dijo. Dado que era una zona bastante conocida, no hubo necesidad de explicaciones.

—Agárrate a mi cintura —pidió—. Normalmente no digo esto en la primera cita, pero contigo haré una excepción —añadió riendo.

Temerosa a caerse hizo lo que le pedían y cerró los ojos cuando comenzaron a moverse. Se sentía bien, pensó mientras se movían a toda velocidad por la ciudad, subiendo y bajando cuestas. No había tenido muchas expectativas sobre cómo iba a ir la noche y, sin embargo, había estado muy cerca de ser perfecta.

Capítulo 19

El día siguiente a su cita, cuando Blair llegó a la oficina, Mike ya se encontraba allí hablando con Edward, frente al despacho de su socia, por lo que esta no pudo evitar pensar que ambos la estaban esperando.

Sonrió internamente y se dispuso a burlarse de ellos. Después de todo, estaba de muy buen humor. Nada que ver con las preocupaciones que la habían afectado los días anteriores.

—Buenos días. —Saludó sin detenerse.

—¡Un momento! —La llamó Mike—. Vamos a tomarnos un café antes de comenzar a trabajar. Hay que celebrar que es viernes.

—Ya he tomado uno, gracias. —Declaró, mofándose interiormente de él.

No se le escapó que Edward y su amigo intercambiaron una mirada de fastidio. Mike había pretendido ser sutil en lugar de claro, y ahora no sabía cómo sacar el tema sin ser demasiado evidente.

Lo vio encogerse de hombros antes de darse por vencido:

—Ed, por favor, trae café para los tres, que Blair nos tiene que contar cómo fue su cita.

¡Ja! Pensó, así que ya has dejado de andarte por las ramas...

—¿Tu madre no te contó nada ayer? No te creo. Estoy segura de que incluso te envió las fotos que nos sacó.

—¿Mi madre os hizo fotografías? No puedo creer que no las compartiera conmigo. Ya sabía yo que no era de fiar. Será mejor que nos cuentes tu versión porque ahora sí que ya no me creo nada de ella.

Blair rio ante semejante exageración. Aunque eso significaba que, si Mike no había recibido las fotos, estas debían de haber ido a parar a manos de la madre de Dante. Tendría que haberse arreglado más, se dijo.

—¿Blair? —llamó Mike.

—Sois unos cotillas —protestó, pero inmediatamente aceptó— Edward, ve a por el café, por favor. Prometo no decir nada hasta que vengas.

Sin añadir nada más se dirigió a su despacho, donde se quitó la chaqueta y colgó el bolso en completo silencio.

—Eres malvada. Sabías nuestras intenciones desde el principio y te has hecho la tonta. —Se quejó Mike.

—¿Cómo no iba a saber que estabais esperándome para que os contara los detalles de la noche? Si sois los dos unos chismosos.

Mike bufó, pero no protestó porque era cierto.

—¿Entonces?

Negó con la cabeza.

—No diré nada hasta que Edward esté presente —contestó con una mueca burlesca—. Se lo he prometido y yo siempre cumplo mi palabra.

—¿Y dónde ha ido a conseguir el café? ¿A Colombia? —Se quejó un impaciente Mike.

En otra zona de San Francisco, casi a la misma hora en la que Blair entraba en su oficina, Ezra pisaba la antesala de su despacho.

—Alice —se detuvo frente a la mesa de su secretaria—, por favor, llama a Susan e invítala a

cenar de mi parte. Dile que la recogeré a las siete.

—¿Esta noche? —preguntó la secretaria.

Ezra cabeceó afirmativamente en respuesta.

—Después reserva una mesa para dos en el *Chapeau!*

—Vaya, jefe, ¿vas a declararte o qué?

Ezra frunció el ceño entre aturdido y confuso.

—No, voy a romper con ella —anunció con tranquilidad.

Alice no fue capaz de responder en los siguientes veinte segundos.

—¿Por qué? —preguntó finalmente.

—No es la mujer de mi vida.

—¿Y no crees que vas a decírselo de un modo demasiado romántico? —Trató de aconsejarle
—. Llevarla a cenar a su restaurante favorito para dejarla puede ser un poco... cruel.

—¿Y qué sugieres?

—Llámalas personalmente y si está disponible, queda con ella para desayunar. Hoy tienes el día bastante libre... Así ella tendrá todo el fin de semana para asimilarlo.

—No suena mal.

—¿Estás seguro de que quieres dejarla?

—Sí. —No vaciló. Inmediatamente después se dio la vuelta para entrar en sus dominios.

Se dirigía a su despacho cuando, al recordar algo, se detuvo abruptamente. Se giró para volver a mirar a su secretaria, quien parecía todavía alucinada con lo que acababa de suceder, y le habló muy serio:

—Y, Alice, desde este momento quiero que cada caso de divorcio que llegue al bufete pase primero por mí.

—¿De acuerdo, jefe!

Capítulo 20

Como cada semana, Jessica fue la que se había encargado de escoger el bar en el que iban a cenar las seis. En esa ocasión se trataba de un irlandés decorado con multitud de carteles de la cerveza más famosa en la isla: la Guinness.

Con un mobiliario de mesas y sillas de madera oscura y suelos con forma de mosaicos, la iluminación tenue y los pilares, así como la decoración en general, el bar era más europeo que estadounidense.

—¿Por qué un pub irlandés? —preguntó Sasha en cuanto tomaron asiento en una de las mesas más grandes.

El local estaba bastante concurrido, aunque a diferencia del de la semana anterior, esa noche no se encontraron con una mayoría masculina, sino que la cantidad de mujeres iba a la par.

—¡No lo digas! —pidió Blair, que había adivinado cuál era la respuesta que Jessica le iba a dar.

Connie rio por lo bajo.

—¿Por qué no puedo decirlo? —protestó la ejecutiva.

—Nos lo imaginamos —insistió Blair—. No es necesario entrar en detalles.

—Pues yo no me lo imagino —protestó la pelirroja—. Y quiero saber.

—Hasta yo sé que los irlandeses tienen fama de ser muy... intensos —comentó Avery con una sonrisa, ya que, para sorpresa de todas, esa noche parecía bien despierta.

Al parecer los gemelos habían comenzado a dormir más por las noches, mejorando así la calidad de vida de sus padres.

—Jess, ¿no piensas en nada más? —interrogó Connie muy seria en una mezcla de curiosidad y reproche.

—Bonita, cada una piensa en lo que carece y necesita. —Se encogió de hombros—. ¿Qué le vamos a hacer? Ni que tú estuvieras mejor.

—Yo creía que de lo que tenían fama era de beber mucho. —Siguió dándole vueltas Sasha.

—Eso también. —Confirmó Avery.

—Aquí lo que importa es lo otro. —Protestó Jessica, que inmediatamente se calló cuando un rubicundo camarero se detuvo frente a ella.

—¿Van a cenar? —preguntó sonriendo.

—Sí, por favor —respondió Blair.

—¿Y qué les apetece? —dijo el chico con una sonrisa amable al ver que tanto Blair como Sasha estaban revisando la carta.

Jessica abrió la boca para responder, pero Blair fue más rápida y se la tapó con la mano al tiempo que decía:

—¡No lo digas!

El camarero, desconcertado ofreció una tímida sonrisa. No es que no estuviera acostumbrado a toparse con clientes extraños, era solo que las damas que tenía delante no daban esa impresión.

—¿Cuál es la especialidad de la casa? —estaba preguntando Chloe, y por alguna razón, a Jessica, que seguía con la boca tapada por Blair, la pregunta la hizo reír a carcajadas.

Al final el pobre chico se marchó desconcertado mientras ellas se debatían entre avergonzarse

por su comportamiento o seguir divirtiéndose con sus locuras.

—Propongo que la semana que viene el bar elegido sea de temática literaria —estaba diciendo Connie—. Seguro que así pasamos menos vergüenza.

Jessica bufó molesta.

—No se puede ser más aburrida de lo que tú eres.

Conscientes de que debían intervenir antes de que la conversación se convirtiera en caluroso debate, Blair aprovechó para contarles, sin entrar en muchos detalles, cómo había ido su cita con Dante. Como a parte de Sasha ninguna de ellas sabía que tenía intención de volver al mundo de las citas, fue muy fácil captar la atención de todas y lograr que Jessica y Connie se olvidaran de su anterior choque de trenes.

—¡Espera! ¿Dante Cacciatore, de 1.0 Consulting? —preguntó Jess sorprendida.

—¿Lo conoces?

—Personalmente no. Es solo que su empresa hace trabajos para nosotros —explicó ella.

La sidra y la cerveza ayudó no solo a que la cena entrara de maravilla, sino también a que los ánimos se calmaran y el buen ambiente volviera a reinar entre ellas.

Sus amigas, curiosas le hicieron preguntas sobre el aspecto de Dante, e incluso lo buscaron en Facebook, ansiosas por descubrir cómo era. Lo más curioso de todo era que a Blair no se le había ocurrido investigarle a través de las redes sociales.

—Tal vez sea porque no te gusta mucho —apuntó Connie—. Lo normal cuando te gusta alguien es ver quienes son sus amistades e incluso mirar las fotos, por si todavía conserva la de sus exparejas —siguió explicando—. Si las conserva es mala señal.

—¿Por qué? —inquirió Avery con curiosidad.

—Hay dos razones: la primera es que no ha pasado página, lo que no es un buen augurio para vuestra incipiente relación; y la segunda es que pretende ser amigo de sus exnovias, lo que tampoco es un buen augurio para cuando rompáis.

—¿Por qué iban a romper? —insistió Avery.

Connie no respondió, se limitó a mirarla con una expresión de lástima.

—Ni siquiera están saliendo todavía. —Apoyó Chloe—, no seas ave de mal agüero.

Blair no quiso darle importancia, por lo que trató de reconducir la conversación al tema anterior que era mucho menos escabroso.

—Yo no tengo Facebook —comentó tratando de llevar la conversación a temas menos controvertidos—. ¿Por qué iba a buscar a otra persona? Eso sería muy hipócrita por mi parte.

—¿Cómo que no? Si te tengo de amiga. —Recordó Sasha.

—Lo abrí porque Mike se empeñó, pero no lo he usado en mi vida.

—Mike —musitó Jessica soñadora—, qué guapo y que encantador es. Además, es medio italiano, ¿no?

—Así es. Su padre era americano, pero su madre es siciliana.

Todas suspiraron emocionadas. Cuánto daño habían hecho las novelas románticas, pensó Blair viéndolas tan embelesadas.

—¿Qué os parece si lo invitamos? —propuso Sasha de repente—. Vive a unas calles de aquí y es posible que no tenga plan.

—Es noche de chicas —protestó Avery.

—Tú no puedes opinar, que ya estás casada —la cortó Chloe sorprendiéndolas a todas.

Normalmente era de las que se vanagloriaba de no andar desesperada a la caza de un hombre.

—Llámale —pidió Sasha aguantándose la risa.

—¡Llámale, llámale! —secundó Jessica.

Menos Avery, el resto de sus amigas se unieron a la petición.

Blair hizo lo que le pedían, por lo que se alejó de ellas y llamó a Mike, quien aceptó encantado. Después de todo, acababa de salir de casa de su madre, quien, con la excusa de que necesitaba que le arreglaran un enchufe, se había dedicado a sermonearle por estar soltero. Y aunque había desistido de emparejarlo con alguna mujer, no había hecho lo mismo con el tema de la descendencia. Ella exigía un nieto. Y estaba en todo su derecho a hacerlo porque era su madre, le había dicho.

—Gina es increíble —dijo Blair tras escuchar las penas de su amigo.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que te he contado?

Blair no se sintió culpable.

—Piensa en positivo, ya no va a tratar de emparejarte con nadie.

—Supongo que tienes razón.

—Entonces, ¿vas a venir?

—Por supuesto. Necesito desoxigenarme después del trauma causado por mi madre.

—¡Te esperamos!

Con una sonrisa satisfecha pudo anunciarles a sus amigas que el abogado estaba en camino. Quince minutos más tarde, apareció y las saludó una a una como si de un europeo se tratara. Ellas, encantadas, ofrecieron sonrisitas tontas.

—No me extraña que las tenga alteradas —se rio Blair—, es un encantador de serpientes.

—Él nunca se ha escondido. Déjalas que fantaseen un poco —comentó Sasha.

Eso era totalmente cierto. Mike nunca había escondido sus preferencias. El problema radicaba en que las chicas solo le habían visto las veces en las que había acudido a recogerla a las clases de yoga, por lo que Blair no estaba segura de que supieran que no tenían ni la más remota posibilidad con él. Además, si alguna vez había hablado de Taylor todas habían supuesto que la pareja de su mejor amigo era una mujer.

Algo comprensible dado que esa era la primera vez que salían a tomar una copa juntos, por lo que su conocimiento de él era muy superficial.

—¿Puedes, por favor, volver a explicarme por qué estoy haciendo esto? —pidió George muy serio.

Estaban sentados a solo unas mesas de las chicas, y tras dos horas viendo como Ezra monitoreaba a Blair, estaba comenzando a aburrirse. De hecho, su único entretenimiento era ver a Mike siendo encantador con cinco mujeres que parecían especialmente sensibles a sus encantos. Y, por supuesto, las cervezas, cuyos cascos vacíos se acumulaban delante de él.

Ezra ni siquiera lo miró. Aun así, respondió.

—Porque eres mi mejor amigo y no tenías un plan mejor para esta noche que acompañarme.

George bufó molesto.

—Después de leer el informe de Daniel, dijiste que no ibas a permitir que Blair pasara por lo mismo otra vez. Y, sin embargo, ahora estamos aquí, vigilándola.

Ante la crítica, se giró como un resorte para enfrentarle.

—Y no lo voy a hacer.

—¿Vas a cambiar de familia? Porque esa es la única solución que le veo a tu problema.

—No seas ridículo. Ya no soy un niño.

—No te comprendo. Has pasado seis años prácticamente sin siquiera nombrarla, y ahora no

solo rompes con Susan, sino que te dedicas a perseguirla como un lunático.

—Ahora vuelvo —dijo Ezra en cuanto vio que Blair se levantaba de su silla y se encaminaba hacia el baño de señoras.

George se quedó murmurando. No había recibido ninguna respuesta, lo que le dejaba solo con sus especulaciones. Y ninguna de ellas llevaba a los protagonistas al anhelado *happy ending*.

Decidido a fingir que su encuentro era debido a la mera casualidad, Ezra se paró frente a la puerta del baño para que pareciera que acababa de salir del de caballeros. Tras varios minutos esperando por fin vio a Blair salir del de señoras. Mirando hacia el lado contrario caminó en su dirección y cuando llegó a su altura chocó a propósito con ella en el estrecho pasillo.

—Perdón —empezó a decir ella hasta que vio quién era la persona a la que había golpeado.

—¡Blair! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

Capítulo 21

Blair estaba aturdida. ¿Cuántas posibilidades había de toparse con Ezra en un restaurante y en un pub en menos de una semana?

—¡Qué sorpresa! He venido a cenar con unas amigas —dijo respondiendo a su pregunta—. Y tú ¿qué haces aquí?

—He venido con George.

—¿Con George?

Asintió señalando hacia el lugar en el que este estaba sentado.

—¿Dónde estás tú? —preguntó él fingiendo desconocimiento.

Blair, todavía descolocada con el inesperado encuentro, le señaló la mesa en la que estaba con sus amigos.

—¿Esa es Sasha? ¿Y Mike?

Antes de que ella pudiera responderle le ofreció una sonrisa y un trato:

—¿Qué te parece si tú saludas a George y yo hago lo propio con mi prima?

Ezra estaba decidido a pasar lo que quedaba de velada con ella, por lo que debía de acercarse a sus amigas si pretendía ser invitado por ellas a quedarse. Sin darle tiempo a responder, se separó de ella para acercarse a la mesa de las chicas y de Mike.

Blair se quedó unos segundos mirándolos desde donde estaba hasta que se acordó del pobre George y se acercó a saludarle. Lo primero que le llamó la atención fue que desde la mesa se veía perfectamente el lugar en el que ellas estaban sentadas y lo segundo, la cantidad de botellas de cerveza vacías que tenía George delante.

—Blair. —La saludó con voz afectuosa—. Ven, siéntate conmigo. ¿Quieres una Guinness? Al principio está muy fuerte, pero en seguida te acostumbras.

—¡Claro! —aceptó—. Gracias.

George le hizo un gesto al camarero para que le llevara dos más y este, que ya estaba acostumbrado, lo pilló al vuelo y unos minutos más tarde apareció con los botellines.

—¿Cómo es que estáis aquí? —preguntó Blair con curiosidad.

—Ezra necesitaba salir —contestó con picardía—. Ha roto con su novia —expuso bajando la voz, como si fuera un secreto que estaba dispuesto a compartir con ella.

—¿Por qué?

—Está enamorado de otra persona.

—¿De veras?

George la miró con el entrecejo fruncido.

—¿No lo sabías?

Ella negó al tiempo que le daba un sorbo a su cerveza.

—No te preocupes —comentó—, no creo que tarde mucho en decírtelo.

Blair iba a replicar que no comprendía lo que quería decir, pero la frase se le quedó atascada en los labios cuando Jessica se presentó en la mesa con la intención de llevarlos a la otra, en la que se habían reunido todos.

—Coged las bebidas y venid. Ya hemos conseguido sillas.

Cuando George y ella llegaron a la mesa, Blair se topó con que todas sus amigas estaban

encantadas con su exmarido. Gracias a Dios, a pesar del alcohol ingerido, todas, incluso Jessica, fueron muy discretas y no mencionaron que estaban al tanto de cuál había sido su relación. Aunque, la mayor sorpresa que se llevó, fue ver a Mike y a su exmarido tomándose una cerveza y hablando más que cordialmente.

—Chicas, este es mi amigo George. —Lo presentó, tratando de apartar su interés de su socio y su ex.

Como era de esperar, dado el físico y la simpatía de George, todas, incluso Avery, se mostraron encantadoras con él.

George tenía el don de lograr que la gente se sintiera cómoda a su alrededor.

—¿Por qué están Mike y Ezra tan amistosos esta noche? —preguntó este verbalizando sus propios pensamientos—. Ezra ni siquiera se ha terminado una cerveza.

—Deberías saberlo tú, que eres su amigo.

George frunció el ceño sin dejar de mirarlos.

—Deberías saberlo tú, que también es tu amigo.

Blair sonrió, puesto que, aun cuando el modo infantil en que lo había dicho sonó cómico, no dejaba de tener razón.

—Creo que deberías de dejar la Guinness por esta noche.

—¿Y cuál pruebo ahora?

—¿Por qué no le das una oportunidad al agua?

No respondió, sino que le lanzó una mirada poco amistosa.

Jessica aprovechó que habían finalizado su conversación para llamar a George y bombardearlo a preguntas.

—¿Todo bien? —preguntó Sasha acercándose hasta ella.

—No lo sé. Es muy raro que nos hayamos encontrado aquí. ¿No crees?

—¿Por qué? La gente suele salir a tomar unas cervezas los viernes por la noche. Mira el pub, está lleno.

—Lo sé, pero...

—¿Te perturba estar cerca de Ezra? Te aseguro que las chicas no han comentado nada inapropiado.

—No me perturba, es solo que... después de cuatro años me había acostumbrado a vivir en la misma ciudad sin toparnos en todas partes.

—¡Oh! —exclamó la pelirroja—. Ya lo recuerdo: la tensión sexual no resuelta. ¿Te encuentras bien? —inquirió llevando su mano a la frente de su amiga—. ¡Madre mía, estás hirviendo!

Durante unos segundos Blair se quedó inmóvil, dejando que su amiga se burlara de ella. Entonces reaccionó:

—Eres un mal bicho —protestó, fingiéndose enfadada.

—Es posible. Pero dime, ¿cómo llevas la tensión sexual no resuelta?

No pudo contestar porque el culpable de dicha tensión se había alejado de Mike y se había unido a ellas.

—¿Qué tal va el gimnasio? —preguntó a Sasha.

—De maravilla. Por cierto, gracias por enviarme clientas.

Blair abrió los ojos sorprendida mientras que él respondía quitándole importancia.

Siguieron hablando unos minutos más sobre cosas triviales hasta que Sasha anunció que se retiraba.

—Estoy agotada —anunció muy seria—, creo que voy a marcharme ya. Vosotras quedaos y

disfrutad del resto de la noche.

—Yo también me marcho ya. He tenido una jornada movidita y necesito meterme en la cama.

—Yo os llevaré a casa. También iba a marcharme y apenas he bebido —se ofreció Ezra, sorprendiéndolos a todos. Hasta ese momento parecía que era el que estaba más animado de la mesa.

—No es necesario —estaba diciendo Blair, pero la voz de Sasha se coló por encima de la suya.

—Eso será genial, ¿verdad, Blair? Conseguir un taxi a estas horas es un poco complicado.

—Supongo —concedió finalmente la rubia.

Sin perder un segundo, tanto Sasha como Ezra procedieron a despedirse de todos, por lo que ella se vio obligada a hacer lo mismo.

No se le escapó la mirada de preocupación de Mike, por lo que le sonrió para calmarlo.

No puede ser tan malo, se dijo mentalmente. Después de todo, Sasha la acompañaba. ¿Qué podía pasar?

Capítulo 22

Blair se había sentido tranquila al aceptar la oferta de Ezra de llevarla a casa porque Sasha también iba en el paquete. No obstante, había calculado mal y no había pensado en que él dejaría primero a su prima en casa, lo que la dejaba a solas con su ex en un espacio tan pequeño como un coche.

Por otro lado, el hilo musical tampoco ayudaba a que se calmara.

*Who needs to go to sleep
When I got you next to me?
All night I'll riot with you
I know you got my back
And you know I got you
So come on, come on, come on
Let's get physical^[4]*

Cantaba Dua Lipa de fondo, despertando incómodas imágenes en la mente de Blair.

La canción terminó y la locutora comenzó a divagar sobre el amor y el sexo, lo que aumentó la incomodidad de Blair, que no despegaba la mirada de la ventana del pasajero.

—Gracias por ofrecerte a llevarnos —habló por decir algo y dejar de escuchar las tonterías románticas que salían de la radio.

—De nada. ¿Tus amigas habrán conseguido taxi para volver?

—Sí. Los viernes ninguna conduce.

Ezra se rio en voz alta despertando la curiosidad de Blair.

—¿Qué es tan gracioso?

—El sábado pasado, cuando fui a tu casa, estabas con resaca. Deduzco que saliste con ellas.

—Así es. Nos reunimos todas las semanas.

—Siento haberte despertado.

—No pasa nada —respondió, desconcertada.

Las últimas conversaciones que había tenido con él habían versado sobre el divorcio de los Walton. Incluso cuando estuvieron tomando café, el tema central fue ese; hablar ahora de temas personales era extraño.

Hubo una época en la que lo sabían todo el uno del otro. Se habían conocido en la universidad y, pese a que Ezra era dos años mayor que ella, habían llegado a coincidir en un par de clases. Su conexión fue inmediata. Se podría decir que fue amor a primera vista. De hecho, pensándolo en retrospectiva, toda su relación había marchado veloz: enamoramiento, relación, matrimonio y divorcio.

Estuvieron juntos cuatro meses antes de escaparse para casarse. Después de eso, su historia había comenzado a hacer aguas porque los padres de Blair Miller eran meros trabajadores sin grandes influencias: Summer era enfermera y Joe, bombero. No era lo que los Sackler querían para su único hijo.

—Me alegra que hayas recuperado tu amistad con Sasha —comentó Ezra con sinceridad—. Es una buena persona.

Aunque el comentario a simple vista parecía inocente, en realidad iba más allá. De su familia,

Sasha era la única que la había aceptado sin reservas, quizá porque ella misma era considerada la oveja negra de la familia. En lugar de trabajar junto a su familia, había optado por vivir una vida diferente. Siendo joven, había viajado a la India, donde aprendió a darle importancia a las cosas que realmente la tenían. Al regresar, montó su propio negocio y, aunque sus padres se opusieron, su hermano la apoyó incondicionalmente, por lo que finalmente todos tuvieron que hacerse a la idea de que ella jamás sería lo que esperaban.

En lugar de sentirse dolida por ello, Sasha se sintió liberada.

—Sí que lo es. Realmente, ¿no te molesta que seamos amigas?

Ezra apartó la mirada de la carretera para clavarla en sus ojos.

—¿Por qué iba a molestarme? —Estuvo a punto de añadir «*yo no soy mis padres*», pero se detuvo antes de hacer que la conversación se volviera incómoda para ambos.

—Si no hubiera sido por ti, nunca la hubiera conocido.

—Mi prima es una mujer adulta. Puede escoger sus amistades sin mi permiso, igual que tú. Puede que no me creas, pero nunca he sentido rencor por ti.

—Siento no poder decir lo mismo —respondió ella apartando la mirada.

—¡Lo comprendo!

La conversación había logrado entretener a Blair, quien no se dio cuenta de que habían llegado a su casa hasta que Ezra detuvo el coche frente a su puerta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —La sorprendió él.

—Puedes.

—¿Te marchaste a Boston solo para evitarme? —El tono de su voz tembló, pero fue apenas un segundo, por lo que Blair no estuvo segura de si lo había imaginado.

—No. Me marché a Boston para terminar mis estudios. Perdí mi beca —expuso en lugar de contarle la verdad al completo.

Él no dijo nada sobre ese tema.

—¿Por qué Boston?

—¿Porque no? La facultad de derecho es de primer nivel. Y lo más importante, me aceptaron en mitad del curso.

—Entiendo.

Blair estaba segura de que no lo hacía, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

Cuando se marchó, creía a pies juntillas que Ezra no solo estaba al tanto de los tejemanejes de sus padres, sino que también los había permitido. Hasta que, con el tiempo, comprendió que, si bien sabía de algunos, la mayoría de los que había sufrido se habían hecho a sus espaldas.

Por aquel entonces, el tener que vivir en casa de los Sackler les había facilitado la tarea de hacerle la vida imposible. Pero sus prisas por casarse sin haberse licenciado ninguno de los dos, los había dejado sin muchas opciones.

Y aunque Blair se había negado a dejar su trabajo a tiempo parcial, el dinero no daba para pagarse un alquiler en una ciudad tan cara como San Francisco.

—Lamento no haber estado a la altura.

—Ya te he perdonado —confesó ella con una sonrisa triste—. Y no fue culpa tuya. Al menos no toda ella.

—¿Por qué no pudimos tener esta clase de conversación por aquel entonces?

—Éramos muy jóvenes e inmaduros —reconoció Blair—, sobre todo yo. Estaba acostumbrada al cariño de mis padres y llevé muy mal que los tuyos no me aceptaran.

—Yo tampoco supe protegerte.

—Como digo, éramos muy jóvenes. —Hizo una pausa—. Gracias por traerme.

Abrió la puerta, pero antes de que pudiera salir, se dio cuenta de que Ezra también lo estaba haciendo.

Se plantó frente a ella muy serio.

—¿Podrías darme otra oportunidad?

Ni en un millón de años se hubiera esperado una petición como aquella, por lo que no estuvo segura de que hubiera escuchado bien hasta que él lo repitió.

—¿A qué te refieres? ¿Una oportunidad para qué?

—Para nosotros. ¿No crees que nos merecemos otra oportunidad? Hace seis años los dos nos rendimos demasiado pronto. Yo...

—Esto es ridículo —lo cortó—. Ya no soy la persona que era. He cambiado. Ni siquiera me conoces. Y yo tampoco te conozco a ti.

—De acuerdo. En ese caso, vamos a conocernos.

—¿Disculpa?

—Dices que no te conozco y te creo. Lo único que tienes que hacer es dejar que te conozca de nuevo y hacer lo mismo conmigo.

—Pero...

—Podemos comenzar siendo amigos, no te pediré nada más que eso —y añadió esperanzado—: Estás acostumbrada a tener amigos varones. Sé que no soy Mike, pero no creo que vaya a ser un problema...

—Mike es mi hermano, no...

—Podemos salir a comer, tomar café e incluso ir al cine. Para conocerte tengo que obtener información sobre tus gustos. ¿No te parece justo?

—Ezra...

—Es un trato, entonces —zanjó disfrutando al no darle opción para rechazarle—. ¿Cine? ¿Mañana?

—No puedo. Tengo una cita con otra persona.

—¿Estás saliendo con alguien? —Maldito Daniel, pensó Ezra, esa parte no aparecía en el informe.

—No exactamente. Acabo de conocerle, pero tú sí que sales con una mujer.

—No salgo con nadie, Blair.

—Te vi con ella y Sasha aseguró que era cierto.

—Nunca te mentaría sobre algo así. —Su tono parecía sincero, por lo que decidió creerle, aun cuando no por ello iba a dejar correr el tema sin investigar si era o no cierto.

—De acuerdo. Te creo.

Ezra sintió que su corazón se aceleraba con tanta vehemencia que temía que se le saliera del pecho. A pesar de todo lo que había entre ellos, Blair había accedido a creer en su palabra.

—Si sales a cenar con él mañana, ven conmigo al cine el domingo.

El alcohol y lo inesperado de todo hizo que Blair no fuera capaz de pensar con claridad, por lo que asintió poco convencida de que estuviera haciendo lo correcto.

—Estupendo. Te recogeré a las cinco.

Ella sintió.

—¡Que descanses! —Se despidió y la empujó con suavidad hacia su puerta.

Blair sacó las llaves del bolso y abrió. Se dio la vuelta para decirle adiós con la mano y entró.

Fue entonces cuando Ezra se movió para marcharse.

Las cosas eran más complicadas de lo que había esperado. Aun así, no tenía intención de rendirse. Lo había hecho seis años antes y había tenido que pagar el precio. En esta ocasión iba a anteponer a Blair y lo que sentía por ella ante cualquiera que se atreviera a atravesarse.

Capítulo 23

Mike paseó su mirada entre George, que unos minutos antes había colapsado encima de la mesa, y Jessica, que era la única de las chicas que se había quedado en el pub con él. El resto había ido marchándose minutos después de que Ezra se ofreciera a llevar a Blair y a Sasha a casa.

Suspiró molesto. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Escuchó el sonido de una silla arrastrándose, y al darse la vuelta vio que Jessica se había puesto de pie, dispuesta a marcharse también.

—No has venido conduciendo, ¿verdad? —preguntó Mike, preocupado.

Ella le sonrió sin ningún amago de coqueteo y él se sorprendió por el gesto, porque todas las veces que había coincidido con ella, había flirteado con él.

—Nunca conduzco los viernes —y añadió mirando a George—. ¿Necesitas ayuda para meterlo en un taxi?

Mike negó con la cabeza.

—No sé dónde vive.

Su respuesta sorprendió a Jessica, quien creía que eran buenos amigos. Al menos esa era la impresión que había tenido al verlos juntos.

—¿Y qué vas a hacer?

Él se encogió de hombros.

—Esperar a que se espabile un poco y pueda decírmelo él mismo.

—No creo que eso vaya a suceder pronto —dijo viéndole dormir sobre la mesa—. ¿Por qué no te lo llevas a tu casa?

No es que Mike no hubiera pensado en esa posibilidad. De hecho, si hubiera sido cualquier otra persona, es probable que lo hubiera hecho. Sin embargo, al tratarse de George, sentía que era muy mala idea.

—No creo que...

—No van a tardar mucho en cerrar el local —comentó Jessica mirando su reloj de pulsera—. ¿Qué vas a hacer entonces con él? ¿Sentarte en la calle?

Sabía que tenía razón, pero el que la tuviera no hacía más fácil tomar la decisión correcta.

—Puedo ayudarte a llevarlo hasta tu casa. Sasha ha dicho que vives cerca.

Mike asintió.

—A dos calles.

—Entonces, vamos.

Cuando George abrió los ojos, sintió que el cráneo se le iba a partir en dos. Y para complicarlo todavía más, su estómago no se sentía mucho mejor.

Tardó varios minutos en darse cuenta de que no estaba en su dormitorio. Sus sentidos todavía estaban aletargados por el alcohol ingerido la noche anterior, pero estaba seguro de que esas sábanas no eran las de su cama y de que su dormitorio tampoco tenía ventanales tan amplios.

Con dificultad, se sentó en la cama. Las cortinas, de un suave color lima, no eran las suyas... Trató de recordar qué había sucedido la noche anterior, cuando fue obligado a acompañar a Ezra al pub irlandés. Allí había terminado bebiendo con Mike y las amigas de Blair. Sabía que había varias. Aun así, no era capaz de recordar a ninguna.

Antes de sentarse con ellas, ya había disfrutado de la Guinness lo suficiente como para que sus recuerdos estuvieran borrosos.

Se sentó en el bode de la cama y se dio cuenta de que llevaba la ropa puesta. Lo único que le habían quitado era la chaqueta y los zapatos.

Lo que solamente significaba que no se había acostado con ninguna de ellas. Suspiró más tranquilo.

Con tan poca información no podía adivinar dónde estaba, tan solo hacer conjeturas. Decidido a descubrirlo, se puso los zapatos y salió.

El piso estaba muy bien decorado, pensó George al abrir la puerta del dormitorio en el que había pasado la noche y toparse con una enorme sala de espacio abierto que la separaba de la cocina por una barra.

Se detuvo abruptamente al ver a Mike preparando café en dicha cocina. Llevaba una camiseta blanca y unos pantalones cortos de gimnasia. Lo sabía porque se los había visto puestos infinidad de veces en el gimnasio.

Así que sus sospechas eran ciertas. Había dormido en su casa, se dijo.

Debió de haber hecho algún ruido, porque Mike se dio la vuelta y lo vio.

—Buenos días. —Lo saludó con total naturalidad—. ¿Qué prefieres primero: café o analgésicos?

George le ofreció una media sonrisa.

—¿No pueden ser ambos?

Mike le devolvió la sonrisa.

—Por supuesto, acércate.

Obediente, George se encaminó hasta la barra y tomó asiento en uno de los taburetes que había en el lado del salón.

Mike siguió trasteando hasta que el café estuvo listo y se lo puso delante con un blíster de pastillas y un vaso de agua.

—¿Quieres comer algo? —ofreció.

Negó con la cabeza.

—Mi estómago no está para recibir comida ahora mismo.

—Cómo quieras, pero creo que unas tostadas te asentarán el estómago.

George se tomó una pastilla con el vaso de agua y después le dio un sorbo al café que Mike había hecho en una cafetera italiana, nada de cápsulas.

—Está delicioso. —Alabó con sinceridad.

—¡Gracias! —aceptó el cumplido y se sentó también, aunque del lado de la cocina.

—¿Cómo llegue aquí?

—¡Oh! Lo siento, tuve que tomar la decisión por ti porque no tenía más opciones. No tenía tu dirección y tú eras incapaz de hablar para dárme la.

George se dio cuenta de que Mike se había puesto nervioso. Era la primera vez que se veían así. Al ofrecerle el café y hablar con él, se había mostrado normal.

Su conversación se detuvo cuando escucharon un ruido que provenía de una de las puertas cerradas. Ambos giraron la cabeza para mirar a ver qué sucedía. Como Mike no parecía preocuparse, George preguntó:

—¿Qué hay ahí dentro?

—Mi dormitorio.

Todavía no había terminado de decirlo, cuando la puerta se abrió y una atractiva morena salió

sonriendo.

—Buenos días. —Saludó alegremente—. George, por fin te has despertado —bromeó ella.

El aludido se quedó aturdido por unos instantes. ¿La conocía? Como un flash, los recuerdos volvieron a su mente.

—¿Jessica?

Ella rio y su risa sonó musical y sexy.

—Te has acordado. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Quieres un café? —ofreció Mike.

—Me encantaría —aceptó ella y se sentó en el taburete contiguo al de Mike.

George se quedó en silencio observándoles. Ella acababa de salir del dormitorio del abogado y, por lo que podía ver, no había más que dos habitaciones en la casa. Si él había dormido en uno, los otros dos...

Inesperadamente se sintió incómodo e incluso molesto.

Se puso de pie casi sin pensar. ¿Por qué narices seguía allí plantado como un pasmarote? Tendría que haberse ido en cuanto se despertó.

—Voy a marcharme. Siento haberos molestado —declaró muy serio.

Jessica lo miró confusa, mientras que Mike evitó su mirada deliberadamente.

—Creo que has malinterpretado la situación —explicó ella—. El único motivo por el que he pasado aquí la noche ha sido para evitar que te sintieras incómodo cuando te despertaras. Él ha dormido en el sofá. —Aclaró señalando al dueño de la casa.

—¿Disculpa? ¿Incómodo?

Mike suspiró cansado.

—No quería que te sintieras perturbado por pasar la noche en mi casa —aclaró Mike.

De repente, George comprendió lo que sucedía. El beso, pensó, Mike tampoco había podido olvidarlo. Y lo peor de todo es que tenía un concepto muy pobre de él si pensaba que era capaz de tergiversar una situación como esa. Sin saber exactamente por qué, se sintió ofendido, pero sobre todo enfadado.

—¡Vaya! —habló en un tono cargado de ironía.

No fue necesario que añadiera nada más. Mike era plenamente consciente de las palabras que no había dicho.

—¿George? —preguntó Jessica confundida.

—Habéis sido muy amables, pero ahora he de marcharme.

El anfitrión asintió sin mirarle mientras que ella paseó la mirada de uno a otro cada vez más desubicada.

El corazón de Mike latía a toda velocidad, era la primera vez que veía a George enfadado. Puede que no fueran íntimos amigos, pero se conocían desde hacía siete años, tiempo más que suficiente como para haber estudiado su carácter a fondo.

—¿Qué me he perdido? —balbuceó Jess.

—Supongo que se siente insultado.

Ella negó con la cabeza al tiempo que entrecerraba los ojos.

—Creo que es otra cosa.

Mike la miró a la espera de una respuesta, pero ella no habló.

Tras quedarse solo, se dispuso a ordenarlo todo y descubrió que en su prisa por marcharse, George se había dejado la chaqueta en el dormitorio. La llevaría al gimnasio y la dejaría en su taquilla, se dijo.

Cualquier cosa que evitara tener que enfrentarse a él.

Capítulo 24

Blair llegó a casa temprano el sábado tras su cita con Dante y, aunque había disfrutado de su compañía, lo cierto era que ahora, tumbada en su cama con Donatello pegado a su costado, en lo único en lo que podía pensar era en que al día siguiente (en unas horas para ser exactos) vería a Ezra.

Si fuera una mujer normal estaría repasando la velada que acababa de disfrutar, el modo en que Dante la trataba o lo encantador que era con todo el mundo. Incluso se asombraría por cómo se había tomado el saber que había quedado con otro hombre para ir al cine al día siguiente.

Su intención al contárselo no se debió a un intento infantil de ponerlo celoso, sino a su propósito de ser lo más sincera posible con él. Contra todo lo que Blair había supuesto, él había sonreído y le había dicho que no tenía que darle explicaciones. Que eran amigos que se estaban conociendo y que respetaba que ella hiciera sus propios planes, del mismo modo que esperaba que ella comprendiera que él hiciera lo propio.

Tras semejante comentario, no había podido evitar compararlo con Ezra. Si hubiera sido a la inversa, él se habría opuesto categóricamente a que ella viera a alguien más. De lo que no estaba segura en ese momento era de si eso hablaba bien de Dante o de su ex.

Fuera como fuera, su mente se empeñaba en ponerle imágenes del abogado frente a los ojos.

Lo que no lograba comprender era por qué había aceptado salir con él. Cualquiera que supiera que iba a ir al cine con su exmarido dudaría de su estado mental. Y lo peor de todo era que no iba a poder ocultárselo a Mike, porque ir al cine con Ezra significaba que no podría cenar con él y con Gina. Y aun cuando no fuera el caso, mentir a su mejor amigo era una barrera que no iba a saltar, ni siquiera por Ezra.

Consciente de que Mike no se lo iba a tomar muy bien, dado lo protector que era con ella, sacó el teléfono móvil del bolso, donde lo había dejado tras volver a casa y, sin importarle la hora, llamó al número guardado en favoritos.

Mike descolgó antes del tercer tono.

—¿Qué sucede? —Notó que estaba preocupado, por lo que se apresuró a responder.

—Nada grave. ¡Estoy bien! Es solo que necesito contarte algo importante. —El silencio al otro lado de la línea la sorprendió—. ¿Estás en casa? ¿No has salido esta noche?

—No.

—¿Va todo bien?

—No.

—¿Tienes previsto decir algo más allá de no?

—Sí.

—De acuerdo. —La actitud de su amigo comenzaba a ser preocupante. Normalmente había que hacerle callar para tener la oportunidad de decir algo, y sin embargo esa noche hablaba con monosílabos.

De repente se le ocurrió una idea que beneficiaría a ambos.

—¿Por qué no vienes a casa? Aún es pronto. Podemos ver una película y comer palomitas. —Ofreció tentándolo.

Fuera lo que fuera lo que le estuviera sucediendo, no quería que estuviera solo y contar con Mike para analizar su propia actitud era simplemente una idea perfecta.

—¿Tienes algo más fuerte que las palomitas?

—¿Chocolate al 70% de cacao?

Mike suspiró.

—Creo que queda vino de las Navidades. ¿O prefieres cerveza? Puedo pasar a comprarla si la prefieres.

—El vino es perfecto. Y Mike, coge ropa para pasar aquí la noche.

—Ok —aceptó inmediatamente. Después de todo, ese domingo no tenía previsto ir al gimnasio ni aunque se tratara de un tema de vida o muerte.

Abrir la puerta y toparse con Mike en chándal era signo inequívoco de que algo iba muy mal. Y si tenía alguna duda al respecto, esta se aclaró cuando su amigo se lanzó a sus brazos.

—¿Va todo bien?

—Abramos el vino primero —propuso tras varios minutos apoyándose en Blair.

No fue necesario nada más para que Blair comprendiera que estaba dispuesto a contarle aquello que tanto lo avergonzaba. Si no se daba prisa, no iba a poder relatarle su propia historia, por lo que cogió la botella y frenó sus intenciones.

—He de contarte algo antes y necesito que estés sobrio. Después beberé contigo si lo necesitas.

—De acuerdo —aceptó intrigado.

Blair no perdió el tiempo en irse por las ramas, sino que afrontó directamente lo que la preocupaba. Mike se mantuvo en silencio durante todo lo que duró el relato, y ni siquiera su expresión dio una pista a Blair sobre lo que realmente estaba pensando.

—¿Es una locura? —preguntó ella finalmente.

—Es posible. Pero ¿qué más da? —y añadió mirándola con fijeza—. Haz lo que te haga feliz. Lo demás no importa.

—¿Desde cuándo piensas así?

—Desde que he decidido dejar de ser un idiota.

Capítulo 25

Ezra se presentó en casa de Blair a la hora señalada. Vestía de un modo informal, que le recordó al chico que había conocido años atrás.

Como si hubiese pensado lo mismo, ella también dejó de lado su estilo sobrio y elegante de todos los días para escoger un *boho chic* que consistía en un vestido de estampado floral, botas a media caña y chaqueta del mismo tono arena que las botas y el bolso. El cabello lo llevaba suelto, dejando que las suaves ondas rubias se posaran en sus hombros.

—¿Estás lista? —preguntó Ezra con una sonrisa cuando Blair le abrió.

En lugar de responder con palabras, asintió, temerosa de que sus nervios se notaran en la voz. Una parte de ella se sentía ridícula por estar nerviosa. Después de todo, había estado recientemente con Ezra en una sala de reuniones, tratando con él como abogado de la parte contraria, e incluso en los pasillos de los tribunales, como un colega. No obstante, su encuentro actual no tenía ningún tinte profesional en el que poder refugiarse. Lo de ese día era otra cosa que Blair se negaba a etiquetar.

—¡Estás muy guapa!

—¡Gracias!

Sin perder la sonrisa, le abrió la puerta del coche y la cerró cuando ella entró. Nada que no hubiera hecho cuando aún estaban casados, pensó.

Una vez que se pusieron en marcha, con la intención de romper el incómodo silencio, Blair preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Al Sundance Kabuki —explicó él.

—¿En el barrio japonés?

Ezra asintió con una sonrisa. La comida asiática era una de las favoritas de Blair, así que la elección de los cines no se debía solo a que en el Sundance Kabuki se estuviera proyectando el Festival Internacional de San Francisco, sino que, además, al llevarla allí disponía de una excusa para invitarla a cenar a un restaurante japonés en cuanto terminara la película.

Blair no comentó nada, con la esperanza de que fuera Ezra quien continuara con la conversación, pero a él parecía no importarle el silencio, de modo que no habló.

«Al menos no ha puesto música provocativa», pensó.

El silencio se prolongó y comenzó a sentirse tonta, ya que lo único que se le ocurría era preguntar por el título de la película iban a ver, de modo que optó por mirar por la ventanilla del coche.

—¿Qué tal fue tu cita de ayer? —inquirió él de pronto, sorprendiéndola, no tanto porque hubiera tomado la iniciativa para comenzar una conversación, sino por el tema en sí.

—Bien.

—¿Vas a volver a verle?

—Es posible.

—Que no estés segura dice poco en favor de tu relación con él —apuntó con sorna.

—No tengo una relación con él. Nos estamos conociendo.

Asintió como si la respuesta le hubiera resultado satisfactoria.

—¿Podemos dejar el tema? Es un poco raro que hablemos de esto —protestó sin mirarlo.

—¿Por qué? Se supone que nos estamos reconociendo.

—¿Y?

—También es una parte de tu vida.

—¿Vas a hablarme tú también de tu exnovia?

—Si lo deseas —respondió con fingida inocencia.

—No es necesario. ¡Gracias!

Ezra esbozó una sonrisa malvada, pero no volvió a tocar el tema.

Al llegar a los cines, tomó la mano de Blair con total naturalidad, como si fuera algo que hiciera cada día, y la guio hacia las escaleras mecánicas, ya que la sala a la que iban estaba en la parte superior del complejo.

La suavidad con la que él había tomado su mano, junto con la sorpresa que le supuso el gesto, hizo que ella no tratara de soltarse. Eso y la calidez que sintió desde la punta de sus dedos hasta el centro de su pecho.

Blair había olvidado lo mucho que le aceleraba el corazón cualquier roce de él. Había sido así seis años antes y seguía siéndolo seis después.

—¿Qué sucede contigo, Blair Miller? —musitó en un murmullo sin darse cuenta de que lo hacía.

—¿Has dicho algo?

—No.

—De acuerdo. ¡Vamos!

Ni siquiera pasaron por las taquillas, por lo que Blair supuso que él ya había comprado las entradas previamente. Y lo confirmó cuando les mostró su móvil a los encargados de las salas.

El acomodador los acompañó a sus lugares, para toparse con la sorpresa de que Ezra hubiera escogido butacas dobles, por lo que entre ellos no había ni reposabrazos ni ninguna barrera que determinara dónde iba uno y dónde el otro.

Se obligó a no analizar lo que eso suponía. Después de todo, él solo había hablado de amistad, y ella misma no estaba segura de lo que sentía o quería de su incipiente relación.

Tomaron asiento y Ezra se ofreció para ir a comprar palomitas y algo para beber. Aunque Blair sabía que no iba a poder comer nada, trataba de no parecer ansiosa, por lo que aceptó y se quedó sola en la sala.

Aprovechó para sacar el teléfono de su bolso con la idea de silenciarlo. Iba a guardarlo, pero Ezra todavía no había vuelto y la conversación que había mantenido con sus amigas el viernes la llevó a hacer una tontería. Abrió una aplicación azul, que no había usado prácticamente nunca, y tecleó un nombre en el buscador: Ezra Sackler.

El buscador no encontró a nadie con ese nombre.

—¡Maldito Facebook! —se quejó molesta.

Tras los comentarios de Connie, había esperado poder enterarse de si Ezra era de los que borraban las fotos de sus ex o de los que las guardaban. Lamentablemente, había resultado, al igual que ella misma, una de esas rarezas que no usaba la red social.

Unos minutos después, este regresó con las palomitas y las bebidas y Blair se dio cuenta de que ni siquiera había mostrado interés en cuál era la película que iban a ver.

La cinta era un filme independiente que trataba sobre un matrimonio que se planteaba, cada uno por su parte, si valía la pena seguir casados. La protagonista incluso llegaba a tener una aventura

con un colega.

En un momento dado, las escenas dramáticas de peleas y conflictos cambiaron. Y la acción en la pantalla cambió siendo lo bastante erótica como para que Blair se imaginara siendo besada. Hacía tanto tiempo que nadie la había besado, pensó. Y un suspiro escapó de sus labios. No se movió, preocupada porque Ezra lo hubiese escuchado. Sintió el calor de la vergüenza y el deseo amontonarse en sus mejillas.

«¡Soy lamentable!», se quejó. Y es que, en algunas ocasiones, más que el sexo en sí, lo que anhelaba eran los besos...

Avergonzada por la escena y por sus propios pensamientos, apartó la mirada de la pantalla y por instinto giró la cabeza para mirar a Ezra.

Este la estaba mirando, o quizá no la miraba a ella directamente sino a su boca. Como respondiendo a su mirada, se humedeció los labios y los dejó entreabiertos. Él se la quedó mirando largos segundos sin parpadear, para, rápidamente, incorporarse en el asiento y acercarse más a ella. Después, con un gesto rápido, pero tierno, le cogió la cara entre las manos y tiró de ella hacia él, cubriéndole los labios con su propio beso.

De repente, la sala se quedó en silencio, o esa fue la percepción de Blair, ya que lo único que podía escuchar eran sus propios latidos... Lo único que le recordaba que la tierra aún giraba y que el tiempo no se había detenido con la pasión de sus bocas.

—Sigues sabiendo igual de bien —musitó Ezra cuando se separaron, pegando su frente a la de ella—. Eso no ha cambiado.

Capítulo 26

Blair se apartó en cuanto recobró la capacidad para pensar. Los amigos no se besan, se dijo. Ezra no trató de retenerla y tampoco hizo ningún comentario, simplemente se dio la vuelta y siguió mirando la pantalla.

Ella por su parte fue incapaz de encontrarle sentido a las escenas que se desarrollaban frente a ella. Los amigos no se besan, se repitió. No seas ridícula ¡Deja de engañarte! ¿Qué necesidad tienes de ser su amiga? Deberías limitarte a ser lo suficientemente educada como para trabajar con él cuando se diera el caso y nada más.

«¿Estás tratando de escudarte en la amistad porque no quieres aceptar que sigues enamorada de él?», se cuestionó a sí misma.

La gente normal no es amiga de sus exparejas. Y él, ¿por qué hace esto? ¿Solo porque se siente culpable de lo que te hicieron sus padres? La idea de que lo único que lo moviera a estar con ella fuera la culpabilidad hizo que su pecho se sintiera pesado.

La película siguió su curso, aunque ella fue incapaz de seguirla. Cuando comenzaron a aparecer en pantalla los títulos de crédito, Ezra se levantó ofreciéndole la mano para que ella hiciera lo mismo. Sin embargo, Blair no la aceptó, temerosa de su propia reacción y se levantó por sí misma.

—Tengo hambre. ¿Qué te parece un japonés? —preguntó mientras salían de la sala.

—¿Cena? Pensaba que solo habíamos quedado en ir al cine —protestó Blair, quien se debatía con las emociones que la velada había despertado en ella.

Él sonrió.

—Puede que no lo sepas, pero los amigos también cenan juntos.

Blair sabía que lo había dicho como una broma, para quitarle importancia al asunto, pero ella lo sintió de otro modo. ¿Por qué tenía que mencionar la palabra amigos en cada una de sus frases? ¿Estaba tratando de marcar distancias? Y si era así, ¿por qué la había besado?

—Gracias por la aclaración —habló en tono irónico—. Si no llegas a decírmelo nunca lo hubiera sabido.

Su sonrisa se transformó en una carcajada, tan sexy que Blair tuvo que apartar la mirada de él.

—Japonés, entonces —confirmó sin dejar de sonreír.

La decoración del restaurante en el que entraron era la típica de cualquiera de esas características: suelos de madera, mesas y muebles bajos, colores neutros... Lo único destacable eran los dos murales que cubrían ambas paredes, con una geisha a un lado y un samurái al otro.

Se sentaron en una mesa en el comedor porque las habitaciones privadas estaban reservadas, y aunque una parte de Blair lamentó que fuera así, otra más práctica se alegró. Era mucho más fácil tratar con Ezra si estaba en una sala llena de gente que en un espacio pequeño con solo ellos dos.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó él ojeando la carta.

—Me da igual. Ya sabes que me gusta todo.

Él sonrió con amabilidad y cuando se acercó la camarera pidió una variedad de *Sushi*, *Nigiris* y *Makis* para ambos, así como *Okonomiyaki* y *Tonkatsu*.

—¿Qué te ha parecido la película?

Blair tardó unos segundos antes de responder, puesto que, aunque había sido consciente de esta

durante la primera parte, tras el beso apenas se había enterado de nada de lo que sucedía en la pantalla.

—Me ha parecido un pelín dramática —respondió tratando de no descubrirse.

Ezra asintió.

—Supongo que es más o menos lo que ves cada día en el trabajo —comentó aludiendo a que se dedicara principalmente a los divorcios.

—Exacto, por eso cuando voy al cine trato de ver cosas divertidas que me ayuden a desconectar.

Consciente de la crítica él sonrió.

—Entendido. La próxima vez escoges tú.

«¿La próxima vez?», pensó Blair. «¿Significa esto que quiere que nos sigamos viendo? ¿De verdad va a llevar esto de ser amigos tan lejos?».

—¿Por qué divorcios? —interrogó de repente sacándola de sus pensamientos.

—¿Disculpa?

Ezra modificó la pregunta para que esta fuera más clara.

—¿Por qué elegiste especializarte en divorcios?

—Nosotros mejor que nadie sabemos lo que significa un divorcio —confesó sin entrar en detalles—, así que decidí que ayudar a otras personas a pasar por él sin dramas no solo era una buena acción, sino un modo de vida —añadió con una sonrisa para huir del dramatismo—. Ya sabes, el karma.

—¿Tan horrible fue?

Ella asintió.

—Lo siento.

—No es tu culpa, ya te lo he dicho.

—Aun así, fue mi familia.

Ella no lo negó.

—¿Y cómo están tus padres? El año pasado me enfrenté a tu padre en varios juicios, pero desde entonces no he vuelto a coincidir con él.

—Dime que le ganaste —pidió Ezra muy serio.

—¡Por supuesto!

Aunque no sonrió, Blair se dio cuenta de que parecía complacido, lo que la desconcertó. Puede que Elijah Sackler fuera una persona poco amable, pero no dejaba de ser su padre.

—¡Bien hecho! Mi padre necesita algunas dosis de humildad.

—¿Va todo bien entre vosotros? —Sentía que la pregunta estaba fuera de lugar. No tendría que estar preguntándole algo tan personal, ya no tenía derecho a hacerlo, pero había sido él quien había insistido en que eran amigos.

—Lo cierto es que apenas tengo relación con mis padres.

—¡Lo siento!

—No tienes por qué, es lo mejor. Me llaman cuando necesitan de mi presencia en algún evento o reunión familiar, pero rara vez acepto. Si lo hago es por mi primo, no por ellos.

Blair pensó en el hermano de Sasha y comprendió que Ezra accediera por él. Benjamin Sackler, era mucho más que un buen tipo. Aunque no había tenido trato con él tras el divorcio, no podía olvidar su amabilidad mientras estuvo con Ezra. Él y Sasha fueron las dos únicas personas que la aceptaron de corazón.

La comida llegó y el tema de conversación se centró en ella.

Siguieron hablando y compartiendo experiencias hasta que Blair trató de sacar un tema con disimulo:

—Y George, ¿sale con alguien? —interrogó mientras asía un pedazo de *sushi*.

Ezra frunció el ceño, no muy seguro de por qué quería saberlo.

—No, que yo sepa. ¿Te interesa mi socio? —Su tono de voz susceptible junto con la pregunta, hizo reír a Blair.

—No, más allá de que es mi amigo —explicó—. Es por una de mis amigas —improvisó.

—¿De veras? ¿Quién?

—La rubia menuda —dijo con rapidez.

Ezra arrugó la nariz antes de responder.

—No creo que sea el tipo de George.

—¿Qué quieres decir? Creía que Chloe era el tipo de todos los hombres.

—No de todos —contestó enigmático.

No quiso preguntar más, para no levantar suspicacias, por lo que dejó correr el tema.

—Y tú, ¿cuándo tienes previsto dejar de ver al tipo con el que quedas?

—¿Perdona?

Ezra se encogió de hombros antes de hablar.

—Está claro que no te gusta. Al menos no para tener una relación seria con él.

—¿Cómo lo sabes?

—No estarías aquí conmigo si fuera de otro modo.

—Esto es una cita de amigos.

—¿Existe eso? Creía que ambas palabras se oponían por definición: cita y amigos. —Sacó los dedos índice y corazón y los movió para dar dramatismo a sus palabras.

—Por supuesto que existe. Solo tienes que mirarnos a nosotros —zanjó metiéndose el *sushi* a la boca.

—Buenas noches, Blair. —Se despidió Ezra acercándose a ella y dándole un casto beso en la mejilla.

Creyendo que sus labios iban a posarse en otro lado, había cerrado los ojos, pero cuando sintió el cálido aliento en su rostro los abrió de prisa sintiéndose estúpida.

—Buenas noches. —Correspondió ella dándose la vuelta para entrar en casa.

Una vez dentro, se deshizo de los zapatos, como era su costumbre, y se dejó caer en el sofá, incomodando a Donatello, quien hasta el momento había sido dueño absoluto del mueble. Aun así, ni animal ni dueña tenían previsto ceder el espacio al otro, por lo que se acoplaron entre ellos.

—No ha dicho nada de volver a vernos —contó Blair, pero Donatello se mantuvo impasible con sus ojos cerrados manteniendo su posición en el sofá—. ¿Crees que lo hace para ponerme nerviosa? ¿O es porque no está interesado? Y si no lo está, ¿por qué ha sido tan insistente en la cena? Tal vez la culpa era suya por haber sido tan tajante.

—¿Crees que el beso le ha parecido malo? —preguntó de repente, preocupada porque fuera así. Después de todo, hacía mucho tiempo que no besaba a nadie. Tal vez, al perder la práctica, había empeorado...

Como era de esperar, no hubo respuesta.

Bufó, molesta consigo misma por tratar de hablar con un gato, y se levantó para ponerse el pijama y desmaquillarse.

Iba a entrar en su dormitorio, cuando su teléfono sonó. Ilusionada con que fuera Ezra, salió

disparada en busca de su bolso y lo sacó a toda prisa para responder.

Le hizo una mueca al teléfono móvil antes de descolgar:

—¡Hola! —saludó sin alegría.

—¿Hola? —preguntó la voz de Mike—. ¿Me envías a la muerte y eso es todo lo que tienes que decir? ¿Hola?

—No seas dramático. ¿Qué muerte? ¿De qué hablas?

—De la cena con mi madre. ¿De qué más iba a ser?

Capítulo 27

El lunes pasó sin nada significativo y a este le siguió el martes en la misma tónica. La semana se plantó en el miércoles y Blair todavía no había recibido ninguna llamada de Ezra, no tanto así de Dante, con quien cenó la noche anterior y al que terminó por confesar que estaba interesada en otra persona, sorprendiéndose a sí misma más que a su cita.

No podía negar que desde que regresó de Boston, fue consciente de que estaba en la misma ciudad que Ezra, como tampoco podía negar que lo había visto lo suficiente como para saber algunas cosas de él, lo que indicaba que había prestado más atención de lo normal. Sin embargo, se había dicho a sí misma que se trataba de mera curiosidad, nada más profundo. En su afán por autoengañarse había disfrazado sus sentimientos de tensión sexual no resuelta. Se rio ella sola en su despacho. ¿Cómo podía habérselo creído Sasha cuando le dijo semejante tontería?

Fuera como fuera, Dante había tomado su mano con una encantadora sonrisa y había logrado que se sintiera mejor.

—Supe desde la primera noche que ya tenías a alguien en tu corazón. ¿Por qué te crees que no me he permitido enamorarme de ti? —comentó con galantería.

Ella rio encantada con su carácter. Era un hombre excepcional, no podía más que agradecerle a Gina por habérselo presentado. Si Ezra no hubiera llegado antes a su vida, estaba segura de que habría podido quererlo.

—¿De veras? ¿Tanto se nota?

Él asintió.

Ni ella misma había sido consciente de sus sentimientos, o había evitado serlo, acabó por reconocerse.

—Supongo que todavía podemos ser amigos —pidió Dante con la misma sonrisa encantadora de siempre.

—Por supuesto. Me gusta mucho la idea de ser tu amiga.

Él aprovechó la oportunidad para cambiar la sonrisa por una expresión lastimera que la hizo sonreír adivinando lo que iba después.

—Como amigo, ¿puedo pedirte un favor?

Blair sonrió divertida por su picardía. Acababa de darle la vuelta a la tortilla con mucho estilo, tuvo que reconocer.

—¡Adelante!

—¿Serás mi pareja en una fiesta a la que he de acudir este sábado por la tarde? Tenía previsto invitarte, por lo que no tengo otra pareja.

Blair no protestó, aunque sabía que Dante era el tipo de hombre que podía llamar a cualquier mujer de su, seguramente, amplia agenda, y que todas aceptarían encantadas su invitación. De modo que el que quisiera ir con ella tenía que ser más por su madre que por la necesidad.

—Te acompañaré.

—Gracias. —Volvió a tomar su mano y le besó la palma—. Será en el Marina Yacht Harbor. ¿Te va bien si te recojo a las cuatro?

Blair asintió.

El Marina Yacht Harbor era uno de los puertos deportivos más elitistas de San Francisco. Sin embargo, tras aceptar, no podía retractarse.

Parpadeó, con la intención de dejar de divagar y centrarse en el trabajo que tenía pendiente, al que, inesperadamente, se le había sumado otro más que Mike le había pedido que llevara por él. No era la primera vez que se pasaban casos. No obstante, sí que era la primera vez que Mike evitaba uno de ellos solo porque era George Turner el abogado de la otra parte.

Por muchas ganas que había tenido de preguntarle, dejó correr el tema y decidió esperar a que su amigo se sintiera con ganas de abrirse a ella.

En las últimas semanas, Blair había terminado por descubrir que lo único que Mike le había escondido, o el único tema que había evitado tratar con ella a lo largo de su amplia amistad, estaba relacionado con George.

Aun así, Mike le había contado lo imprescindible para que supiera que, si bien su relación con Ezra era de años, la de Mike y George no se quedaba atrás.

El teléfono móvil de Blair comenzó a sonar encima de su mesa, por lo que apartó la mirada del ordenador, en el que estaba escribiendo una propuesta de régimen de visitas parentales. Tardó más de lo habitual en responder porque el número que aparecía en pantalla era desconocido para ella, lo que la hizo dudar acerca de si debía o no responder:

—¿Dígame? —dijo, finalmente.

—Hola, Blair.

Con solo dos palabras fue capaz de reconocer a su interlocutor. Después de todo, conocía al milímetro cada parte de él, incluida su voz.

—Hola —respondió con aparente calma.

Y tampoco era que no hubiera estado esperando su llamada o que no esperara que él consiguiera su número privado. Aun así, que lo hubiera hecho, le produjo una sana satisfacción. ¿Se lo habría pedido a Sasha?

—¿Qué tal todo? —siguió él, sacándola de sus pensamientos.

—Trabajando. Como siempre.

La risa de Ezra le llegó a través de la línea, ronca y muy sexy.

—En realidad te llamo por ese tema —explicó apagando un poco la emoción de Blair.

—Tú dirás en qué puedo ayudarte.

—Parece que hemos vuelto a coincidir y que eres la representante legal de Emilio Santos.

—Así es. Adivino que tú representas los intereses de su esposa.

Dos veces en menos de un mes, pensó. En cuatro años no había coincidido una sola vez con él en una demanda de divorcio y ahora parecía imposible no hacerlo. ¿Pretendía hacerle la competencia?

—Sí —siguió hablando él—, por ello creo que sería interesante que nos viéramos y tratáramos de llegar a un acuerdo. Tengo la sensación de que esto va a terminar en la sala del tribunal.

Blair también pensaba lo mismo. Aun así, preguntó:

—¿Te refieres a vernos con nuestros clientes?

—No. Creo que sería más cómodo para todos que primero tratáramos el tema nosotros.

Blair no comprendía la petición. Después de todo, ellos no podían tomar ninguna decisión sin el consentimiento previo de sus clientes. Y en el caso de los Santos, estaba de acuerdo con Ezra. Ella también aventuraba que la separación iba a terminar en el juzgado porque ambos peleaban por la custodia de sus hijos y ninguno parecía dispuesto a ceder.

—He pensado que si nosotros logramos ponernos de acuerdo, quizá podamos aconsejarles para que las cosas sean lo menos traumáticas para los niños.

Tenía sentido, decidió.

—De acuerdo, ¿vienes tú aquí o voy yo a tu oficina? —ofreció.

Él tardó unos segundos en responder.

—En realidad estaba pensando en algo menos formal. El domingo cenamos en un japonés, ¿qué te parece si en esta ocasión cenamos mi comida favorita?

—¿Pizza?

Él rio de buena gana.

—¿Qué tiene de malo la pizza?

—Nada.

—¿Entonces?

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—¿Estás libre esta noche?

—Sí, nos vemos en el Piccoli a las seis —aclaró por si le quedaba alguna duda—, la que está en Little Italy.

—¿Dónde? Vamos, Blair, eres cruel —protestó—. Gina Brambilla me odia.

—Es posible, pero no te preocupes. Es la dueña de una cadena de restaurantes. No se pasa la vida allí —dijo muy seria a pesar de que era una completa mentira.

Gina había delegado en Mike y en Blair la mayor parte de los asuntos relacionados con los restaurantes, al menos los legales, y estos, a su vez, habían contratado a un gerente que se ocupaba de la parte que ellos no eran capaces de controlar, por lo que Gina era libre de hacer lo que quisiera con su tiempo, lo que la llevaba cada día al restaurante de Little Italy en el que había comenzado todo.

—¿De acuerdo! ¿Te recojo en la oficina?

—Mejor nos vemos allí. Esto no es una cita de amigos —espetó maliciosa—. ¡Es trabajo!

Capítulo 28

Ezra acababa de colgar de su llamada con Blair, cuando la puerta de su despacho se abrió de golpe y por ella apareció un George muy malhumorado.

—¿Cómo es eso de que tienes prioridad para aceptar los casos de divorcio? —espetó este entrando en la oficina de su socio como un tornado—. ¿Desde cuándo te interesan?

Hacia más de cinco años que habían montado su bufete y en todo ese tiempo Ezra siempre había huido de los clientes que buscaban que alguien les representara en su divorcio. En esas ocasiones, había sido George quien se hacía cargo. Y como no era habitual que buscaran sus servicios para ese fin, se habían organizado bastante bien. Años más tarde, tratando de abrirse a otros campos, contrataron a James. Y ahora, solo porque había descubierto que Blair era la mejor abogada de divorcios de San Francisco, Ezra había decidido ocuparse él mismo de los clientes a los que antes había rehuido.

De haber sabido que algo así sucedería, no habría orquestado con Mike que ambos se enfrentaran en la separación de los Walton. Era gracias a ellos que ambos se habían encontrado tras tanto tiempo.

—Buenos días para ti también —saludó Ezra también de mal humor.

¿Cuántas veces había dicho lo mucho que le molestaba que irrumpieran en su despacho sin avisar? Si no fuera porque su conversación con Blair había ido muy bien, ya estaría gritándole a Alice para regañarla por permitir que George se colara en su despacho sin aviso previo.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, George replicó achicando los ojos.

—Alice no está. Por eso he entrado —expuso, aunque era una excusa. No importaba que la secretaria estuviera o no en la puerta, igualmente hubiera entrado y montado un escándalo para protestar por sus derechos.

Ezra gruñó en respuesta, pero no protestó, lo que dio pie a su socio a seguir con su discurso.

—¿Por qué acabo de enterarme por James de que te has quedado con mi cliente? Era yo quien iba a hacerse cargo del divorcio de Regina Santos —reclamó molesto.

—Pensé que no te importaría que me ocupara de él. —Se defendió Ezra quitándole importancia al asunto—. Estás más saturado de trabajo que yo.

George bufó.

—¿Desde cuándo estás interesado en colaborar con Mike Goldman?

—¿Quién?

—Ni siquiera sabes que es Mike, de Miller & Goldman, quien se va a ocupar de llevarlo y, aun así, tratas de quitármelo. Creía que lo odiabas.

Ezra le lanzó una mirada molesta.

—¿Estás haciendo esto por Blair? ¿No tienes bastante con perseguirla fuera del trabajo? ¿Ahora también vas a hacerlo en horario laboral?

Ezra trató de calmarse antes de responder. Normalmente, George era un tipo tranquilo. No había nadie como él para mediar paz en cualquier discusión. El problema era que esa mañana se estaba comportando como un idiota.

—Si todo esto es por Blair no va a haber suerte, porque ella no es la abogada del señor Santos. Así que no estaba al tanto del cambio de poderes, adivinó Ezra.

—Siento contradecirte, pero el representante legal del señor Santos no es Mike. Eres tú el que

está equivocado.

El desconcierto se plasmó en la cara de George. La semana anterior había hablado con su colega para llegar a un acuerdo con el tema de la custodia de los niños, que, aunque no había sido productivo, era un buen comienzo para llegar a un punto común.

—Será Blair la que se ocupe, y no Mike.

—No puede ser... ¿Cómo lo sabes?

—Mary Jane se lo contó a Alice y ella me lo ha dicho a mí. ¿No has hablado con tu secretaria?

—Acabo de llegar, estaba en el juzgado —respondió de mala gana.

—Al parecer, ayer a última hora llegaron los documentos de los niños y la persona que aparecía era Blair, y no Mike —explicó—. Además, te lo puedo confirmar porque acabo de hablar con ella y sé con seguridad que es la encargada de los asuntos de Emilio Santos.

George no declaró nada porque estaba tratando de digerir lo que su socio le acababa de contar. Tal vez Mike le había pasado el caso a Blair porque estaba muy saturado. Que lo hiciera no significaba nada, siempre y cuando lo llamara para decírselo. Después de todo, entre ellos ya habían comenzado las negociaciones. Era mera cortesía profesional.

—¿Has tenido algún problema con él?

El abogado lo fulminó con la mirada antes de responder airado.

—¿Qué problema iba a tener con él? Ni siquiera somos amigos para que haya algún problema.

—Si tú lo dices —aceptó Ezra ganándose otra mirada airada.

—No me gusta tu tono —dijo molesto.

Ezra juntó las palmas de sus manos delante del pecho y esbozó una sonrisa de disculpa.

—George —llamó cuando este se dio la vuelta para marcharse—, ¿estás viendo a alguien?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? —¿Cómo su mejor amigo tenía que preguntarlo?

¿Acaso no conocía la respuesta de antemano?

—¿Cuándo fue la última vez que saliste con alguien? Ni siquiera lo recuerdo.

—Tus preguntas se están volviendo cada vez más absurdas. ¿A qué vienes esto?

—Blair me preguntó la otra noche — dijo del modo más natural.

—¿Por qué te preguntaría algo así?

Ezra arqueó una ceja.

—Tú sabrás —y añadió, tras una pausa en la que ninguno de los dos rompió el silencio, ni George se movió de donde estaba—: ¿De qué tienes miedo?

La pregunta descolocó a su amigo.

—¿De qué hablas? No tengo miedo de nada.

Ezra ignoró su poco convincente respuesta.

—Vivimos en San Francisco, aquí prácticamente todo es legal. Y si no lo es, somos abogados. —Bromeó para disipar la tensión.

La sociedad de San Francisco era de mente abierta, donde el matrimonio entre personas del mismo sexo no solo estaba legalizado, sino que sus habitantes veían como lo que era, algo normal. La marihuana también se permitía para fines recreativos y la gente iba por la calle fumando sin temor a terminar entre rejas.

Por lo que los temores de George estaban, a ojos de Ezra, infundados.

Eso sí que no se lo esperaba, pensó George, quien se quedó parado sin saber qué responder. ¿Estaba su amigo dándole a entender que sabía acerca de sus dudas?

—No le temo a nada —aseguró finalmente—. Tal vez un poco al ridículo —admitió.

Tras semejante respuesta, abrió la puerta del despacho y se marchó, perdido en los problemas

que ya le quitaban el sueño y en los que acababa de descubrir que tenía.

George entró en su despacho tras fulminar con la mirada a la pobre Mary Jane, quien parecía no comprender el estado de ánimo de su jefe, y se sentó frente a su escritorio.

Si Mike lo llamaba para comentarle que había pasado el caso a su colega, significaría que todo estaba bien entre ellos. Sin embargo...

El domingo, Mike no había acudido al gimnasio como cada semana y, aun así, cuando abrió su taquilla se había topado con la chaqueta que el sábado por la mañana había dejado olvidada en su casa... Inicialmente supuso que le había pedido al conserje que le abriera para dejarla, porque no habían coincidido, aunque en esos instantes se planteaba que quizá lo que estuviera haciendo fuera evitarle.

Se frotó las sienes para calmar un incipiente dolor de cabeza. ¿Qué se suponía que debía hacer en una situación como esa?

Capítulo 29

Cuando Blair llegó al restaurante Piccoli, se topó con Ezra parado en la puerta, enfrascado en mirar su teléfono móvil.

Con una sonrisa de diversión, se acercó hasta él para saludarlo, adivinando los motivos por los que no había entrado.

—¿Qué haces aquí fuera? —inquirió sin poder disimular su sonrisa.

—Esperarte.

—¿Por qué no has esperado dentro, en una mesa? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—No soy tan valiente como para entrar solo en la boca del lobo.

Blair no pudo soportarlo más y estalló en carcajadas. Por lo visto, Gina tenía el don de hacer que hombres adultos e inteligentes se volvieran críos temerosos cuando estaban cerca de ella. Y si alguien lo dudaba, tan solo tenía que mirar a Mike y a Ezra para confirmarlo.

—¡Vamos! Yo te protegeré. —Se burló.

—¿Lo prometes?

Blair se puso muy seria, siguiéndole la broma.

—Te doy mi palabra de que no dejaré que la bruja mala te coma.

Sonriendo, entraron en el restaurante y se toparon de pleno con Gina, quien por lo visto llevaba unos minutos monitoreando a Ezra. Por lo que Blair pudo adivinar, lo había visto a través de los grandes ventanales, y aunque le llamó la atención que no se decidiera a entrar, imaginó que el asunto tenía que ver con Blair.

Por ese motivo, había llamado a Mike para informar a su hijo de que debía de estar listo para aparecer por allí si la ocasión lo requería. Este, que la conocía de sobra, había respondido afirmativamente, consciente de que su madre no le hubiese permitido colgar hasta que accediera a su pedido.

Fuera como fuera, Gina se plantó frente a ellos en cuanto cruzaron el umbral.

—¿Dónde está Dante? —preguntó sin preocuparse porque Ezra estuviera delante.

—¡Hola, Gina! —Blair se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Esta noche voy a cenar con él. —lo señaló con una sonrisa.

Gina estuvo a punto de preguntar por qué, pero se detuvo a tiempo.

—Buenas noches —la saludó Ezra muy formal.

—Gina, te acuerdas de Ezra, ¿verdad?

—Por supuesto que me acuerdo —contestó altiva—. Ni que estuviera senil.

Ezra sonrió ante las palabras de la mujer.

—Señora Brambilla, está usted tal y como la recordaba. Parece que por usted no pasan los años. —Usó su tono más encantador.

Gina sonrió, a pesar de sí misma. ¡Maldición! Era demasiado encantador y había dicho justo las palabras correctas, cómo iba a ser grosera con él siendo tan educado.

—Gracias, *caro*. Por favor, acompañadme. Os voy a dar la mejor mesa.

—Gracias, Gina.

—Eres de la familia, *cara*. No podría ser menos —respondió ella.

Una vez que estuvieron acomodados, le hizo un gesto a Eva, quien se acercó con dos copas de vino, detalle que la casa tenía con sus mejores clientes, y se retiró de allí con bastante más discreción de la que hacía gala habitualmente.

—¿Quién es Dante? —preguntó Ezra en cuanto se quedaron a solas.

—Un amigo.

—¿Traes a todos tus amigos aquí? —Había cierto deje de enfado en su voz, pero Blair no estaba segura de que no fueran imaginaciones suyas.

—Por supuesto. Me interesa mucho la opinión de Gina.

Ezra gruñó molesto.

¡Maravilloso! Si eso era cierto, estaba acabado. La madre de Mike lo odiaba, y al parecer prefería al tal Dante, que por el nombre debía ser también italiano.

Lo que él desconocía era que, tras acomodarles, Gina había llamado a su hijo para informarle de que no iban a ser necesarios sus servicios como guardaespaldas porque al parecer, con los años, Ezra Sackler había mejorado no solo en apariencia sino en educación y saber estar.

Mike se mordió la lengua para no reírse y aprendió a reconocer el valor de un piropo bien dado.

—¿Crees que me odia profundamente?

—No. —Rio Blair—. Gina no es de ese tipo. Es solo sobreprotectora conmigo.

El comentario hizo que la expresión de Ezra se volviera más seria y circunspecta.

—De tal palo tal astilla —murmuró pensando en Mike.

Ella le ofreció una sonrisa cálida antes de responder.

—Ambos son familia. Es lógico que se preocupen por mí.

—Te prometo que no voy a hacerte daño ni a permitir que nadie te lo haga —anunció con una seguridad absoluta.

—Esa es una promesa muy arriesgada. No vas a poder evitar que otras personas me lastimen.

—Lo haré.

Ella rio, divertida y encantada por su interés.

—¿Y cómo piensas lograrlo? ¿Vas a pegarte a mí veinticuatro horas al día?

—¡Me gusta la idea!

—¿Estás coqueteando conmigo? —inquirió Blair entrecerrando los ojos—. ¿Qué te ha pasado?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, la primera vez que nos vimos peleaste conmigo.

Él la interrumpió.

—No fue una pelea. Trataba de defender los derechos de mi cliente.

—Si tú lo dices... En cualquier caso, la segunda vez que nos vimos hablaste de ser colegas, y la posterior a esa, de amistad. Y ahora coqueteas. —Aunque su discurso tenía un cariz de broma, lo que estaba diciendo era completamente cierto—. Tengo la sensación de que no sabes lo que deseas y andas lanzando disparos al aire.

—Sé perfectamente qué es lo que deseo. Y si no ando muy mal de memoria, la segunda vez que nos vimos anuncié a cualquiera que quisiera escucharlo que éramos marido y mujer.

—Más bien exmarido y exmujer —aclaró ella.

—Sea como sea, mis cambios de discurso se deben solo a una única razón.

Blair sabía que la curiosidad mató al gato. Aun así, quería que Ezra aclarara su respuesta.

—¿Qué razón? —No pudo evitar preguntar.

—Que no deseo asustarte todavía.

Tanto la respuesta como el modo en que la miraba descolocaron a Blair, por lo que creyó oportuno dejar el tema y centrarse en el motivo que los había llevado hasta allí esa noche.

—Creía que estábamos aquí para hablar del divorcio de los Santos.

—Eso era una excusa y lo sabes.

—¿Excusa?

Él asintió, pero no pudo decir nada más porque el camarero se acercó a ellos para tomarles nota. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que habían estado tan ensimismados el uno con el otro que ni siquiera habían mirado la carta. Eso no era un problema para Blair, que sabía perfectamente los platos que la componían, pero no era lo mismo para Ezra.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó mirándola con intensidad—. Pide por mí, por favor.

El pulso de Blair se aceleró y se le secó la boca. Alargó la mano y tomó su copa de vino antes de decirle a Marco lo que iban cenar.

—Espero que llegue el día en que pueda invitarte a salir sin tener que poner excusas tontas — anunció Ezra inesperadamente cuando volvieron a quedarse a solas.

—Entonces, ¿lo de ser amigos era una excusa?

—Solo una parte lo era —respondió enigmático.

—¿Vas a hacer que te pregunte cuál? Esta noche me está costando hacerte hablar.

Él sonrió pícaro.

—La parte de querer conocerte es auténtica. Quiero saber lo que me he perdido en estos seis años.

Ella le ofreció una pequeña sonrisa.

—Han pasado muchas cosas. ¿Vas a tener tiempo para escucharlas?

—Para ti, siempre.

—¡Vaya! Eso suena intenso. No te recordaba de ese modo.

—¿Y cómo me recuerdas? ¿Qué es lo que echaste de menos de mí? Si es que echaste algo de menos —apeló rogando cumplidos.

Una serie de imágenes eróticas invadieron la mente de Blair logrando que se ruborizara. Apartó la mirada para evitar que él se diera cuenta de su reacción.

—No recuerdo mucho —dijo sin alzar la mirada—, ha pasado demasiado tiempo.

En lugar de sentirse molesto u ofendido por la respuesta, hubo una sonrisa en sus palabras cuando respondió:

—En ese caso estaré encantado de recordarte todo lo que hayas olvidado.

Las mejillas de Blair aumentaron su rubor, y Ezra ya no pudo contener más sus carcajadas.

Capítulo 30

El viernes, en cuanto terminó la clase de yoga, Jessica propuso que repitieran como la semana anterior y que invitaran a los chicos a unirse a ellas.

Después de todo, ni Avery, que tenía a los gemelos con fiebre, ni Chloe, que había ido a pasar el fin de semana a casa de sus padres por su aniversario de bodas, habían acudido a clase, lo que había hecho que el grupo disminuyera.

—¿No crees que ya tendrán planes? —inquirió Blair.

Sabía que Ezra había quedado con George para tomar una copa después del trabajo, porque desde la cena que habían compartido en el Piccoli, se mensajeaban cada día y se llamaban bastante a menudo; pero decir que no estaba ocupado implicaría dar demasiadas explicaciones a sus amigas, y las cosas eran todavía inciertas entre ellos como para airear su acercamiento.

—Podemos probar —insistió Jessica.

—Ocúpate de Mike y yo llamaré a Ezra —ofreció Sasha.

—¡Genial! —Aplaudió Jess.

—¿Y dónde iremos hoy? —intervino Connie.

—Donde sea, yo no puedo beber —apuntó Blair.

—¿Por qué? —preguntó Sasha con curiosidad.

—Ya te lo dije. Mañana voy con Dante a una fiesta. No quiero tener resaca y amanecer hinchada.

—Entonces tú serás la encargada de los taxis esta noche —sentenció Jess.

La abogada asintió y sacó el teléfono para llamar a su amigo.

Inicialmente Mike se negó a ir. Primero puso la excusa de que estaba tomándose una copa con Lynn Hawthorne, una colega amiga de ambos, pero esta no se sostuvo porque Lynn era madre reciente y nunca se quedaba más tarde de las diez.

—Puedes venir cuando ella se marche a casa.

Mike resopló.

—¿Quién va a estar?

Blair la pilló al vuelo.

—Mike, eres un adulto. No actúes como un crío y ven conmigo esta noche. —Usó una baza infalible—. Como mi mejor amigo, te necesito.

A regañadientes, aceptó, y cuando las chicas llegaron al bar seleccionado para esa noche, Ezra, George y Daniel, a quien nadie esperaba, ya estaban allí.

Mike tardó un poco más en aparecer, pero cuando lo hizo fue recibido con el incansable entusiasmo de Jessica.

El local pretendía emular la estética de una cárcel: espacios amplios y de mobiliario minimalista, luces blancas que se activaban con el movimiento, paredes de piedra y rejas. Blair no pudo más que felicitar a Jessica por ser capaz de sorprenderla cada semana con locales más y más impresionantes.

A pesar de que había nacido y vivido en San Francisco, Blair nunca había visitado Alcatraz, pero estaba segura de que el bar de esa noche pretendía con su estilo homenajear a la mítica cárcel.

No obstante, su interés en lo que la rodeaba quedó eclipsado con la aparición de Ezra, quien,

hasta ese momento había estado hablando con sus amigos. Con una sonrisa sexy, se sentó en la silla vacía a su lado.

—¿Qué bebes? ¿Quieres otra? —ofreció con una sonrisa y un roce casual de su mano en la rodilla.

—Es un refresco. Esta noche no beberé alcohol.

—¿Te sientes mal?

Negó con la cabeza.

—Mañana voy a un evento con un amigo. No quiero tener resaca.

Ezra arrugó el ceño.

—¿Con Mike?

—No. Con Dante.

—Entiendo —musitó él, apartando la mirada de ella.

Blair puso su mano sobre su brazo para que se girara.

—Es solo un amigo. No tenía a nadie que lo acompañara y me pidió ayuda. No puedo negarme.

—¿Qué clase de amigo es?

—¿Cómo dices?

—¿Es un amigo como yo o como Mike? —preguntó muy serio.

Blair lo pensó unos segundos antes de responder.

—No es un amigo como tú, y tampoco lo es como Mike. Es un amigo como George o, al menos es al que más se acerca.

—De acuerdo. Eso puedo aceptarlo.

Ella lo miró con fijeza, no muy segura de decir lo que estaba pensando o dejarlo correr.

Como si supiera lo que pasaba por su mente, él la instó a hablar.

—¿Qué sucede?

—El miércoles no hablaste de amistad y ahora vuelves a hacerlo. Me confundes.

Ezra la miró en silencio unos largos segundos antes de inclinar la cabeza y besarla con la boca abierta. Sabía a bebida dulce.

Blair le devolvió el beso, olvidándose por completo de dónde estaban. La barba incipiente de Ezra le escoció en la mejilla. Sus dientes chocaron con los suyos, sus brazos rodearon su cuello... Y su mente y sus sentidos se llenaron con el aroma del hombre que la estaba sosteniendo.

Los aullidos de sus amigos la hicieron volver a la realidad, por lo que se separó de él a regañadientes. La mirada que Ezra le devolvió aún era más intensa que la suya propia, lo que le devolvió un poco la cordura.

—¿Te lo he aclarado ahora o necesitas más argumentos?

Blair enrojeció y ocultó su cara en el hueco su cuello. Podía escuchar las risas de sus amigos tras lo que acababa de suceder. Incluso Mike, que siempre era tan protector con ella, parecía complacido.

Contrariamente a lo que había sucedido mientras se besaban, donde todos habían estado pendientes de ellos, con el abrazo la cosa cambió y sin necesidad de palabras, sus amigos les dejaron la poca intimidad que permitía un bar lleno de gente.

Un beso era una cosa, pero aquello era mucho más íntimo y hablaba en voz alta de sentimientos en mayúsculas.

Jessica se dio cuenta del modo en el que Daniel miraba a Sasha y suspiró dándose por vencida. Ya estaba al tanto de la relación de Ezra y Blair, y tampoco le era nuevo el tira y afloja que

involucraba a Mike y George, pero lo del recién llegado y la profesora de yoga sí que no se lo esperaba.

Con una sonrisa, mezcla de decepción y diversión, se inclinó sobre su amiga para exclamar:

—¡Maldición, Connie! Todos están pillados.

Su amiga sonrió achispada por las cervezas.

—¿Qué te parece si nos damos un paseo hasta la barra para ver el ambiente? —propuso.

Jessica abrió los ojos sorprendida.

—Me parece una idea estupenda.

Cuando Jessica se marchó con su amiga, Mike se quedó completamente desprotegido. O eso sintió.

La morena había estado a su lado desde que llegó, lo que le había permitido no tener que hablar con el resto. A pesar de la demanda de apoyo moral que le había hecho Blair, su amiga estaba demasiado pendiente de Ezra para percatarse de nadie más, y Sasha, aunque había tratado de hablar con él en varias ocasiones, había sido monopolizada por el tal Daniel. De modo que solo le quedaba el botellín de cerveza y George.

Con un suspiro, optó por el botellín y se lo llevó a los labios.

Capítulo 31

—¿Piensas ignorarme durante el resto de la noche? —preguntó George muy cerca de Mike.

—No te estoy ignorando. Estoy tomándome una cerveza.

—¿De veras?

Mike asintió sin mirarle y George optó por darle tiempo. Después de todo, tenían toda la noche. De modo que se llevó su propia cerveza a los labios y se unió a la conversación entre Sasha y Daniel; Blair y Ezra estaban demasiado ensimismados con ellos mismos como para ser sociales con nadie más.

Tras casi diez minutos de entretenida conversación se dio cuenta de que Mike seguía enfurruñado, sin hablar con nadie, lo que no era habitual en alguien tan parlanchín como él.

—¿De veras vas a seguir así toda la noche?

Por primera vez, este se giró y le habló mirándolo a los ojos.

—Francamente, no sé cuál es tu problema, porque yo estoy perfectamente.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a pasarle a Blair el expediente de los Santos? —preguntó George muy serio.

—He estado muy ocupado. Lo olvidé.

—¿Lo olvidaste?

Mike asintió con una expresión de absoluta indiferencia y su respuesta enfureció al mayor.

—¡Levántate! Tenemos que hablar —le exigió a Mike y, sin darle la oportunidad a negarse, lo asió del brazo y tiró de él para llevárselo de allí.

—¿Adónde vais? —preguntó Sasha al verlos levantarse.

—Al baño —zanjó George con seguridad.

—¿Los hombres también van al baño de dos en dos? —Bromeó la pelirroja, pero George ni siquiera se dio la vuelta para responder.

Mike, por su parte, estaba tan desconcertado que apenas pudo sonreír en respuesta. En todos los años que lo conocía, nunca había visto a George actuar de ese modo tan autoritario. Normalmente era un hombre comedido y tranquilo, pero esa noche había visto fiereza en su mirada y determinación en sus actos.

Tras arrastrarlo sin soltar el agarre en su brazo, se detuvo en el pasillo oscuro de los baños y se dio la vuelta para hablar a Mike directamente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me evitas?

—No lo hago. Estás suponiendo cosas —se defendió.

Bajo ningún concepto iba a reconocer nada sobre el tema que llevaba días abotargando sus pensamientos.

George lo miró en silencio, como si tratara de leer sus pensamientos.

—¿Estás enfadado porque me fui de tu casa la mañana después de dormir allí?

Negó con la cabeza.

—No esperaba que fueras a quedarte. ¿Por qué iba a enfadarme por eso?

—¿Entonces?

—Entonces, nada. No sucede nada, todo es tan normal como siempre. —Pero su tono estaba cargado de sarcasmo.

—¿Es por el beso? —preguntó de pronto y la fachada de Mike se vino abajo.

—¿Qué beso? —preguntó con la voz ronca.

No respondió a la pregunta, sino que expuso cómo se sentía al respecto.

—Nunca le di importancia al beso hasta que Jessica mencionó que te preocupaba llevarme a tu casa por si yo confundía el gesto... Y aunque en un principio me molestó, después me desconcertó que pensaras algo así.

—Todo está bien. ¡Volvamos!

—Aquella vez no reaccioné al beso porque me pillaste desprevenido, y después de eso, prácticamente desapareciste. Primero, metafóricamente hablando y después, literalmente.

—Dejemos el tema.

Pero George no estaba dispuesto a dejarlo correr ahora que por fin se había decidido a hablar de ello.

—Si tan avergonzado estás por un beso que sucedió hace cinco años puedo besarte para que estemos en paz —ofreció muy serio—. Quédate quieto y me la habrás devuelto.

Mike abrió los ojos desmesuradamente por el asombro.

Y George actuó. No le dio ninguna oportunidad para que pusiera en funcionamiento su cerebro y asimilara lo que acababa de decir. En vez de eso decidió mostrárselo y acabar de una vez por todas con los malentendidos.

Fue un beso profundo, y tan lujurioso que Mike no tuvo tiempo de pensar a dónde iba a ir su lengua, porque la de George ya estaba allí para él. Avasalló a Mike con su lengua, chupó sus labios y los mordió, agradecido de habérselo llevado lejos del grupo, porque la lujuria que sentía era tan intensa que no sabía si iba a poder detenerse en solo un beso.

Aunque lo había retado a no reaccionar, se encontró a sí mismo orando para que Mike le devolviera el beso.

Gimió, con su boca pegada a la de él, cuando se escucharon sus plegarias y Mike le clavó los dedos en los hombros. Sin pensar en nada más, George le metió las manos bajo la camiseta para tocar los músculos que tantas veces había anhelado acariciar.

La piel de Mike era tan suave como lo era su boca. Le subió la palma de la mano por el costado, y como respuesta, él se pegó a su cuerpo, haciendo que George tuviera que apoyarse contra la pared del oscuro pasillo para no caerse.

Pasaron varias personas por su lado, pero a ninguno de los dos pareció importarles.

Se separaron cuando sus pulmones tuvieron la necesidad de acumular aire.

—¡Vámonos de aquí! —pidió George.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Capítulo 32

Dante la recogió a la hora acordada y la elogió por su aspecto. Blair había escogido para la ocasión un vestido blanco de inspiración *baby doll* rematado con un lazo de lentejuelas negras en el cuello camisero, de líneas fluidas y mangas ligeramente abullonadas, silueta ancha y confeccionado en tejidos ligeros.

Manteniendo el aspecto romántico y femenino del estilismo, Blair se decantó por unos zapatos metalizados de tacón cómodo con hebilla joya en el empeine, *clutch* negro y el cabello recogido con un moño alto despeinado e informal que se desmarcaba del elegante vestuario, proporcionando un aire elegante a la vez que relajado a su *outfit*.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Dante también había optado por el blanco: camisa y pantalones de ese color y mocasines negros rompiendo el cromatismo.

—Gracias por aceptar acompañarme. Mi madre tiene muchas ganas de conocerte —comentó Dante.

Blair sonrió en respuesta. Así que sus suposiciones habían estado acertadas, pensó. El motivo por el que la había invitado no era otro que complacer a su madre, lo que volvía a hablar en su favor.

Aunque cuando la invitó a la fiesta Dante había mencionado el puerto deportivo, lo que en realidad significaba era que el yate en el que se celebraba la fiesta, estaba atracado en él. Visto desde abajo, este era descomunal, con más de ochenta metros de eslora. Pero es que al subirse a él parecía que el tamaño aumentaba.

Blair se alegró de haber escogido el *Miu Miu* que llevaba puesto, porque tanto las señoras como los caballeros de la fiesta vestían muy elegantes.

—Te presento a mi madre y después nos tomamos una copa de champagne, ¿te parece? —ofreció Dante con su encantadora sonrisa.

—Por supuesto. Tengo ganas de conocerla.

Asiendo su mano, caminaron entre los invitados que fueron saludando a Dante, por lo que se vieron obligados a detenerse y conversar unos minutos antes de escapar. En cada una de esas paradas, Dante la presentó, sin dar detalles de su relación, y estuvo pendiente de sus necesidades. Pasaron unos largos quince minutos hasta que finalmente pudieron acercarse a Chiara.

—Mamá —la llamó su hijo.

Una mujer de unos cincuenta y muchos, muy bien llevados, se dio la vuelta y sonrió con calidez.

Blair se quedó con la boca abierta al verla. Chiara Cacciatore era una mujer guapísima, que le recordó a Elisabeth Taylor. Morena, voluptuosa y con los ojos violeta más bonitos que hubiera visto nunca. Llevaba un vestido rosa pálido estilo años cincuenta que resaltaba su figura.

—Blair, querida. Por fin nos conocemos —proclamó al tiempo que la envolvía en un fraternal abrazo—. Gina y Dante me han hablado tanto de ti que siento como si ya te conociera.

La rubia sonrió con afecto.

—Muchas gracias por invitarme.

—Gracias a ti por acompañar a Dante, pero id a divertirlos —pidió mirando a su hijo—. Os aseguro que no es una fiesta para viejos. —Bromeó—. Hay mucha gente de vuestra edad aquí.

—En ese caso, mamá, Blair y yo vamos a ir a por una copa. ¿Quieres que te traiga algo? —preguntó solícito.

—Nada, gracias, querido.

Del mismo modo en que habían llegado, deshicieron el camino hecho, deteniéndose para hablar con unos y con otros.

En un momento dado, Blair se quedó parada con el rostro más blanco que su vestido. Dante, que hablaba animadamente con un grupo de gente, no se dio cuenta de su reacción.

La mujer que pasó por delante de ella charlando con un grupo de señoras ni siquiera se dio cuenta de su presencia. Aun así, la sorpresa de verla fue la misma. Se dio cuenta de que si estaba Margareth Sackler, tenía que encontrarse también su esposo, por lo que se dijo que lo mejor era evitarlo. El único lugar en el que estaba bien toparse con él era en la sala de un juzgado.

En ese momento, Dante reclamó su atención para presentarle a una de sus primas menores y Blair se olvidó del asunto con facilidad.

En un momento dado, Dante tuvo que alejarse unos minutos para atender a su padre, que estaba hablando con un animado grupo, y Blair lo tranquilizó alegando que podía quedarse sola unos minutos sin entrar en pánico.

—Vuelvo en seguida.

—Estaré bien. —Sonrió para animarle.

Contra todo lo que había creído cuando supo el lugar de la fiesta, resultó que no se sentía incómoda ni fuera de lugar. La gente con la que había hablado resultó ser extremadamente amable e interesante, e incluso algunos le habían pedido su tarjeta profesional al enterarse de que era abogada especializada en divorcios.

El teléfono vibró en su bolso, por lo que lo abrió para sacarlo. Llevaba todo el día tratando de contactar con Mike, después de su abrupta marcha del bar la noche anterior, pero su amigo tenía el móvil apagado, al igual que George, quien aparentemente se había marchado con él.

Con un poco de suerte, el mensaje sería de Mike. A pesar de que no era quien ella esperaba que fuera, las palabras escritas la hicieron sonreír.

«Pásatelo bien esta noche», le había enviado Ezra.

Un camarero se detuvo junto a ella para ofrecerle una copa, pero la rechazó con una sonrisa. Guardó su teléfono en el bolso y caminó hasta donde antes había estado hablando con la madre de Dante. Las vistas desde aquella zona eran espectaculares.

Se detuvo abruptamente cuando entre la gente creyó distinguir el rostro de Benjamin Sackler. Su cabello rojo, del mismo tono del de su hermana, atrajo su atención, y aunque estaba demasiado lejos para confirmar que se trataba de la persona que creía, recordó que acababa de toparse con su tía, por lo que era bastante probable que fuera él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó una voz inesperada y grosera tras ella.

Se dio la vuelta desconcertada para darse de bruces con Elijah Sackler. Mantuvo la compostura a pesar de la sorpresa y sonrió fríamente. Puede que ese hombre la hubiera intimidado cuando tenía veintidós años, pero desde entonces había llovido mucho. Lo había vapuleado en juicios y no iba a dejar que la maltratara verbalmente. Esos tiempos habían pasado.

—¿Habla conmigo? —inquirió fingiéndose sorprendida.

Él la fulminó con la mirada.

—¿Con quien más?

—Lo siento. No considero que tenga que darle explicaciones de nada —anunció dispuesta a darse media vuelta y marcharse. No pudo hacerlo porque unos dedos se aferraron a su brazo y apretaron con fuerza impidiéndole alejarse.

El gesto la sorprendió tanto que fue incapaz de reaccionar con rapidez.

La aparición de Chiara Cacciatore hizo que la soltara de golpe. Para calmar el dolor, Blair se pasó la mano por el lugar donde la había agarrado.

—Elijah, ¿conoces a Blair? —preguntó al tiempo que pasaba un brazo por sus hombros para demostrarle al hombre el grado de familiaridad que había entre ellas.

Él esbozó una sonrisa falsa, y Chiara siguió hablando.

—Por supuesto que la conoces, qué tonta soy. —Sonrió con amabilidad—. Blair es la mejor abogada matrimonialista de San Francisco y tú eres abogado. Es imposible que no sepas quién es.

La mujer cambió el gesto, como si estuviera pensando, y después esbozó una sonrisa deslumbrante, como si hubiera dado por fin con la respuesta.

—No, no es por eso. Ahora lo recuerdo, Blair es tu nuera. —Se detuvo para corregirse—. Bueno, lo fue alguna vez.

Blair sintió que podía respirar y comenzó a relajarse sostenida por aquellos maternales brazos.

—Es una muy querida amiga de la familia. —Se giró para buscar a su hijo, que estaba hablando a solo unos metros con su padre—. Dante, hijo —llamó.

El aludido se giró para atender a su madre y, tras un rápido vistazo a la situación, como si entendiera lo que estaba sucediendo, se disculpó con su padre y se acercó hasta ellos.

—Blair, querida. Disculpa por haberte abandonado durante tanto tiempo. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Mamá, gracias por ocuparte de mi cita.

Chiara sonrió a los dos y después volvió la atención a Elijah Sackler, que seguía parado delante de ella en completo silencio.

Dante la apartó de allí, sin dejar de fingir que todo estaba bien, y la llevó a la zona de los refrigerios.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió preocupado—. ¿Estás bien?

—Creo que sí.

—¿Quieres que te acompañe al tocador? ¿Qué nos marchemos?

—No, no, estoy bien. Es solo que el señor Sackler y yo somos viejos conocidos.

Dante no trató de obtener más información, sino que se quedó a su lado ofreciéndole silencioso apoyo.

—¡Tu madre es maravillosa! —exclamó tras ordenar sus pensamientos—. No sabía que se pudiera menospreciar a alguien con tanto estilo. —Río, y su sonrisa terminó convirtiéndose en auténticas carcajadas de diversión. Mezcla de los nervios y del recuerdo del rostro de Elijah Sackler cuando Chiara Cacciatore lo había vapuleado frente a sus amigos.

—Sí que lo es —corroboró con orgullo.

Capítulo 33

Contrariamente a lo que hubiera sucedido si el incidente se hubiera dado unos años antes, la actitud de Elijah Sackler esa tarde en la fiesta no había logrado que Blair se sintiera miserable.

Había pasado el tiempo, había madurado y aprendido a darse su lugar, y lo que era más importante, ni se creía mejor ni peor que nadie, por lo que no estaba interesada en la opinión de ese tipo de personas que valoraban a la gente por lo que estas tenían para ofrecerles.

En cualquier caso, el modo en que los Cacciatore la habían arropado la había emocionado profundamente. Después de todo, tener dinero y un apellido ilustre no significaba menospreciar a los que no lo tenían. En eso consistía la clase.

Fuera como fuera, el cariño de Chiara Cacciatore y de su hijo hacía que se sintiera un poco culpable por no haber podido enamorarse de Dante. Estaba segura de que fuera quien fuera la mujer que lo conquistara, sería una muy afortunada.

El timbre sonó insistentemente, por lo que Blair se levantó del sofá de mala gana para abrir la puerta. Eran más de las once, por lo que la única persona que podía estar al otro lado era el molesto amigo que había desaparecido la noche anterior y que se había negado a responder a sus llamadas, estaba acostumbrada a que Mike siempre se olvidara la llave.

Al pensar en él, su malhumor cambió rápidamente a curiosidad y, ansiosa, abrió la puerta para interrogarle por los detalles de su escapada con George, pero el rostro que había al otro lado no era el esperado, sino la cara preocupada de Ezra Sackler.

—¿Estás bien? —preguntó en cuanto la tuvo delante, asiendo sus manos para moverlas y buscar marcas en su brazo—. ¿Dónde te ha hecho daño?

—Estoy bien. ¿Qué sucede?

—¿Te ha lastimado? —Continuó buscando las marcas en su piel.

—No ha sido nada —insistió, tratando de tranquilizarle, aunque no comprendía del todo su preocupación.

Ezra entró en la casa sin esperar a que ella le invitara.

—¿Cómo que no ha sido nada? No tiene ningún derecho a tocarte.

Al comprender de qué estaba hablando, Blair se relajó.

—Estoy bien —repitió mostrándole su brazo para que viera que no quedaba ninguna señal.

Ezra le lanzó una mirada fulminante.

—¿Por qué has dejado que te tocara? —La regañó muy serio.

—Me pilló desprevenida. No me lo esperaba —se defendió y cerró la puerta que había permanecido abierta hasta entonces—. Ni siquiera sabía que estaría en la fiesta.

Ezra suspiró y la tensión que le había hecho volar hasta casa de Blair se disipó un poco.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Benjamin? —preguntó al recordar haber visto de lejos al hermano de Sasha.

—Eso no es lo importante. Lo que importa es que tú estés bien.

—Estoy perfectamente. Hace mucho tiempo que tu familia dejó de intimidarme. —Le acarició la mejilla para tranquilizarlo.

Él le devolvió el gesto y asió su rostro con las dos manos para mirarla con fijeza a los ojos. El contacto visual fue tan intenso que durante unos segundos las respiraciones de ambos se

detuvieron.

—Te prometo que no quería presionarte. Que lo que menos deseo es asustarte. Había decidido tomármelo con calma —siguió divagando—, pero lo que ha hecho mi padre es imperdonable —opinó—. No voy a tolerar que te traten así.

—No ha sido nada —susurró ella.

—En el pasado fui un idiota, pero no voy a repetir mis errores —continuó—, ninguno de ellos. Es inevitable que cometa algunos, pero te prometo que serán completamente nuevos. No voy a dejar que nada ni nadie nos separe otra vez.

—Ezra.

—Te necesito en mi vida. Después de nuestro divorcio, me obligué a no pensar en ti. Y no lo hacía cuando estaba consciente. Pero cuando bebía, la cosa se descontrolaba. Amigos como Daniel supieron de ti en uno de esos momentos de debilidad —confesó—. Y George... fue quien me apoyó siempre. De modo que puedo entender tu relación con Mike, reconozco que al principio no lo hacía, pero era por celos.

—Ezra, yo...

—Te quiero. De hecho, estoy bastante seguro de que nunca he dejado de hacerlo. Si no fuera por mi maldito orgullo, habría ido a buscarte mucho antes. Pero fue necesario volver a verte para comprender que siempre te he amado.

Blair, que estaba completamente alucinada con sus palabras, no pudo más que tratar de controlar los latidos acelerados de su corazón cuando él la besó, como si temiera que la respuesta a su confesión fuera otra distinta a la que deseaba escuchar.

La boca femenina se abrió para recibir los besos... Besos ardientes y profundos.

Ezra le metió la lengua en la boca y la deslizó más allá de la barrera de los dientes, y allí se encontró con la de Blair. Era húmeda y juguetona, perfecta. Ella le rodeó los hombros con los brazos y lo pegó tanto, que Ezra sintió los latidos de su corazón.

Estaba tan desesperado por sentirla, que supo que no iban a llegar hasta la cama. Allí mismo, en medio de su salón, le quitó la ropa y bajó la cabeza para succionar uno de sus pezones y atormentar con sus dedos al otro. El que tenía en la boca se le hinchó en su lengua, y Blair gimió al sentir oleadas de placer que se extendían por todo su cuerpo.

Le recorrió la silueta lentamente con las manos para comprobar que su memoria era perfecta. Recordaba cada recodo, cada curva de su precioso cuerpo.

El deseo lo espoleaba a ir rápido, pero Ezra quería tomarse su tiempo. Por ello le cubrió el vientre de besos mientras le acariciaba las caderas. Después, le hizo subir las rodillas y se las separó despacio. Y entonces la envolvió con su boca delicadamente.

La torturó durante unos minutos, en los que los suaves quejidos y gemidos de Blair se volvieron en su contra y lo llevaron casi a la locura.

Cuando finalmente ella llegó al clímax, los eróticos sonidos desaparecieron y Ezra supo que era el momento. Se colocó entre sus piernas y se presionó contra ella.

Blair sintió la masculinidad de Ezra apretarse contra su muslo y no dudó en deslizar la mano por su bragueta.

Él todavía estaba vestido, lo que era un problema. Sin dejar de mirarlo, se incorporó un poco y se dispuso a desabotonarle la camisa. Al tiempo que cubría de besos cada pedazo de piel que iba quedando al descubierto. Ezra se dejó hacer. Cuando ella terminó con su pecho, llevó las manos a sus pantalones y se los bajó hasta los tobillos junto con los calzoncillos. Llevó su mano hasta la zona que le daba tan alegre bienvenida y la sintió suave y dura, tentadora. Ezra soltó un gemido

ahogado cuando sintió los dedos de Blair cerrarse a su alrededor.

Con una sonrisa traviesa se separó un poco para verlo mejor.

A continuación, lo lamió y trató de engullirlo por completo. Sin embargo, no pudo abarcarlo y tuvo que usar sus manos para atender la parte que su boca no podía cubrir.

Ezra no se quedó quieto, le acarició los pechos y atrapó un pezón.

Sintió que su vientre se tensaba por lo que la apartó con rapidez.

—¡Suficiente! —pidió apartándola con delicadeza—. Necesito estar dentro de ti. —Su voz sonó a súplica—. Después...

Blair obedeció y permitió que él la recolocara en el sofá.

Ezra se posicionó entre sus piernas y embistió. Blair gritó, mezcla de sorpresa y placer, y el sonido enloqueció a Ezra, que levantó las caderas y arremetió con profundidad y persistencia. Siguió moviéndose en su interior, llevándolos a los dos a la locura. Aun así, una idea se abrió paso en su obnubilada mente.

—¡Blair! —Gimió—. La verdad es que sí que deseo ser tu amigo —confesó entre jadeos—, deseo ser todo para ti.

—De acuerdo —aceptó ella sonriendo—. Y Ezra, yo también te quiero.

Momentos después, ambos se precipitaban al mismo tiempo hacia el clímax más intenso que nunca habían sentido.

Capítulo 34

El móvil sonó en la mesilla de noche y Ezra alargó el brazo para acallarlo. Ni siquiera se fijó en quién llamaba. Se limitó a responder con la voz tomada por el sueño.

El cuerpo a su lado se removió entre dulces ronroneos. Con los ojos medio cerrados, alzó la cabeza y miró al lugar en el que se escuchaba el rítmico sonido.

Donatello se había colocado en medio de Ezra y Blair y no parecía dispuesto a marcharse.

—¿Dígame? —pidió con un suspiro resignado.

—¿Ezra?

—Sí. ¿Quién es?

—¿Por qué estás respondiendo al teléfono de Blair tan pronto en la mañana? —demandó la voz masculina.

Sin terminar de despertarse, apartó el teléfono de su oído y lo miró.

Efectivamente se trataba del móvil de Blair y el nombre que aparecía en la pantalla era el de Mike. Eso le recordó lo preocupada que había estado ella cuando su amigo no le había devuelto las llamadas.

—¡Espera un momento! —le pidió sin responder a su pregunta.

Y se acercó a la mujer dormida a su lado para despertarla con dulces besos en sus mejillas y en su frente.

—Blair —llamó—, Mike está al teléfono.

Ante la mención de su amigo, esta se incorporó como un resorte, asustando a Ezra, que no se esperaba esa reacción. Unos segundos antes estaba profundamente dormida y ahora estaba tratando de arrebatarle el teléfono completamente despierta.

—¡Mike! —pidió aún con la voz ronca por el sueño—. ¿Estás bien? ¿Por qué no has respondido a mis llamadas? Estaba preocupada por ti.

—Lo siento. Estoy bien. —Se escucharon unas risitas a través de la línea—. A decir verdad, estoy más que bien.

Las risas se intensificaron y Blair se encontró a sí misma sonriendo también.

—¿Deduzco que estás con George?

Al escuchar sobre su amigo esta vez fue Ezra quien se incorporó.

—Así es. Estoy con George y los dos estamos bien. Mañana iré a la oficina y responderé a todas las preguntas que quieras hacerme. Pero... tú tendrás que hacer lo propio conmigo. ¿Tenemos un trato?

—Sí.

Antes de que pudieran decir algo más, Ezra le arrebató el teléfono a Blair y le preguntó a Mike si George también tenía previsto regresar al trabajo el lunes.

La voz de su amigo se escuchó de fondo en la línea.

—Por supuesto. Si yo no aparezco, el bufete se irá a pique. —Bromeó.

—En ese caso nos vemos mañana. —Se despidió—. Ahora tengo toda la intención de recuperar el tiempo perdido. Y os aconsejo que hagáis lo mismo.

Colgó antes de obtener una respuesta.

Al darse la vuelta se encontró con una preciosa rubia que sonreía feliz.

Ansioso por tocarla, estiró el brazo y la llevó hasta su pecho, donde ella se acomodó.

—Pareces muy feliz esta mañana.

—¡Lo soy! Me encanta que Mike y George estén juntos.

—¿Cómo?! —se quejó Ezra apartándola del nido de sus brazos para mirarla con fingido enfado—. Y yo que creía que estabas feliz por nosotros y ahora resulta que lo estás por ellos.

Blair se estiró para besarlo, pero solo llegó hasta su mandíbula cubierta con la incipiente barba.

—Estoy feliz por ellos, estoy feliz por nosotros y a juzgar por lo que estoy sintiendo ahora —presionó su cadera contra la entrepierna masculina—, voy a estar sumamente feliz dentro de unos minutos.

—A eso no tengo nada que objetar —anunció antes de besarla.

Epílogo

*I found a reason to keep living
Oh and the reason, dear, is you
I found a reason to keep singing
Oh and the reason, dear, is you
Oh I do believe
If you don't like things you live
For some place you never gone before^[5]
I found a reason, Velvet Underground*

La relación entre ella y Ezra estaba yendo bien. Llevaban oficialmente juntos tres semanas y cada vez se sentía más feliz de haberse atrevido a darse una segunda oportunidad. Aun así, por mucho que Ezra lo intentaba, Blair se negaba a hablar de llevar la relación a un compromiso más legal, ya que hacerlo implicaba meter a otras personas con las que no deseaba tratar. El problema era que Ezra tenía en mente volver a casarse, esta vez con sus amigos y familiares presentes. Y, aunque una parte de ella estaba de acuerdo, otra no podía olvidar todo lo que el matrimonio había traído consigo.

Por todo ello, aunque era sumamente feliz, esa felicidad de algún modo se veía empañada por el temor a dar un paso más allá de la burbuja de felicidad en la que vivía.

Fuera como fuera, contaba con la excusa de que todavía era muy pronto para pensar en dar un paso más. No llevaban más que unas pocas semanas juntos y, como Ezra había dicho en alguna ocasión, necesitaban volver a conocerse.

El sonido de llamada en la puerta de su despacho sacó a Blair de sus pensamientos. Unos segundos después, Edward asomaba la cabeza por la puerta.

—¿Blair?

—Pasa, disculpa. No te había escuchado llamar.

Edward entró en el despacho de Blair con una mirada tan circunspecta que inmediatamente la alertó de que había sucedido algo.

—¿Va todo bien?

Obvió la pregunta y le informó del motivo que le había llevado allí.

—Tienes una visita.

—¿Quién es? —No tenía ninguna cita programada, lo que podía explicar la preocupación de Edward. ¿Sería que a su perfecto secretario se le había olvidado anotar en la agenda?

—Elijah y Margareth Sackler —respondió, y todas sus suposiciones se fueron a pique.

—¿Cómo dices?

—Lo que has escuchado. ¿Los hago pasar y preparo café?

—¡No!

—¿No? ¿No vas a recibirlos? —inquirió confuso.

—Sí, quiero decir que no hagas nada. Dudo que vayan a quedarse el tiempo suficiente para tomarse nada.

—¿Quieres que avise a Mike? Está en su despacho reunido con un cliente.

Negó con la cabeza.

—No te preocupes. Puedo defenderme sola. —Su secretario iba a salir del despacho cuando ella le detuvo—. Una cosa, Ed, si se quedan más de cinco minutos, trae té. No son de los que beben nada que sea medianamente común. —Y añadió muy seria—. Que no digan que en este bufete no tenemos educación.

Edward asintió.

Unos segundos más tarde, Elijah y Margareth Sackler entraron en su despacho. Aunque no tenía ningunas ganas de levantarse para saludarles, se dijo que tenía que demostrarles que era mucho más educada que ellos, por lo que se levantó y se acercó a saludarlos, indicándoles que podían tomar asiento en el sofá y los sillones habilitados para las reuniones con los clientes.

Como nadie parecía dispuesto a hablar, Blair tomó la iniciativa.

—Díganme, ¿en qué puedo ayudarlos?

—Tu despacho es muy bonito. —Fue la respuesta de Margareth—. ¿Lo has decorado tú misma?

—Así es.

—Tienes muy buen gusto.

—¡Gracias! —respondió desconcertada. Había estado casi un año casada con su hijo y jamás le había dicho algo que pudiera considerarse agradable y ahora elogiaba su buen gusto.

Si hubieran sido tan desagradables como siempre, ella habría sabido a qué atenerse. Sin embargo, estaban siendo comedidos y correctos, aunque todavía no hubieran explicado los motivos de su visita, lo que incomodaba a Blair.

Tal y como le había pedido, Edward esperó los cinco minutos de rigor y después llamó con suavidad a la puerta para aparecer, acto seguido, con una bandeja que contenía tazas, cucharas, una tetera, azúcar y una jarrita de leche.

—Gracias, Ed. Yo misma serviré el té —le aseguró con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

—Señora Sackler, ¿té solo o con leche?

—Por favor, Blair, llámame Margareth. Antes lo hacías —y añadió con una media sonrisa—. Té solo con azúcar, por favor.

—¿Y usted, señor Sackler?

—Solo.

Blair asintió y se dispuso a servirlos. Era una suerte que Edward siempre tuviera la despensa abastecida con té de tan buena calidad, porque allí nadie lo tomaba. Todos consumían café en cantidades industriales. El té solo era para las visitas.

En el más absoluto silencio, le ofreció su taza a cada uno de ellos, y se llevó la suya a los labios, tratando de no hacer una mueca al notar el sabor, mientras esperaba a que dijeran algo. Lo que fuera.

No llegaron a cruzar más palabras porque la puerta se abrió de golpe, sin un aviso previo.

—¿Qué hacéis aquí? —espetó Ezra entrando en el despacho de Blair como un vendaval. Con lo mucho que le molestaba a él que George hiciera eso y acababa de hacer lo mismo en el despacho de otra persona.

—Ezra, ¿cómo...?

—Me lo ha dicho George —contestó antes de que ella formulara la pregunta completa.

—¿Y él cómo lo sabe?

—Mike —dijo—. Ha estado fuera de tu despacho monitorizándote por si pasaba algo.

—¿No estaba reunido?

—La reunión ha terminado pronto.

Increíble. Al parecer, Ezra estaba más informado de lo que sucedía en su oficina que ella misma.

—¿Por qué habéis venido? —volvió a preguntar al no obtener respuesta de sus padres.

—Hemos venido a disculparnos —sentenció Elijah Sackler, quien hasta el momento se había mantenido en completo silencio.

—¿Cómo has dicho?

El padre fulminó con la mirada al hijo por obligarle a repetirlo. Aun así, lo hizo.

—Eres nuestro hijo y ni tu madre ni yo estamos dispuestos a que te alejes de nosotros de nuevo. Somos conscientes de que en el pasado fuimos egoístas y ahora estamos dispuestos a aceptar a la mujer que elijas.

—¿Sin condiciones?

—Sin condiciones. Algún día Blair será la madre de mis nietos y tú madre y yo queremos tener el derecho a verlos.

Elijah apartó la mirada de ellos y fue su esposa quien tomó la palabra.

—Nos gustaría mucho que aceptaras cenar una noche con nosotros en casa. Hay muchas cosas sobre las que tenemos que hablar —comentó con cierta timidez.

Blair miró a Ezra.

—Es tu decisión. Decidas lo que decidas te apoyaré —le aseguró con firmeza. Mostrándoles a sus padres que esa vez no iba a permitir que la lastimaran.

—Estaré encantada de cenar con ustedes —afirmó ella, tras unos segundos de dudas, poco convencida.

Aun así, no se hubiera sentido bien alejando a Ezra de su familia.

—¡Gracias! —Le sonrió Margareth.

El señor Sackler se mantuvo en silencio, como lo había hecho la mayoría del tiempo, y Blair decidió que su silencio era un gran paso en su relación.

—El corazón me late descontrolado —anunció Blair cuando se quedó a solas con Ezra—. Cuando vi a tus padres, me imaginé lo peor.

—Aun así, no me llamaste.

—Son tus padres. No quiero enfrentarlos. —Suspiró antes de seguir—. En el pasado dejé que se interpusieran entre nosotros, pero ahora todo es diferente. Tú también eres diferente.

Él parpadeó sorprendido por el comentario.

—¿Lo soy?

Blair asintió.

—Prácticamente te has teletransportado aquí para defenderme. —Rio de buena gana.

—Te dije que no iba a cometer los mismos errores y que voy a pasar el resto de mi vida demostrándote que puedes confiar en mí.

—¡Lo hago! Confío en ti.

—¿Tanto como para aceptar casarte conmigo de nuevo? —pidió al tiempo que sacaba una cajita azul del bolsillo de la chaqueta.

—Ezra. Yo... Sí. Me casaré contigo —confirmó aceptando el precioso anillo.

Una parte de ella creía que era una locura, pero estaba enamorada y el amor implicaba cometerlas.

Él selló sus palabras con un dulce beso.

—Tenemos que organizar una boda cuanto antes —pidió abrazándola—. Llama a tu madre y a Gina para que se pongan a ello cuanto antes.

Blair le miró con asombro.

—¿De veras quieres que ellas intervengan en esto?

—Puede que mi familia sea un desastre, pero la tuya no lo es. ¿Cómo iba a querer que tu madre y Gina se quedaran fuera? La primera vez que nos casamos, no pude darte una bonita boda, pero ya te he dicho que no voy a cometer los mismos errores.

—Te quiero, Ezra, antes, ahora y siempre.

—Te quiero, Blair, antes, ahora y siempre.

Sobre la autora

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil *Lazos Inmortales* (Amazon). En este mismo género publicó *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil), *Un beso arriesgado* (HQÑ), *Igual te echo de menos que de más* (Amazon), *Kilo y ¾ de amor* (Amazon), *Deletréame Te Quiero* (HQÑ), *Contigo lo quiero todo* (HQÑ), *Duelo de voluntades* (HQÑ), *El corazón de una dama* (HQÑ), *La serie Nobles* (Amazon), *Te dije que no la tocaras más* (Amazon), *Una noche bajo el cielo* (Amazon), *Amor sin instrucciones de uso* (Amazon), *Si te atreves, ámame* (HQÑ) y *Una cita pendiente* (Amazon).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

Te dije que no la tocaras más.

La vida de Darcy Lauren da un giro de ciento ochenta grados el día que toma la decisión de divorciarse. A pesar de tener las cosas claras y de la rapidez con la que retoma su vida, su capacidad para crear historias de amor se ve mermada por ese desengaño que le ha roto el corazón.

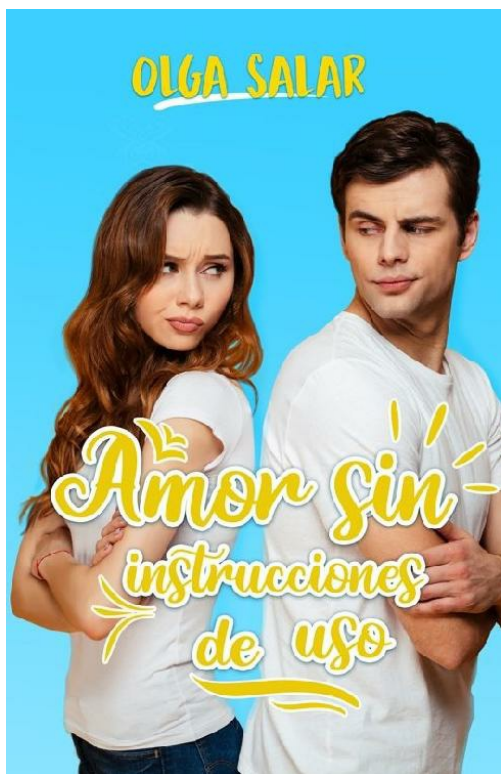
Buscando reencontrarse con las musas, se esconde en el pequeño pueblo de Irlanda de donde procede su familia y se topa con que las traviesas divinidades, en un intento por restituir su inspiración, le han enviado a la única persona que puede devolvérsela.



Amor sin instrucciones de uso

Alex Blackesley ha decidido que ya es tiempo de regresar a casa y plantearse qué va a hacer con su vida más allá del trabajo, la única parcela de su caótica existencia que está perfectamente ordenada. Lo que no se espera es conocer a alguien tan similar a ella, y a la vez tan distinto y, mucho menos, descubrir que el único hombre por el que ha sentido algo muy parecido al amor es en realidad la persona a la que más tendría que evitar.

Porque ya lo dice el dicho: rivales en el trabajo, incompatibles en el amor, y si no existe tal refrán no hay duda de que tendrían que acuñarlo.



[1] Estoy harto de odiarme a mí mismo por sentir,
estoy harto de mantenerme despierto llorando.
Tengo que marcharme y empezar la cura,
pero cuando te mueves así,
solo quiero quedarme.

[2] Que no te irías.
Di que te quedarás.
Vamos oh oh oh.
Di que te quedarás.

[3] Soy imparable.
Soy un Porsche sin frenos
soy invencible
Sí, gano todos los juegos.
Soy tan poderoso.
No necesito pilas para funcionar.
Estoy tan seguro, sí, hoy soy imparable.

[4] ¿Quién necesita ir a dormir
cuando te tengo a mi lado?
Toda la noche me amotinaré contigo.
Sé que me cubres la espalda.
Y sabes que te tengo.
Así que vamos, vamos, vamos.
Hagámoslo físico.

[5] He encontrado una razón para seguir viviendo
Oh, y la razón, querida, eres tú.
He encontrado una razón para seguir cantando
Oh, y la razón, querida, eres tú.
Oh, yo creo
Si no te gusta las cosas que vives
De un lugar al que nunca ha ido antes.